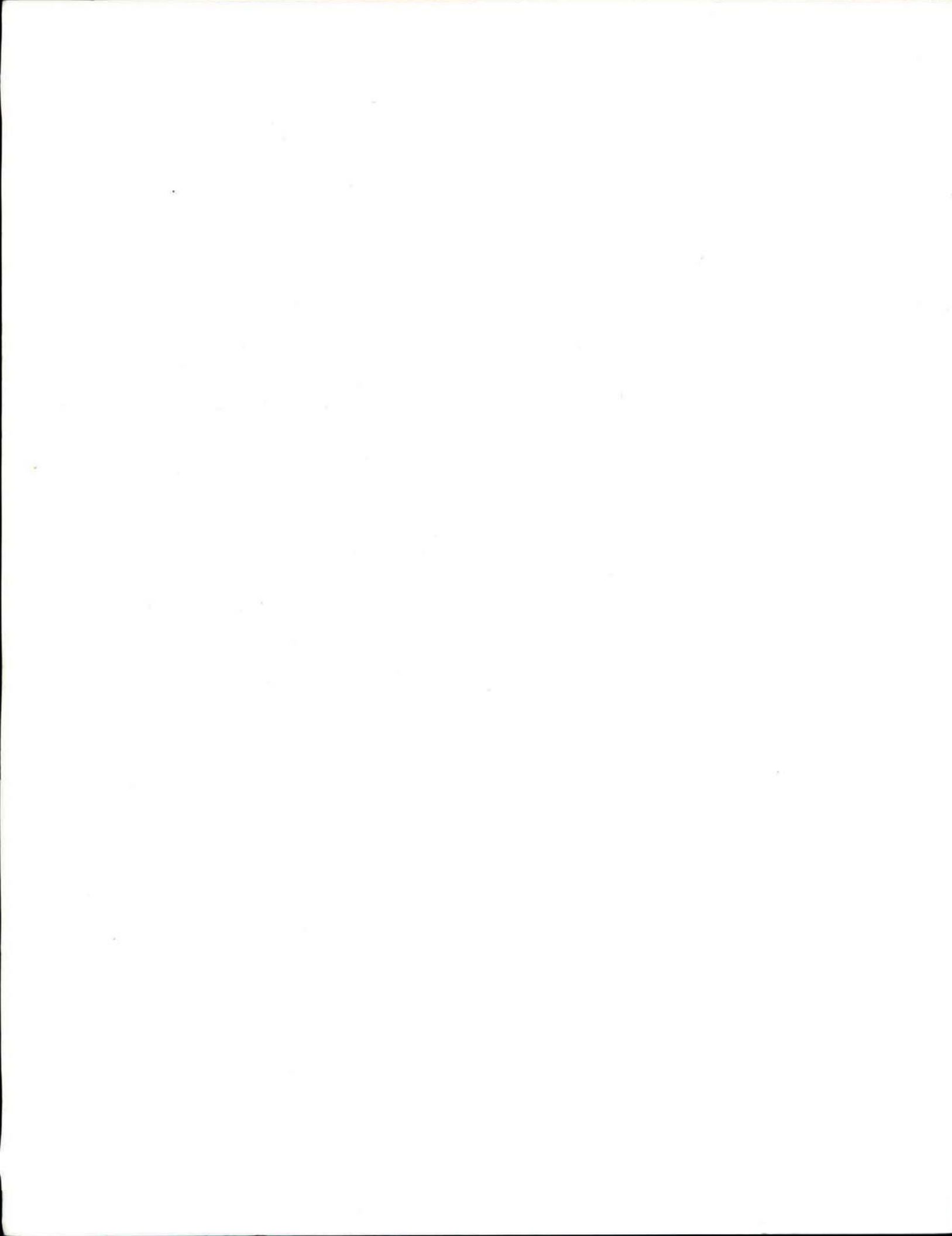




**CORPORACION
BARRIO LA CANDELARIA
1982-1988**





**CORPORACION
BARRIO LA CANDELARIA
1982-1988**

Corporación Barrio La Candelaria

JULIO CESAR SANCHEZ GARCIA
Alcalde Mayor

GENOVEVA CARRASCO DE SAMPER
Gerente

ALFONSO MARTINEZ ROBA (1982-1983)
EMILIO SANMIGUEL ARANGO (1983-1988)
Secretario General

FERNANDO ANTONIO DUQUE G. (1982-1987)
GABRIEL PARDO GARCIA-PEÑA (1987-1988)
Jefe División de Arquitectura

Arquitectos:
AMPARO CARDENAS DE ARANGO
AUGUSTO AGUILERA
DANIEL BONILLA R.

LUCY ROMERO VARGAS, Dibujante

ROSALBA RAMIREZ CORREDOR
Jefe Unidad Asesora

MARIA JOSE ROLDAN PARDO
Abogada

INES LANZ KENNEDY
Jefe División Financiera

MERCEDES GARZON LAVERDE, Contadora
ALFONSO GRAU ORTIZ, Tesorero Pagador
GLORIA RODRIGUEZ DE JIMENEZ, Asistente

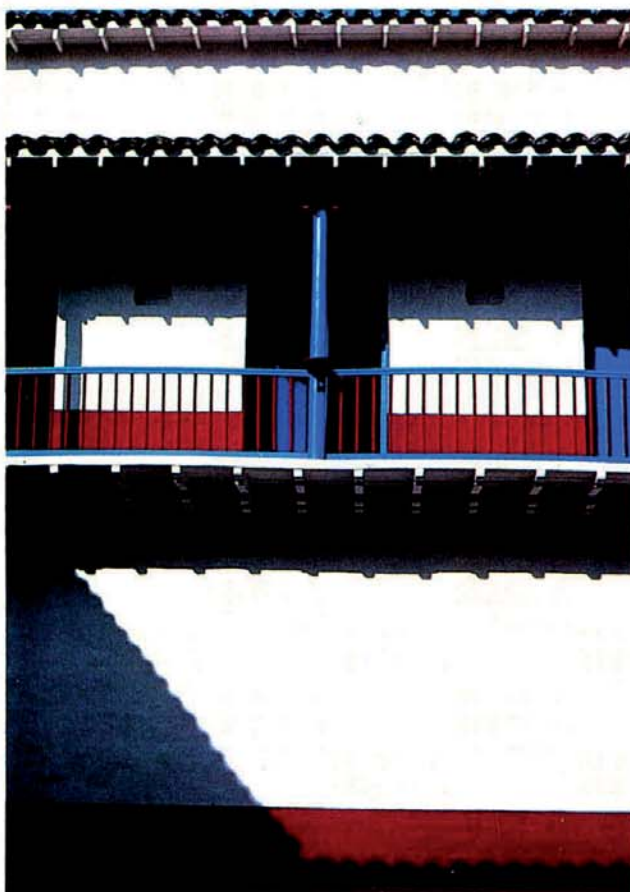
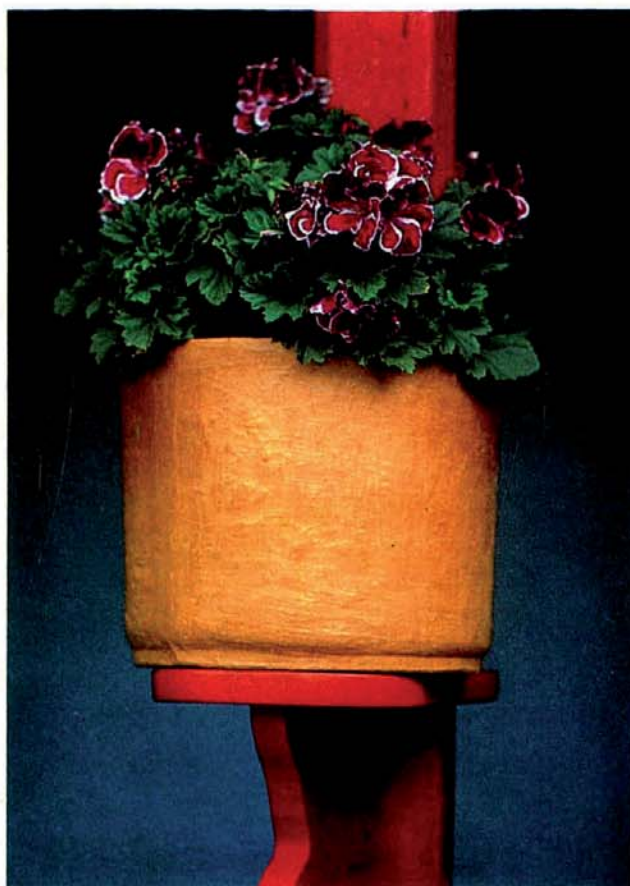
Casa de Poesía Silva
MARIA MERCEDES CARRANZA
Directora

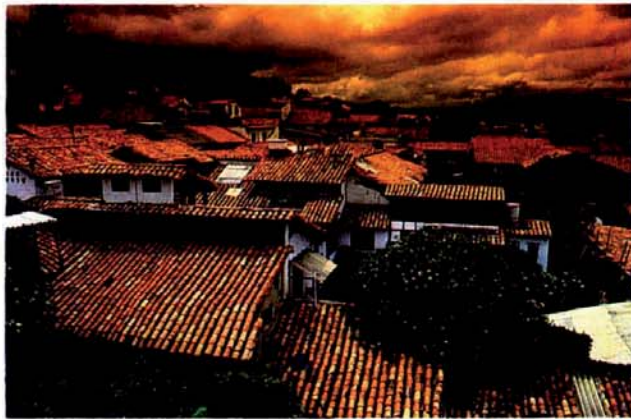
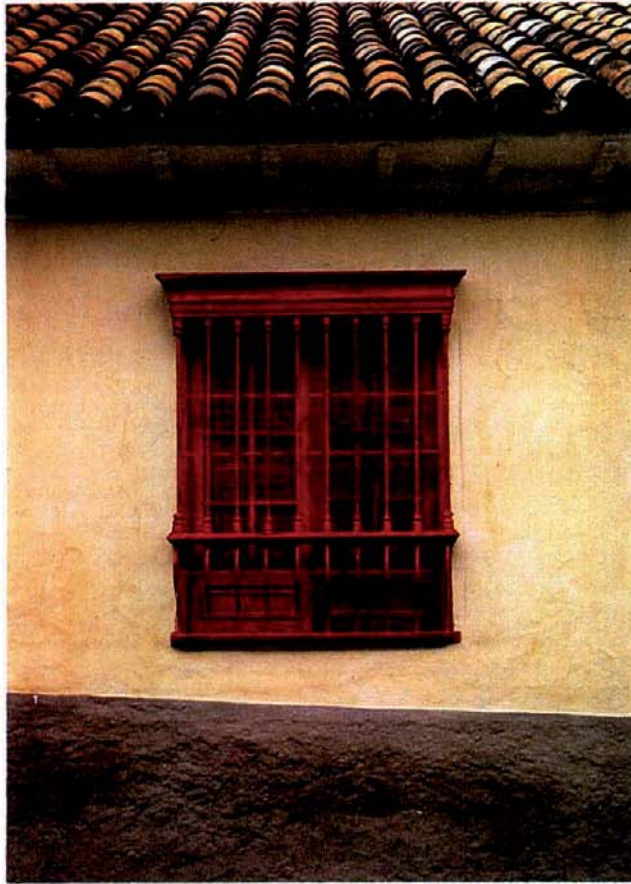
PATRICIA TORRES LONDOÑO
Asistente de Dirección

MONICA MOLINA
Bibliotecóloga

MARGARITA CONTRERAS BOTELHO
Bibliotecóloga

Teatro Camarín del Carmen
GLORIA ZEA
Directora





Junta Directiva
Corporación Barrio La Candelaria

JULIO CESAR SANCHEZ GARCIA
Presidente

LILIANA BONILLA OTOYA
Delegada del Alcalde Mayor

FERNANDO RUIZ GUTIERREZ
Director Departamento Administrativo de
Planeación

AUGUSTO BAHAMON G.
Director Instituto de Desarrollo Urbano

GONZALO ARIZA
Delegado de la Alcaldía Mayor

CARLOS MONROY REYES
Delegado del Honorable Concejo de Bogotá

EDITH DE GAITAN
Delegada del Honorable Concejo de Bogotá

BLANCA C. BUITRAGO
Delegada del Honorable Concejo de Bogotá

JUAN MANUEL CARREÑO B.
Contralor de Bogotá

BLANCA LUCIA OCAMPO
Delegada de la Contraloría

GERMAN PIEDRAHITA P.
Auditor Fiscal

GENOVEVA CARRASCO DE SAMPER
Gerente de la Corporación

EMILIO SANMIGUEL ARANGO
Secretario General

Créditos

Dirección General:
Genoveva Carrasco de Samper
Coordinación y Edición:
Lorenzo Fonseca
Ediciones PROA Ltda.
Diseño y Diagramación:
Ediciones PROA Ltda.
Dirección Gráfica:
Maria Claudia Burgos
Ediciones PROA Ltda.
Fotografía:
Fernando Cruz
Ilustraciones:
Fernando Antonio Duque
Planos:
Alfonso Tamayo
Fotocomposición:
Ediciones LERNER
Impresión y Encuadernación:
Litografía ARCO
Edición:
Ediciones PROA Ltda.

© 1988
ISBN: 958-9054-07-2

Contenido

Prólogo Belisario Betancur Cuartas	7	LA CORPORACION	66
		Corporación La Candelaria. Una visión externa Fernando Correa Muñoz	67
Presentación Genoveva Carrasco de Samper	8		
<hr/>		REALIZACIONES	
EL BARRIO		<hr/>	
<hr/>		ESPACIO PUBLICO	72
PERCEPCIONES PARTICULARES	13	Realizaciones en el espacio público Fernando Correa Muñoz	73
Orígenes de La Candelaria Carlos Martínez	16	Parque Palomar del Príncipe	74
Artesanos, gremios y cofradías de Santafé de Bogotá Cecilia Iregui de Holguín	18	Parque La Concordia	76
Reminiscencias del barrio La Candelaria Carlos Sanz de Santamaría	26	Calle 10, carreras 8a. y 10a.	78
Viscísitudes de La Candelaria Carlos Ronderos	36	Plaza, barrio Egipto	80
Arquitectura de La Candelaria Jorge Rueda	44	Parques calle 7a.	84
El barrio, su historia y sus actividades Gonzalo Ariza	48	Plaza del Chorro de Quevedo	86
La actividad teatral en La Candelaria Carlos José Reyes	52	La Cancillería	88
La revolución del color Fernando Correa Muñoz	58	Plan Andenes	90
La moderna intervención en los casos históricos Tomás Uribe	60	Plan Mojones	90
La Candelaria: Gente, tiempo y espacio Fernando Antonio Duque	64	ESTRUCTURAS ARQUITECTONICAS	92
		Estructuras arquitectónicas Fernando Correa Muñoz	93
		Sede de la Corporación La Candelaria	95
		Casa de la Independencia en la calle 10	99
		Plaza de Mercado Rumichaca	100
		Biblioteca infantil	101
		Casa de los Comuneros	105
		Casa de poesía "Silva"	107
		Servicios comunales	113
		Casa calle 14	117
		Camarin del Carmen	119
		Teatro La Candelaria	121
		Actual Teatro Popular de Bogotá.	
		Antiguo cinema "Odeón"	123
		PROYECTOS Y PROGRAMAS FUTUROS	126
		Proyectos y programas futuros	127
		Créditos de las obras realizadas	130

Prólogo

Belisario Betancur Cuartas

Nostalgia de La Candelaria

En ocasiones la ciudad moderna la ha ahogado, y en un tiempo, cuando aún era menos ciudad, la alcanzó a matar, como quien oculta un pasado vergonzoso. Pero La Candelaria es un barrio (¿ciudad?) fénix: prácticamente renació de sus cenizas, y hoy tiene una entidad propia, ya indestructible y eterna.

Es raro: cuando era casi solo La Candelaria, allí vivieron los bogotanos más pretenciosos —y no hay sombra de significado peyoratorio en esta palabra— y, seguramente a sabiendas, nos dejaron una ciudad sin pretensiones. La Bogotá de verdad, distinta de aquella que en el siglo pasado copió palacios de Europa o que hoy quiere parecerse más a Miami que a Nueva York.

Por su calle de Galeano caminaron los Virreyes y sus cortesanas; Don Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos, “vivió, pintó, comulgó y enloqueció” en la calle XXX; el Marqués de San Jorge, Santander y Bolívar, en distintas épocas, atravesaron el puente de Quevedo para continuar por la calle del Palomar del Príncipe; las Ibáñez y Manuelita se miraron con difidencia al cruzarse en la calle de las plantas; el sabio Mutis, pensando en la astronomía y en las plantas que iba descubriendo y dibujando su expedición botánica, atravesó la calle del Sol, para ir a contarle a don Miguel de Pombo, que en ella vivía, su encuentro con Humboldt y Bonpland. Y caminaron por sus calles los cachacos, “graciosos, elegantes, opositoristas, dictadores de los salones, príncipes de la moda y reyes de la crítica”, traviesos, chispeantes, según los describieran tantos cronistas de entonces como mi paisano Emiro Kastos, Miguel Cané, don Eduardo Posada y don Laureano García Ortiz, entre otros.

Después otro Pombo, el poeta, escribió sus más hermosos versos en su casa de la calle XXX y, más tarde Silva llegó hasta su propia casa, para encontrar con serenidad, en la soledad de su cuarto, su corazón pintado, que le ayudaría a detener el verdadero corazón de un tiro, el cual produjo un ruido tan espantoso que aún resuena en la Casa Silva, entremezclado con el recitar de versos suyos y de otros, con los pasos de los fantasmas, con gritos de reyertas y, a veces, de libertad, de revolución o de rabia.

Y la ciudad de La Candelaria —prefiero llamarla así—, en lugar de decirle barrio, porque para mí es el corazón latiente de la otra ciudad— entró un tiempo en letargo. La moda empezó a hacer correr a sus habitantes primero hacia San Victorino, después hacia La Merced, más tarde hacia Teusaquillo, luego hacia Cha-

pinero. Un tiempo se detuvo, como si hubiera llegado a su límite, en la avenida Chile. Pero no; siguió su alocada carrera hasta La Calera, invadió la hacienda El Chicó y continuó desbocada hacia el norte, hacia el norte, siempre hacia el norte. Todo porque a alguien se le ocurrió una frase que tuvo éxito: “El norte es para la gente; el occidente para los animales”. Lo cual era y es absurdo.

De pronto, casi insensiblemente, a La Candelaria le fue llegando su momento de gloriosa resurrección, a la que ayudaron tantas personas que sería injusto citar nombres. Pero me arrepiento, quiebro mi propia regla y cito solamente uno, casi en silencio, sin agregar nada más: Genoveva Carrasco de Samper.

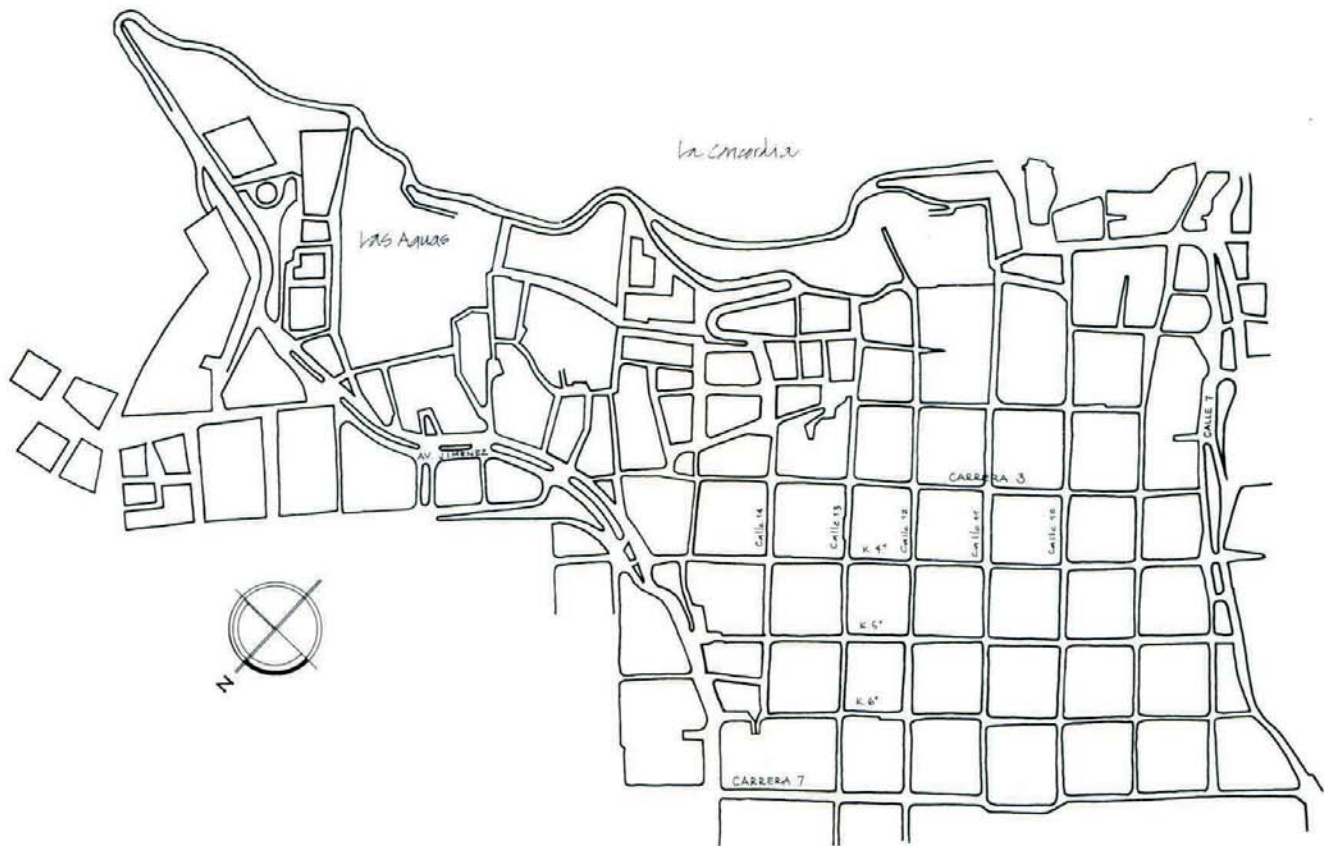
Y poco a poco sus casas empezaron a ser reconstruidas con amor y respeto; las calles de la vieja Candelaria se volvieron a llenar de artistas, de poetas, de fotógrafos, de vendedores de antigüedades, de encuadernadores de libros, de artesanos, de grupos de teatro, de museos, de centros culturales, en pocas palabras, de vida vivida.

La Candelaria: techos de barro rojo; irregulares paredes de tierra pisada, cubiertas de cal blanca, balcones que se defienden del frío; calles de piedra; arquitectura casi ascética, sin adornos supérfluos, sin riqueza sobrante. De pronto, la sorpresa sobresaliente de un camarín; una calle empinada que sube tratando de buscar el cerro; un gárrullo chorro de agua; y en su límite norte un río, el San Francisco, hoy prisionero y al que ya no se le ve desembocar la quebrada de San Bruno.

Pero todo esto, que digo con la torpeza del recién llegado (recién llegado que, sin embargo, prácticamente empezó su estancia bogotana viviendo en la Casa de María Cano, de su esposo Ignacio Torres Giraldo y de su hijo Eddy, que quedaba precisamente en La Candelaria), todo esto, decía, es lo que está bien contado, por otros, en este libro, hecho con gusto y con amor. Mi tarea era esa y, creo haberla cumplido. Decirles: miren este libro, también con amor. Y ya Ustedes lo están haciendo.

Belisario Betancur

Bogotá, junio de 1988



Presentación

El barrio La Candelaria, al suroriente de Bogotá, es en verdad un sector muy especial de la ciudad. Para empezar, y como todos saben, allí existe un conglomerado de edificaciones de la época de la Colonia, la más antigua de las cuales data de 1588 y un conjunto también muy hermoso de construcciones del llamado estilo republicano, que se utilizó a finales del siglo pasado.

Hace algunas décadas este barrio fue la cuna de la gente próspera y notable de la ciudad; poco después esta clase se fue desplazando hacia el norte y vendieron sus inmensas casonas, las cuales en su mayoría se convirtieron en casas de inquilinato para personas de bajos ingresos económicos. En los años setenta renació el interés por el barrio y varios intelectuales, escritores y artistas se instalaron en él y restauraron algunas de las antiguas casas. Ello ha producido el curioso fenómeno de que en este sector convivan hoy todos los estamentos sociales, de la riqueza absoluta a la pobreza absoluta.

Se distingue también esta zona por ser un centro estudiantil muy dinámico, ya que hay en ella nueve universidades y veinte colegios; en época escolar se calcula que hay una población flotante de cien mil personas entre estudiantes y trabajadores.

Sin embargo, a pesar de su importancia arquitectónica e histórica, el Estado no se había interesado nunca en preservar este patrimonio ni en seguir una política de recuperación social del sector. Tal preocupación surgió en 1980, cuando el Alcalde Mayor de Bogotá en ese momento, Hernando Durán Dussán, creó la "Corporación Barrio La Candelaria", mediante el Acuerdo No. 10 de 1980. En 1982 comenzó a funcionar la Corporación y sus ejecutorias tuvieron amplio respaldo durante el gobierno del Presidente Belisario Betancur y, posteriormente, en el gobierno actual gracias al interés del Alcal-

Presentación

de Julio César Sánchez. El objetivo básico de la Corporación es revitalizar el sector histórico de la ciudad, dentro de un marco que en ningún momento sea ajeno al proceso económico, social y de desarrollo de Bogotá. Desde un principio, quienes trabajamos en la Corporación comprendimos que no se trataba de restaurar y preservar ese patrimonio a costa de convertir el barrio en un inmenso museo, vacío de vida cotidiana. Por eso nos empeñamos en un vasto plan de trabajo en la infraestructura de servicios y en la adecuación del espacio público. Se reconstruyeron los andenes, y, en coordinación con las empresas de Acueducto, Energía y Teléfonos se mejoraron las redes y se hicieron subterráneas con el fin de eliminar las redes aéreas. Con este mismo objetivo se diseñó un programa de recuperación del sector de Egipto, el cual contó con la entusiasta cooperación del Padre Fernando Rueda Williamson. La Corporación construyó allí Centros de Salud, Educación y Bienestar Social; igualmente se instaló una planta de reciclaje y una droguería comunitaria donde, entre otras cosas, se venden hoy helados hechos con "Bienestarina", alimento que los niños del barrio no aprovechaban antes de esta iniciativa; el primer CAI de Bogotá lo construyó la Corporación para garantizar la seguridad del sector. Con el fin de revitalizar la vida urbana se han desarrollado programas como la construcción de cuatro parques; se han destinado y adecuado algunos espacios para actividades deportivas y se han remodelado varias plazas y plazuelas, obras que se describen en otra parte de este libro. Con este mismo fin se está construyendo un supermercado en la carrera 3a. entre calles 14 y 15 y se entregó terminada la plaza de mercado de Egipto, denominada plaza de "Rumichaca". Con el ánimo de darle vida cultural activa al sector se restauró, remodeló y adecuó el

Camarín del Carmen, uno de los más importantes monumentos del periodo colonial y símbolo de la Capital. En este mes de agosto, fecha de la celebración de los 450 años de Bogotá, el Camarín entrará a prestar servicio de auditorio para presentaciones musicales y de teatro. Con este mismo criterio se adquirió y restauró la casa que fue última morada del poeta santafereño José Asunción Silva, la cual se inauguró en mayo de 1986 como Casa de Poesía Silva. Esta casa se ha convertido en un importante centro cultural del país, gracias a sus variadas y numerosas actividades que aglutinan permanentemente a miles de personas en torno al tema de la poesía.

La Corporación rescató y restauró además notables construcciones coloniales, como la llamada Casa de la Independencia, situada en la Calle 10 entre Carreras 3a. y 4a. y una de las más antiguas de la ciudad, la Casa de los Comuneros, en la esquina sur-oriental de la Plaza de Bolívar, único inmueble colonial que queda hoy en el marco de esta plaza y el que fue destinado para el funcionamiento de la Academia de Historia.

En forma complementaria, la Corporación cooperó con la restauración de diversas sedes culturales, como la de la Corporación Colombiana de Teatro, el Teatro La Candelaria, ambos situados en la Calle 12, el Teatro Libre de Bogotá en la Calle 13, con la construcción del Teatro Popular de Bogotá, en la Carrera 5a. con Avenida Jiménez, y el Teatro Gabriel García Márquez en la Calle 13. De otra parte, con el propósito de revitalizar la zona como centro de vivienda, se adquirieron varios inmuebles para adecuarlos, conservando sus patios y volumetría, y destinarlos como viviendas multifamiliares. Ha tratado también la Corporación de vincular en forma directa a los habitantes del barrio en actividades de carácter cultural y artístico me-

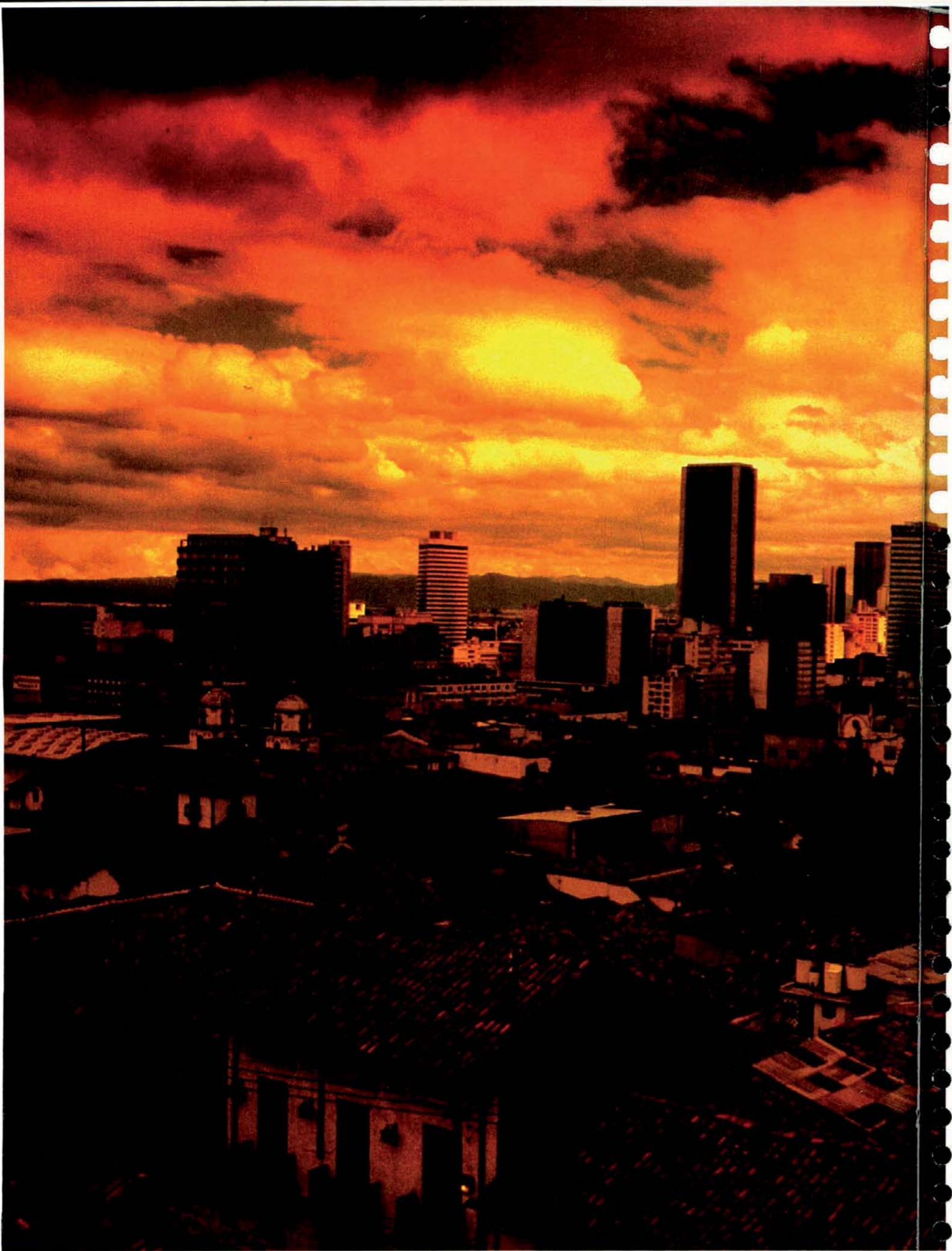
dante la programación de eventos musicales y teatrales en las calles y plazoletas; de estos eventos debo mencionar el festival que se efectuó en noviembre de 1986, que llamamos "Navidarte".

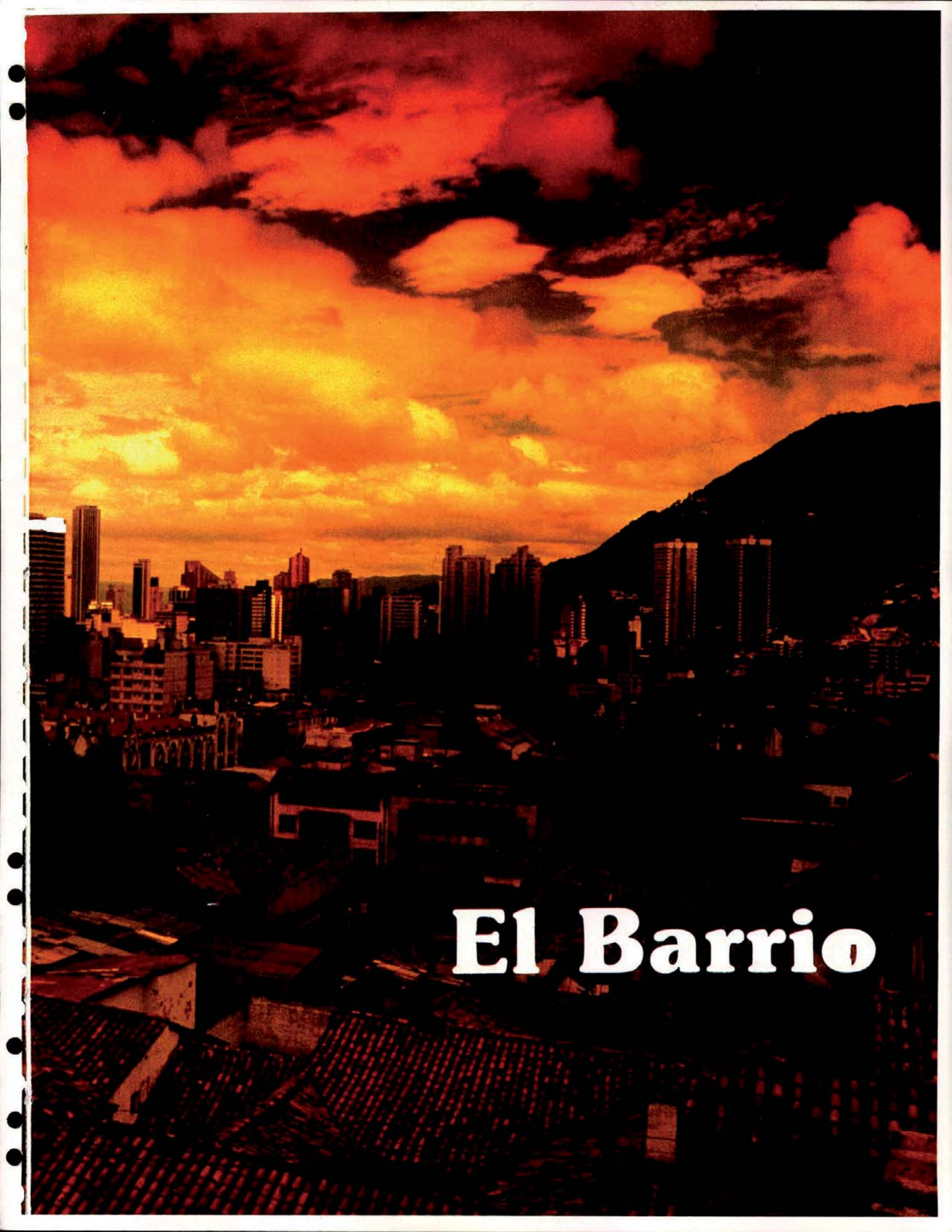
En esta apretada síntesis de las actividades y trabajos de la Corporación adelantados en su primer lustro, se advierte el propósito de no limitar su acción a la restauración y conservación de la zona histórica, sino de crear incentivos de vivienda, mediante la construcción de la misma y la renovación de andenes y servicios y la creación de focos culturales activos que revitalicen la zona y mejoren la calidad de vida de sus habitantes. Considero que se ha avanzado en forma eficaz y muy provechosa dentro del plan de desarrollo que se trazó la Corporación desde un comienzo, plan que una vez terminado habrá eliminado la razón de ser de esta entidad, para convertirse en un ente que vele por la conservación de la zona.

Debo observar que nada de todo esto hubiera sido posible sin la cooperación generosa de los miembros de su Junta Directiva, del ex-presidente Belisario Betancur y de los Alcaldes Hernando Durán Dussán, Augusto Ramírez Ocampo, Diego Pardo Koppel, Hisnardo Ardila Díaz, Rafael De Zubiría y Julio César Sánchez. Gracias a todos ellos, así como a las personas vinculadas a la Corporación por su trabajo eficiente, el cual hoy nos permite mostrar las realizaciones consignadas en este libro.

GENOVEVA CARRASCO DE SAMPER
Gerente, diciembre 1981 - mayo 1988







El Barrio



Percepciones Particulares

El barrio de La Candelaria ha sido definido por tradición y por derecho propio como el más representativo de esa Santafé antigua, añorada e idealizada. Es el punto de referencia de la historia de la ciudad por sus construcciones y sus hitos, por ser testigo de acontecimientos y anécdotas, por tener en su recinto las instituciones más representativas de la ciudad y del país. Se convierte así en su imagen representativa.

Para ubicar la labor llevada a cabo por la Corporación dentro de una visión totalizante del sector se solicitó la participación de colaboradores que viven o han vivido en el barrio, que lo estudian, lo aprecian o lo disfrutan, que por una u otra razón lo definen y lo defienden.

Con su estilo propio presentan aspectos particulares para conformar un marco de referencia a la presentación de los proyectos y realizaciones que la Corporación ha impulsado durante el último lustro.

Carlos Martínez nos ofrece sucintamente el origen del barrio y de su nombre. Cecilia Iregui de Holguín, Carlos Sanz de Santamaría y el maestro Ariza dan un panorama del transcurrir de la vida en la Candelaria. Las vicisitudes en el desarrollo del barrio expresadas en el escrito de Carlos Ronderos son un fiel reflejo de las penurias en el crecimiento de la ciudad. Tomás Uribe presenta una aproximación general actual a la intervención en los cascos urbanos con carácter histórico.

Percepciones Particulares

Orígenes de La Candelaria

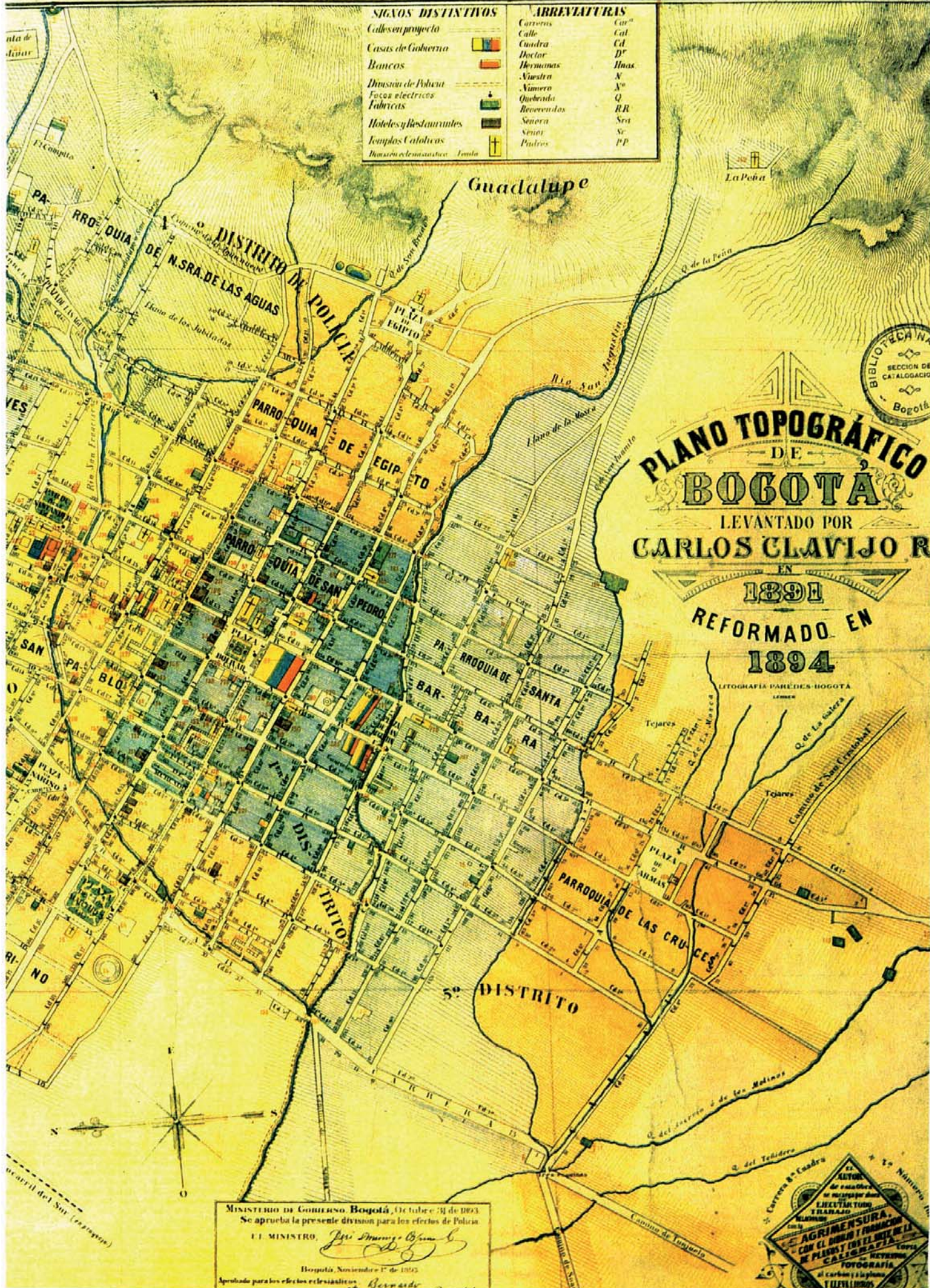
Los recoletos de San Agustín, conocidos con el nombre de Padres de la Candelaria, se instalaron en 1560 en el área ocupada hoy por la iglesia y convento de San Agustín. Su presencia en el Nuevo Reino no contó con las licencias pertinentes para establecer conventos y por decisión Real se les obligó a regresar a España.

Casi un siglo después, en el año de 1654 aparecen los recoletos de La Candelaria tres cuadras arriba de la Catedral, donde establecieron un hospicio y colegio de frailes de la orden con el nombre de Nuestra Señora de La Candelaria.

Esta fundación junto con la iglesia tampoco contó con las debidas autorizaciones y por orden de la Real Audiencia fue demolida en 1681, apenas terminada la obra. En 1684 obtuvieron los religiosos licencia Real para reedificar su convento, como en efecto ocurrió con el apoyo económico de los vecinos solidarios con los religiosos y con 7.000 pesos donados en 1736 por el arzobispado. El celo religioso de la comunidad y la solemnidad con que revestían los oficios religiosos convocó a numerosas familias piadosas que acudieron a instalarse en sus inmediaciones; y desde entonces el sector tomó el nombre de *Barrio de La Candelaria*.

Actualmente en la esquina de la carrera 4a. con calle 11 se encuentra la Iglesia de La Candelaria anexa a la sede actual de los padres candelarios.

SÍMBOLOS DISTINTIVOS	ABREVIATURAS
Calle en proyecto	Carreros Cal
Casas de Gobierno	Calle Cd
Bancos	Cuadra D'
Dirección de Policía	Herminias Hnas
Focos eléctricos	Viaducto V
Fabricas	Número N°
Hotels y restaurantes	Quebradas Q
Templos Católicos	Reverendos RR
Dirección eclesiástica	Señora Sra
	Señor Sr
	Padres PP



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION DE CATALOGACION
Bogotá

PLANO TOPOGRÁFICO
DE
BOGOTÁ
LEVANTADO POR
CARLOS CLAVIJO R.
EN
1891
REFORMADO EN
1894

LITOGRAFIA PARÉDES-BOGOTÁ

MINISTERIO DE GOBIERNO Bogotá, Octubre 31 de 1893.
Se aprueba la presente division para los efectos de Policia.
EL MINISTRO, *José Domingo Obando*
Bogotá, Noviembre 1° de 1893.
Aprobado para los efectos eclesiásticos. *Bernardo*

EL AUTOR
de esta obra
se reserva los
derechos de
EXCLUSIVO
TRABAJO
AGRIENSURA
CON EL DIBUJO Y FUNDACION
DE PLAZA Y FUENTE DE LA
CALLE 12
FOTOGRAFIA
de carbon y a la pluma
Y CALLE 12

Artisanos, gremios y cofradías de Santafé de Bogotá

Santafé de Bogotá fue construida en un lugar que reunía las mejores condiciones para la vida. Ubicada en una ladera del pie de monte de la Cordillera Oriental a una altura superior a la Sabana de Bogotá le permitía defenderse de la abundancia de las aguas que en época de lluvias inundaban la región; abrigada por el cerro de Nuestra Señora de Guadalupe y con un clima privilegiado, le permitieron constituirse en el centro de la vida social, cultural, política y económica del país. Sus calles, empedradas y empinadas, ostentaban nombres significativos o conmemorativos de algún episodio o santo patrón, que por siempre evocan y perpetúan en la memoria de los parroquianos el paso de los años: La Cajita de Agua, San Bruno, de las Culebras, del Olivo, de la Agonía, del Camarín del Carmen, de la Botica, de la Fatiga, de la Esperanza, del Chorro de Egipto, de la Moneda, del Sol, del Campo, de la Paloma del Molino, del Cubo, del Puente de Latas, del Palomar del Príncipe, del Patio Cubierto, la Calle Sola, de los Plateros, de los Chorritos, de la Conquista, del Socorro y de la Cara del Perro, entre otras.

En Santafé el nombre de los barrios lo determinaba la Parroquia. Al finalizar el siglo XIX (1882) a Bogotá lo conformaban cuatro barrios: La Catedral, Las Nieves, Santa Bárbara y San Victorino, con una población de 84.723 habitantes. El gobierno eclesiástico creó por entonces las parroquias de Egipto y de Las Aguas.

El Barrio de La Candelaria rompe la tradición y comienza a destacarse a la par con la generación del Centenario, en su condición de ilustre cuna de las principales familias de la capital y de albergue de los más connotados monumentos, edificios y viviendas de la época. La Candelaria es hoy la heredera legítima de Santafé de Bogotá y por tanto preocupación constante del gobierno,

quien para la conservación y restauración de su imagen, fundó la Corporación de La Candelaria, con el fin de defenderla, a capa y espada, del devastador "proceso de desarrollo" propio de la contemporaneidad.

La nostalgia que despierta el discurrir de la historia, nos conduce a rememorar diferentes aspectos, espirituales y materiales, ingredientes vitales que cursan a lo largo del tiempo y configuran el fundamento e identidad de un pueblo. En esta ocasión se traen a cuento *las Artes y los Oficios*, como fuentes inequívocas del quehacer del hombre y cimiento del desenvolvimiento social y económico, ocurrido en Santafé. Reducido hoy su territorio al barrio de La Candelaria, saturado de las reminiscencias de cronistas, viajeros e historiadores, aún conserva su vida y sus milagros, en buena parte representativos de nuestra nacionalidad. He aquí a grandes rasgos un trozo de su historia.

En el Nuevo Reino de Granada fueron consolidándose las ciudades, en la medida que los Cabildos ejercieron sus funciones de gobierno, específicamente dirigidas a "mejorar el lugar, velar por la salubridad pública, la provisión de agua y carnes, la vigilancia de las artes y los oficios, de las tiendas y los talleres... y, en general, de todas aquellas actividades necesarias para brindar a los nuevos moradores lo indispensable a la vida cotidiana".

La participación de menestrales y artesanos españoles en los "Conciertos y Acuerdos" de colonización se consideraron fundamentales porque aseguraban la supervivencia de sus coterráneos al complacerlos con la edificación de las viviendas, la producción de muebles y enseres y así llevar a cabo un adecuado asentamiento, conforme a sus apetencias y a sus inveteradas costumbres.

A mediados del siglo XVI López de Velasco describe las casas construidas por los es-

pañoles así: "... las casas son muchas de piedra y de ladrillo y de buen edificio; hay abundancia de materiales".

En la construcción de las viviendas los hispánicos utilizaron, "muros de tapiería y adobe cimentados a su vez con piedra" y sustituyeron el techo de paja por el de teja española de barro cocido, influencia que predominó desde los albores de la Conquista. Las edificaciones de tipo europeo las inició en Santafé el capitán Juan de Céspedes; Alfonso de Lugo trajo los primeros carpinteros y albañiles y Antonio Martínez construyó los chircales y tejares, como experto fabricante de ladrillo y teja de barro.

La inmigración de artesanos y menestrales estuvo controlada por Carlos V en 1533 cuando ordenó que sólo personas españolas, cristianos viejos con sus mujeres, fueran los escogidos para viajar a las nuevas colonias. Las escasas gentes dedicadas a los oficios llegaron al Nuevo Reino, en su mayor parte procedentes de Santo Domingo.

Fray Bartolomé de las Casas también intentó organizar expediciones de labradores, pero su deseo constituyó un absoluto fracaso. Capdequi anota: "solo con el tiempo, al poblarse algunas comarcas y desarrollarse algunas ciudades, surgieron de manera biológica las clases labradoras y artesanas".

La edad de oro de los artesanos en la Nueva Granada ocurrió en el siglo XVII y en la mitad del siglo XVIII. El florecimiento de las artes en las principales ciudades del Reino fue notable, dice Guillermo Hernández de Alba, especialmente en Santafé donde... "a la vuelta de pocos años artífices, oficiales y aprendices de todas las artes hormigueaban por toda la ciudad... Hidalgos, menestrales y plebeyos, cuchilleros y albañiles, mercaderes e industriales, aquí topan el Dorado, maestros de forja, oribes y plateros, mazoneros y batihojas, lapidarios, vaciadores y

canteros alternaban en las tiendas de la Plaza Mayor y de la Calle de los Mercaderes. Fructificaban el linaje de aquellos traídos por Alfonso de Lugo primero y por el Visitador Armendariz, luego...".

El crecimiento de los sectores de la pequeña manufactura y de la artesanía dio lugar a una organización que tuvo como modelo la de los Gremios Medioevales españoles y, además, sirvió de refugio a los indígenas, quienes deseaban continuar ejercitando los oficios tradicionales.

El blanco asumió y ejerció el control jerárquico de la nueva sociedad amerindia, dominó la organización gremial y controló la participación del indio y del negro en la práctica de los oficios, al limitar su instrucción a la categoría de aprendices y oficiales. En la vida artesanal el aprendizaje de los oficios se llevó a cabo bajo la dirección de "un maestro de tienda abierta". Los padres o tutores de los jóvenes celebraban un contrato con el maestro en el cual se establecían los deberes y las obligaciones de ambas partes, ante un veedor de oficio.

La iniciación del oficio, según la categoría del aspirante, era a la edad de 10 a 12 años. Terminado el período del aprendizaje (2 o 4 años), el Gobernador o Justicia fijaba la fecha del examen, los veedores interrogaban y el Tesorero Fiscal del Gremio y el Escribano del Ayuntamiento daban fe del acto. Al maestro se le permitía asistir a dicho acto, pero en el momento de la votación abandonaría la Sala Capitular.

Las Autoridades Reales ordenaron que ninguno de los egresados podría en lo sucesivo abrir tienda ni trabajar por sí solo como maestro, sin estar examinado y aprobado por el Maestro Mayor o Alcalde del Gremio. En la vida artesanal tuvieron especial trascendencia la devoción y las prácticas religiosas; la asistencia, los domingos, a recibir la

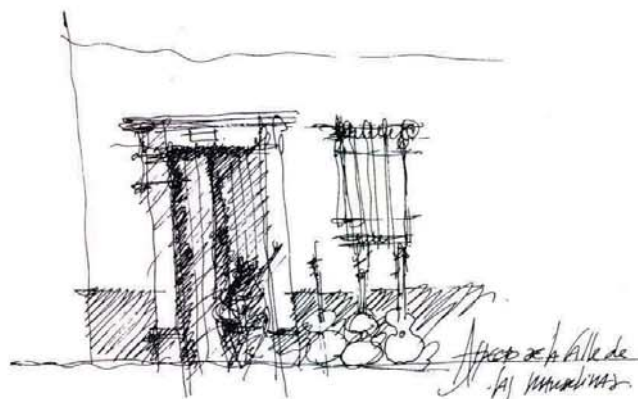
enseñanza de la doctrina cristiana, de la moral y las buenas costumbres, fueron obligaciones piadosas de los maestros artesanos y sus dependientes. Estas prácticas contribuyeron a la creación de las organizaciones religiosas llamadas Cofradías.

La participación de los artesanos en las Cofradías era voluntaria, los cofrades podían pertenecer a cualquier clase social y ejercer cualquier oficio.

Su florecimiento indujo al primer Arzobispo del Nuevo Reino, Fray Juan de los Barrios, en el año de 1556, a establecer su organización con el fin de evitar que funcionaran sin su licencia, a riesgo de incurrir en la excomunión mayor; y, la Corona a su vez, dictó las normas y los requisitos requeridos por el Real Consejo de Indias para su aprobación. Cuando las Cofradías no tenían licencia real sus fondos pasaban a los gremios artesanos.

Los gremios artesanos de Santafé se distinguieron por su participación activa en las Cofradías, entre otras: los zapateros cuya cofradía funcionó en la Iglesia de San Diego; la de los sastres en la Capilla del Topo, a la cual donaron el precioso altar de plata que aún existe en la Catedral Primada; los Jesuítas organizaron también cofradías de artesanos en una capilla especial, (Salón de Actos del Museo Colonial), y la devoción por la Virgen fue tan significativa que los artesanos construyeron en su honor el templo de Nuestra Señora de las Nieves. Las Cofradías mantuvieron el esplendor de las celebraciones religiosas, "culto iluminado con los cirios y dignificado con la penitencia", especialmente en la Semana Mayor.

Tan exagerado era el número de las fiestas religiosas y tan alto el costo de las contribuciones económicas para cumplir con la designación de mayordomos y feligreses en las celebraciones de vísperas y octavas, que in-



ció en forma contraproducente en la vida social del artesano. El Papa Gregorio VI respondió a la preocupación de las autoridades granadinas con la reducción del número de días festivos.

Los gremios y asociaciones artesanales establecieron su propia protección social al constituirse en grupos de "cooperación mutua", lo cual les permitió hacer frente a las crisis económicas y sociales de su tiempo. En el Nuevo Reino las Cofradías terminaron por reducir su actividad a un mutualismo piadoso y asegurar el bienestar espiritual de los artesanos fallecidos mediante los oficios religiosos que merecían, en razón de sus méritos y de su jerarquía en dicha organización. Por ejemplo, los carpinteros se beneficiaban con 15 misas, si habían tenido cargos en la Cofradía, de lo contrario solo les correspondían 10 misas. Asistir a los funerales era obligación de los Cofrades, bajo pena de multa.

Con el transcurso del tiempo la organización gremial que había tomado considerables proporciones, debido a la creciente masa artesanal se fue debilitando, a medida que el fenómeno de la concentración urbana atraía a los pobladores del campo con el halago de aprovechar las nuevas oportunidades que ofrecía la ciudad. El desenvolvimiento social y económico originado por este proceso de inmigración hacia la ciudad trajo como consecuencia el abandono de los oficios por parte de los colonos españoles, quienes dedicaron su esfuerzo a otras industrias más lucrativas.

Esta deserción fue uno de los factores que ocasionaron la decadencia de las artes, agravada por el deficiente sistema del aprendizaje de los oficios. La escasez de maestros obligó al Virrey Flórez, en 1777, a impulsar las artes y los oficios con una nueva orientación y además el gobierno pretendía ejer-

cer el control necesario de un sector tan numeroso como el artesanal. El Asesor del Virreinato cumplió el encargo del Virrey con la promulgación de "la instrucción general de los gremios" virtual copia del Tratado sobre Educación Popular de los Artesanos, de Campomanes, experto en asuntos laborales quien contribuyó a transformar el pensamiento español con los nuevos planteamientos de la instrucción. En dicho Tratado el asesor general del virreinato Francisco Robles, reestructuró la vida gremial sometiéndola a un nuevo reglamento para educar a los artesanos en los talleres. El restablecimiento de las Artes, en el Virreinato de la Nueva Granada, se creó con los medios oportunos para beneficio común y "dar mayor brillo a aquellos ramos que constituían una urgencia para el Estado y de los cuales carecía el Reino".

En Santafé y en todas las provincias del Reino no se encontraba ningún maestro "capaz de construir una mediana pieza de su oficio, ni oficial que hubiera demostrado aplicación para aprenderlo" ni estimación ni estímulo en razón de su utilidad, por carecer de reglas, métodos e instrucción capaces de proporcionar una perfecta enseñanza.

El autor del discurso sobre la Industria Popular propuso que se dictaran cátedras de: matemáticas, aritmética, geometría y álgebra, para enseñar a los artistas los principios fundamentales del Arte y otra de maquinaria para aplicar los principios del progreso y el perfeccionamiento indispensable para conseguir mejores resultados... porque las ciencias especulativas eran auxiliares precisas de las artes plásticas...

Las citadas cátedras se encontraban establecidas en los colegios de Santafé; en esta forma de instrucción serviría de regla y método para la enseñanza de los oficios, los cuales adquirirían un ascenso a la educación supe-

rior y conciliarían la estimación de sí mismos y el respeto de sus semejantes.

Llegó tarde para los artesanos granadinos el proyecto de su formación técnica y científica ordenado por el Virrey Flórez. Los primeros levantamientos revolucionarios, en el Nuevo Continente, arrebataron de sus manos el aprendizaje formal de las Artes y los Oficios; unos cuantos años más tarde la independencia de España transformaría la vida nacional.

El preámbulo "Ilustrado" que incubó la atmósfera revolucionaria y partió en dos la reciente historia del mundo, desató una serie de cambios en la medida que fueron afectados los conceptos estructurales de la caduca sociedad medioeval.

En España, las Ordenanzas Gremiales de Fernando VII fueron abolidas en su ausencia, por la Regencia del Reino, y la libertad laboral se abrió paso, inclusive en las colinas de ultramar. Las nuevas disposiciones permitieron establecer libremente fábricas o artefactos de cualquier clase sin permiso, ni licencia, sujetos solamente a las reglas de policía y a ejercer un oficio útil o a crear una industria, sin necesidad de título o de pertenecer a un gremio. Estas leyes favorecieron las arcas del fisco Real y afectaron y desestimularon el trabajo artesanal.

De regreso de su exilio Fernando VII, en 1815, volvió a implantar las Ordenanzas Gremiales "... excepto lo que pueda causar monopolio por los del Gremio, lo que sea perjudicial al progreso de las Artes y lo que impida la justa libertad que todos tienen que ejercer en su industria...".

Esta determinación Real influyó aún más en la desaparición de los gremios como agrupaciones esencialmente artesanales y, a partir de entonces, fueron muchos los tropiezos que estos sufrieron, según el testimonio que encontró en la historia Triana y Antorveza.



Los principios y las ideas liberales al reconocer las garantías y los derechos individuales, propiciaron un cambio radical en las relaciones laborales, sujetas hasta entonces a las Leyes Reales y Gremiales y en virtud de los nuevos conceptos pasaron al arbitrio del patrón o empresario. El trabajo quedó sujeto al fenómeno económico de la oferta y la demanda. La libertad laboral trajo consigo la proletización de una apreciable masa de artesanos.

Con el correr del tiempo (1882) se fundó el Instituto de Bellas Artes por la Ley 67 "en virtud de los esfuerzos hechos por el infatigable artista Alberto Urdaneta...". Además se organizó una Asociación de Artistas que cumplió en forma encomiable sus finalidades en numerosos aspectos: en el campo moral, educativo y religioso; en lo tecnológico, científico y en las Artes y la Literatura adecuados a las necesidades más apremiantes de los socios, herramientas, materiales de trabajo, vivienda, Caja de Ahorros y Monte de Piedad, servicios médicos, casas de abastecimiento, de asilo y cocinas económicas.

En la naciente vida republicana de Colombia se suscitaron dos grandes conflictos: la expulsión de los Jesuitas en 1850 y las medidas de tipo religioso del General Mosquera, que afectaron especialmente a los artesanos por los atropellos cometidos contra las instituciones religiosas; ellos alegaron que al pueblo le proporcionaban aparentes libertades de todo orden y al mismo tiempo los privaron de la única, indispensable para la vida familiar como era la de "darle culto a Dios de nuestros padres y recibir los dulces consuelos de la religión".

La sociedad popular de Santafé, organizada por los Jesuitas y las Sociedades Democráticas, de clara estirpe política, se enfrentaron en la defensa de sus principios,

creando situaciones tan graves que condujeron a la guerra civil.

Las profesiones liberales y los nuevos manejos de la política económica, anotados anteriormente, desmejoraron en forma considerable al artesanado que en la sociedad neogranadina representaba un grupo social numeroso e importante en el campo social y laboral. El trabajo artesanal menospreciado y "aplastado" por los productos importados, causó su total decadencia y propició al mismo tiempo el gusto por las mercaderías extranjeras.

El acta de la Confederación de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, delegó en los Estados, entre los actos reservados a su exclusiva soberanía y autoridad "...la protección y fomento de la agricultura, artes, ciencias, comercio y demás ramas de su competencia...". Se permitía también a los ciudadanos la libertad de traficar y comerciar en todas las Provincias del país.

Las Constituciones de 1821 y 1830 proclamaron que "ningún género de trabajo, de cultura, de industria o de comercio sería prohibido a los colombianos; solo quedaban reservados aquellos que fueran necesarios para la subsistencia de la República". La Constitución de 1832 suprimió definitivamente a los gremios, hecho que promovió otro tipo de Asociaciones Artesanales con fines muy concretos de protección social. El golpe más duro sufrido por las Asociaciones Artesanales fue la abolición del aprendizaje artesanal, consagrado en la Constitución del medio siglo. La Constitución del 86, en su sabiduría, decidió que el estudio era necesario solo para la formación de médicos y abogados.

Las agremiaciones artesanales cumplieron una encomiable labor en pro de mejorar la situación de los artesanos de la Nueva Granada, precursores del desarrollo social y eco-

nómico del país; prohibida su organización y abolido su aprendizaje, la frustración padecida causó un grave estancamiento. En estas precarias condiciones la tradición y la vocación artesanal, se encontraron en la orfandad al consolidarse la República.

Al retornar al barrio de La Candelaria, luego de recorrer a vuela pluma un trozo de la historia, el inventario de su tradición artesanal se reduce a una industria de tiples, en la calle de las Mandolinas, otra de dulce de brevas y otra de postre de natas; las colaciones de la puerta Falsa de la Catedral y las típicas tiendas santafereñas, que guardan el sabor y el olor de la Colonia, repletas de colaciones y golosinas para endulzar el paladar del vecindario. El vecino, en este rincón de la urbe, conserva las relaciones que antaño mantuvieron los señores con los artesanos que habitaban la parte baja de sus residencias.

La tipografía instalada en Santafé por los Jesuitas en 1734, ha proliferado y hoy se encuentra este oficio artesanal muy difundido en el barrio. Y, como caso curioso, los goliillas o tinterillos ejercen su profesión en oficinas localizadas allí mismo.

Sin embargo, la semilla fructificó. En las postrimerías del siglo XX, las Artes y los Oficios calificados en el sector informal como pequeña y mediana industria manufacturera, han adquirido una preponderancia inusitada y su participación, dentro de los principales indicadores del desarrollo, demuestran que nuestra actividad constituye un valioso elemento en la transformación socio-económica del país. Las estadísticas del Gobierno indican cómo la pequeña y mediana industria superan en su dimensión a la gran industria y en el marco del programa, generador de nuevas fuentes de trabajo y empleo, se abren camino hacia una nueva Colombia.

Bibliografía

Carlos Martínez: Bogotá reseñada por cronistas y viajeros ilustres. Escala Fondo Editorial, Colección Historia Bogotá. Tomo II.

Juan López de Velasco: Geografía y descripción universal de las Indias. 1572.

José María Ots Capdequi: España en América. Las instituciones coloniales. Universidad Nacional de Colombia. Sección de Extensión Cultural. Bogotá. 1948.

Guillermo Hernández de Alba: Guía de Bogotá: Arte y Tradición. Librería Voluntad. Bogotá, 1938.

Triana y Antorveza: Boletín Cultural y Bibliografía años 1961-1966.

Francisco Robledo: Instrucción General de los Gremios. Archivo Nacional 1777.

Indalecio Liévano Aguirre: Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia. Ediciones Tercer Mundo. 7a. edición. Bogotá, D.E., 1978.

José María Cordovez Moure: Reminiscencias de Santafé y Bogotá. Aguilar S.A. de Ediciones. Madrid, 1957.



Reminiscencias del barrio La Candelaria

Porque nació y viví muchos años en el barrio de La Candelaria de Bogotá, todo cuanto se hace o se deje de hacer en tan clásico sector de la capital no me puede ser indiferente, al contrario, me toca muy de cerca.

Tuve la oportunidad de visitar, hace pocos días, las obras que en cinco años de existencia ha adelantado la Corporación Barrio La Candelaria. Su activa gerente, doña Genoveva Carrasco de Samper y un excelente grupo de colaboradores, todos jóvenes y entusiastas profesionales, han logrado la recuperación de varios sectores de ese barrio, en breve término, y con costos comparativamente bajos con otras semejantes.

Con ocasión del primer lustro de su Instituto, me han solicitado que escriba algunos recuerdos de lo que era el barrio a los comienzos del siglo y lo hago con mucho gusto porque cada casa, cada esquina, cada rincón de los que aparecen en las fotografías que ilustrarán el libro que se proponen publicar tienen recuerdos generosos y amables —trágicos a veces— para quien nació y vivió tan largo tiempo en La Candelaria.

Conducente me parece evocar rápidamente los orígenes de la Santafé de Bogotá, metrópoli neogranadina.

¿Cómo fue, al menos, cómo sería el reposado Teusaquillo, el sitio de recreo elegido por el Zipa, cuando el Hunza de cauce serpentino, hinchado por las lluvias, desbordaba su corriente sobre la planicie de Bacatá?

Sólo sabemos que estaba asentado en confines de Muequetá, en las faldas de dos ariscos cerros, entonces tapizados de verdura y por entre los cuales descendía el Vicachá, abundoso de aguas y ataviado de árboles en sus riberas.

Es averiguado que la nación Chibcha, a la cual pertenecían los naturales de la comarca, no construyó edificaciones de piedra. Para alzar las suyas, pajizas, se dice que practicaban sangrientos ritos, y que para propiciar a sus dioses los caciques ponían como cimientos de sus casas el cuerpo vivo de un niño, sobre el cual caían, triturándolo, los pesados maderos de la futura habitación.

Los bohíos se transformaron luego, en la imaginación andaluza de los conquistadores, en el Valle de los Alcázares, donde en la mañana del día de la Transfiguración del Señor, de 1538, el licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada fundó la “ciudad nueva de Granada”, que el 27 de abril de 1539 cambió su nombre por el de “Santafé de Bogotá”.

Las doce primeras chozas, que en homenaje a los Apóstoles enmarcaron la plaza mayor para la fundación, se vieron pronto multiplicadas en los sitios adyacentes, por casas de tapia pisada que daban mejor albergue a los soldados de la conquista.

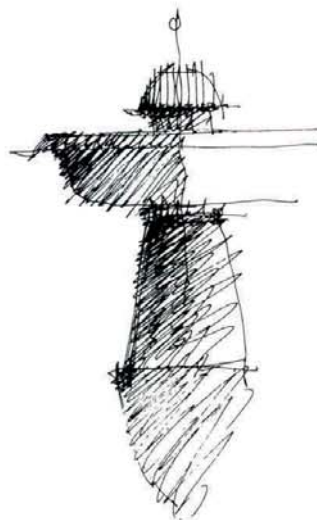
Y pronto el Vicachá sirvió de límite, por el norte, a la Villa. “Del otro lado del río”, o sea en su margen derecha, prosperaban las huertas de árboles frutales y de yerbas medicinales y aún la primicia de las sementeras de cereales cuyas semillas había traído de la Península don Jerónimo Lebrón en 1540.

Luego, “por la mano derecha del camino de

Tunja” y más allá del frágil puente de madera del río Vicachá, se hizo reparto de solares para huertas, habiendo correspondido uno de ellos al propio Quesada, quien alzó allí casa, en el costado norte del mercado, o sea de la actual plaza de Santander. La segunda casa la construyó en aquellos parajes el capitán Juan Muñoz de Collantes, mayordomo de fábrica de la Cofradía de la Veracruz, quien para la semana santa de 1543 solicitó del Ayuntamiento terreno para edificar un humilladero o sea “una devota ermita a la usanza aragonesa, que fuera como el centinela vigilante de la entrada principal de la ciudad”, la cual fue solemnemente inaugurada para el sexto aniversario de la fundación.

Poco después, Antonio Martínez fabricó la primera teja de barro en Santafé, con la cual se cubrió la casa que Pedro Colmenares levantó en la calle de la Carrera. Más tarde, en 1548, Fray Lope de Acuña fundió para el convento de los dominicos, la primera campana que resonó en el Nuevo Reino. Luego, ya para 1574, la piedad del obispo Juan de los Barrios y Toledo fundaba en su propia casa de habitación, situada a espaldas de la iglesia Catedral, el Hospital de San Pedro, antecesor del de San Juan de Dios.

Si la Villa crecía y se dilataba por estos términos sabaneros, en lo que se refiere a su vida civil adquiriría también nuevas prerrogativas. Y don Carlos, quinto de Alemania y primero de España, le confería, “a los veinte e siete días del mes de julio de mil quinientos y cuarenta”, título de ciudad al pueblo de Santafé. El 3 de diciembre de 1548, por Real Cédula expedida en Valladolid, le hacía merced de armas y divisas para sus estandartes, banderas, escudos y sellos, o sea “un escudo que en el medio del haya un águila negra rampante entera, coronada de oro, que en cada mano tenga una grana-



da colorada en campo de oro, y por la orla unos ramos con granadas de oro en campo azul". Y cuando la ciudad contaba veintisiete años, la titulaba con el galardón de "muy noble y muy leal".

Pasaron los tiempos: Real Audiencia... Virreinato... Fausto de las triunfales entradas de Mandatarios y Arzobispos. Procesos de hechicería que estremecen el tranquilo vivir colonial. Crímenes de amor que empurpuran las páginas de los viejos cronicones. Callejuelas románticas que vieron un refulgir de espadas junto a la reja. Los nombres evocadores de esas calles, revividos con gran acierto hace algunos años, al pie de la nueva nomenclatura, traen hasta nosotros un aroma de tradición, ya que el más arcaico espíritu santafereño perdura en ellos.

Desde los días coloniales, éstos nombres recibieron la consagración popular. La calle Real parece haber sido la primeramente bautizada. La de la Carrera fue luego llamada así, como que en aquel lugar funcionaban las oficinas del Correo, así denominada por los itinerarios llamados carreras. La de Florián era conocida de antaño con la denominación del nombre de uno de sus vecinos principales. Ya para el jueves de Corpus de 1757 circulaba por la ciudad una letrilla que con ese nombre la llamaba.

*"hoy sale el sagrado país
por la calle de Florián
a visitar chicherías".*

28

En los protocolos de la época las calles figuraban denominadas, como en el caso de la Florián, con el nombre del personaje de mayor viso que en ellas habitara. "La calle donde vive Antón de Olaya". "La calle en donde vivió el Padre Aguilar".

Ya desde el año de 1774, el Virrey Guirior había dispuesto que los Alcaldes de los ocho barrios en que por entonces se dividía la ciudad, dos de los cuales, el del Príncipe y el

de la Catedral, corresponden a La Candelaria, pusieran nombre a las calles y numeraran las casas, pero sólo años más tarde, a la publicación de las "guías del virreinato", se recogió la antigua nominación de las calles. Santos y Santas figuran allí como en un almanaque. Santa Ana, Santa Catalina, Santa Rosa, San José, San Andrés y muchos otros. Los árboles y las flores dan tema también para otras denominaciones: La Alameda Vieja, el Palo Quemado, Los Curubos y tantos otros nombres que no tienen, al menos para nosotros, visible antecedente: Calle de Las Aguilas, de Las Cunitas, de La Soledad..., pero también de la Conquista, del Sol, del Molino, El Cubo o de Patio Cubierto...

Y luego, el despertar de una nueva edad. Las tertulias literarias que al finalizar el siglo XVIII pusieron es este ambiente el decoro espiritual de los "salones" franceses de la época. Las filosóficas y literarias en casa del Precursor. La Eutropélica, tutelada por el inefable don Manuel del Socorro Rodríguez. La del Buen Gusto, inspirada y mantenida por doña Josefa Sanz de Santamaría de Manrique. Y después, aquel formidable movimiento renovador que siguió al "plan de estudios" del criollo ilustre, el fiscal don Francisco Antonio Moreno y Escandón, que transformó en viveros de nobles inquietudes los clásicos claustros del Rosario y de San Bartolomé. Y como suma de los mejores dones del intelecto, la asombrosa experiencia de la "Expedición Botánica", aún no suficientemente estudiada, y que es orgullo impercedero para la ciudad que la albergó en sus últimos años.

Tal parecía en los albores del siglo veinte la vieja y legendaria Santafé de Bogotá cargada de esperanzas. Su construcción, sus costumbres, el movimiento intelectual y político de sus habitantes, todo contribuía a fomen-

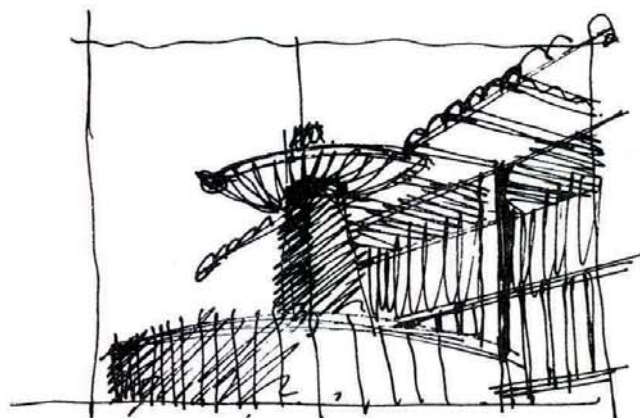
tar, con mirada hacia el futuro, la gran ciudad capital de la república y centro de su movimiento económico y político. Pero las necesidades impuestas por la nueva era de dominio de las ciencias y la rapidez impuesta por los nuevos descubrimientos produjeron un cambio completo en el rumbo material y social de la ciudad.

Las calles angostas y acogedoras de Santafé, han ido borrándose lentamente ante la piqueta demoledora del progreso, para servir de cauces, ampliadas y transformadas, a la actividad de una ciudad motorizada.

Los balcones tradicionales en donde las damas santafereñas pasaban la tarde mirando la gente que lentamente transitaba por allí, han sido reemplazados por grandes ventanales que sólo sirven para dejar pasar la luz. El ímpetu demoledor ha presionado las manzanas españolas cuadradas y monótonas para dar paso a las nuevas avenidas y un movimiento inusitado ha hecho atender con mayor afán a las necesidades del tránsito urbano que a la estética de la ciudad o a la conservación de las construcciones que nos dejaron los españoles.

Ahora bien. Nací en una pequeña casa de la carrera 5ª entre calles 8ª y 9ª. Poco después, mi padre adquirió la hoy llamada casa del Camarín del Carmen, en donde funciona la Alcaldía Menor de Santafé y allí viví casi treinta años. Tan bella casa fue construida en 1655 por don Luis de Arandia, hermano de don Pedro el generoso benefactor del Convento del Carmen, con el que lindaba calle de por medio.

En la esquina nororiental de esa manzana vivió muchos años el ilustre profesor José María Lombana Barreneche, quien fue en su momento candidato a la presidencia de la república por el partido liberal. Frente a esa casa, hacia el norte, calle de por medio, estaba ubicada la facultad de Ingeniería de la



Universidad Nacional en donde adelanté estudios; las familias Calvo y Ricaurte tenían sus residencias en la calle 10^a, con la hoy carrera 5^a, arteria principal de esa parte del barrio de La Candelaria. Hacia arriba las familias Pardo, Santos y Rodríguez Piñeres. En una de ellas, entre carreras 4^a y 5^a, nació el doctor Eduardo Santos y vivió con su señora don Hernando, su hermano, gran profesor de lenguas e intelectual de excepcionales calidades. Esta casa colinda por el occidente con la histórica casa del Vicepresidente Rufino Cuervo y en ella nacieron sus hijos entre los cuales se destacaba el sabio filólogo Rufino J. Cuervo, gloria de la ciudad.

En esa carrera 5^a vivían gentes amigas entre sí, tales como varios miembros de las familias Largacha, Merizalde, De la Torre, Valenzuela, Bermúdez, Rocha, Gaitán, Gómez, García Herrera, Castillo. En la esquina sureste del Camarín del Carmen aún se conserva una casa muy grande que perteneció a mi abuelo, el ingeniero Juan Nepomuceno Sanz de Santamaría, en donde nació mi padre y algunos de mis tíos. Esa casa se hizo tristemente célebre porque allí vivió y allí murió el gran hombre colombiano General Rafael Uribe Uribe. Era muy niño aún, sin embargo, recuerdo la impresión que me produjo ver, desde el balcón colonial que todavía aparece en la carrera 5^a esquina de la calle 9^a, al gran hombre herido y al día siguiente la multitud que lo acompañó hasta el cementerio.

Después vivió muchos años en esa casa la distinguida familia de don Frank Koppel y doña Sofía Holguín de Koppel.

El doctor Jorge Eliécer Gaitán vivía con sus padres cerca de esta casa, unas pocas cuerdas hacia el sur, en el mismo barrio La Candelaria y su madre fue una distinguida profesora, inteligente y bondadosa, que ejer-

ció su profesión de institutora durante muchos años. Con los míos tuvimos con su familia una amistad perdurable, sin sombras a través de muchos años.

En el bloque vecino existía desde años atrás el colegio y el convento de los Padres Salesianos. Ellos quisieron construir en el costado sur de la manzana una nueva iglesia cuyos proyectos, planos y los más cuidadosos detalles de decoración fueron preparados en Italia. Vale la pena recordar que tan complicada construcción y tan cuidadosa decoración fueron llevadas a cabo por un hermano salesiano bajo la guía de los directores, el Padre Aime y el Padre Sabio, ambos de origen italiano y el Padre Herrán, personajes de primera categoría.

Los Salesianos organizaron en Mosquera un colegio de donde surgió la primera escuela de apicultura que existiera en el país.

El hermano que construyó la iglesia fue el primer ingeniero que utilizó en la capital de la república el concreto reforzado. Personalmente buscaba los agregados, que por entonces era difícil conseguir en Bogotá de las calidades necesarias. Se le conocía como el Hermano Buscaglione. Quienes visiten esta iglesia podrán observar los detalles decorativos muchos de ellos traídos de Italia, los mosaicos y las pinturas de apreciable importancia y belleza.

A medida que la construcción del colegio avanzaba, la vieja iglesia del Carmen, construida por don Pedro de Arandia en el siglo XVII, desaparecía bajo la pica demoledora de los obreros. Esa demolición llegó hasta el propio Camarín. Cuando mi padre observó desde el balcón este hecho, salió inmediatamente e hizo detener la demolición mientras conversó con el Alcalde y con los Padres Salesianos quienes aceptaron conservar esa joya colonial que lleva el nombre de "Camarín del Carmen" que constituye,

a manera de nuevo símbolo de la ciudad, un interesante detalle arquitectónico.

La Corporación adelanta allí una obra de gran magnitud que permitirá conservar el Camarín y sus bellas pinturas interiores y tomando un espacio del segundo piso, avanza la construcción de un teatro que dará cabida a 520 espectadores en cómodas silleteras de la época, para conciertos, teatro, conferencias y variadas formas de servicios sociales.

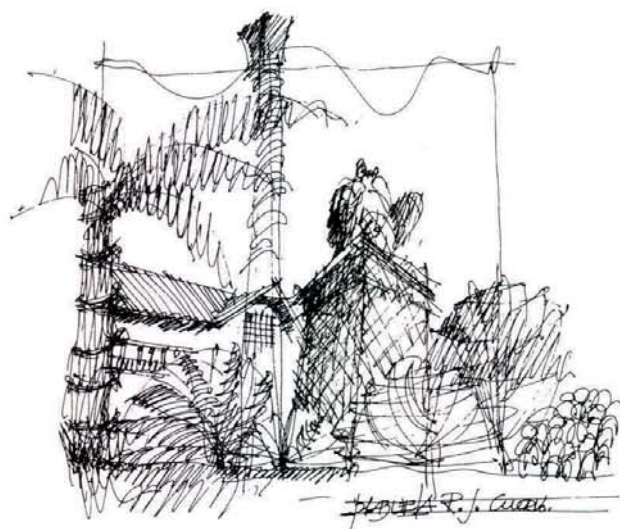
Al inquirir el costo de esta obra pude darme cuenta que es bastante menor que el de otro teatro similar recientemente concluido en la ciudad.

Es esta una de las numerosas obras concretas que han buscado la remodelación de inmuebles conservando el estilo y la belleza de la arquitectura colonial.

Este sector histórico ha recuperado las fallas que en los aspectos recreativo, cultural y de bienestar social tenía la vieja ciudad y proporcionará viviendas para la vida urbana en condiciones satisfactorias para muchas familias que vengan a vivir al centro de la capital.

La Plaza del Chorro de Quevedo ha sido reconstruida con propiedad y belleza arquitectónica, lo mismo que el pequeño parque del Palomar del Príncipe, la plazoleta de la Cancillería, el parque de la Concordia y la plaza de Egipto, que fue necesario reconstruir por el paso de la avenida de la Circunvalación. Son notorias las mejoras en el plan de andenes, por donde hoy se puede caminar cómodamente sobre el material de acabado, ladrillo tablón, de superficie lisa y se han mejorado los pavimentos de las calles peatonales con adoquín de ladrillo de diversas formas y colores.

Además de la plazoleta de La Candelaria, remozada y bien conservada, sobre la calle 10 que, como ya mencioné, era el eje vial de



oriente-occidente más representativo del sector histórico de Bogotá, ha sido arreglada, también en la esquina con la carrera 8ª, la casa de los Comuneros, entregada a la Academia de Historia para la organización y mantenimiento de un museo dedicado a preservar la historia de esa gesta precursora de la emancipación. La Academia iniciará próximamente el traslado al museo de numerosas obras que tiene preparadas para tal fin. La casa fue mandada reconstruir y ampliar en la primera mitad del siglo XVII por el ilustre genealogista e historiador don Juan Florez de Ocariz, donde escribió sus densos volúmenes que rememoran la descendencia de los principales fundadores de la ciudad. En la calle 12, al oriente, se han arreglado el teatro de La Candelaria, al cual la Corporación se vinculó a su restauración, para servir como sede del grupo que lleva ese nombre, en una antigua y bella casona de finales del siglo XVI. Ha estimulado el arreglo del teatro Popular de Bogotá que es una de las estructuras arquitectónicas de fin de siglo más interesantes desde el punto de vista formal y recuerda en ese sector el estilo de carácter republicano con influencias del clasicismo característico de la primera mitad del siglo XX. Esa edificación está ligada a la historia de Bogotá por haber funcionado en ella uno de los primeros salones para cinematógrafo de la ciudad: El Cinerama. Se trata de la recuperación de una construcción simbólica y representativa para el centro de Bogotá.

Una labor interesante y muy bien llevada por una distinguida dama bogotana, doña Silvia Castrillón, cuya misión de varios años ha sido la de enseñar a los niños a leer, es la Biblioteca Infantil. Una casa de principios del siglo XX, con diversas influencias arquitectónicas, incluida la carpintería y la yesería de estilo francés, fue remodelada y adecua-

da para el uso de la Biblioteca Infantil, destinada a la divulgación del libro juvenil e infantil. Es un proyecto piloto que los niños utilizan para leer, jugar y distraerse y cuya misión especial es estimularles el interés por la lectura a través del libro. Los padres participan en cursos y experiencias para favorecer los propósitos de ese programa.

La casa, mal llamada, de la Independencia ubicada en el costado sur de la calle 10 entre carrera 3ª y 4ª cuya construcción data de fines del siglo XVI, ha sido cuidadosamente restaurada por la Corporación para usos comerciales. Esta casona fue la primera sede colombiana de las Naciones Unidas. La bella casa que fue reparada para que sirva como sede de la Corporación está localizada muy cerca de la Plaza de Quevedo. La estructura original de dos patios y un gran solar fue respetada cuidadosamente en la restauración. Hoy es un lugar bellissimo que presta servicios a la comunidad. La plaza de Rumichaca y la casa Colombo Japonesa han sido obras igualmente ejecutadas en el curso de los últimos cinco años.

La Corporación ha venido armonizando el conjunto del barrio poco a poco para conservar los elementos coloniales que han sido característicos de La Candelaria y que están localizados muy cerca de las tres grandes plazas que constituyeron la base popular de los movimientos públicos de la política republicana después de la independencia: La plaza de Bolívar, la plaza de Santander y la plaza de San Victorino.

Cerca de la carrera 5ª, a que ya me referí, vivían también a comienzos del siglo dos poetas dignos de memoria: el uno galante y de costumbres burguesas, Alberto Angel Montoya y Eduardo Castillo, de notable lirismo, inteligente y aguerrido. Este último caminaba por las tardes hacia su departamento con chambergo de amplias alas y

abrigada capa española; desafortunadamente, la droga lo consumió en temprana edad. Fui amigo de ambos. Con el primero jugué varias veces polo y, siendo muy joven, solía escuchar sus recitaciones al segundo.

Por entonces los poetas mantenían duelos líricos por la prensa o en el teatro. Recuerdo que otro poeta, Roberto Liévano, admirable escritor e historiador escribió el prólogo para un libro del duelo lírico entre el joven poeta bogotano, Angel María Céspedes, quien había sido recientemente nombrado 2º secretario de la Legación en Suiza y el bohemio Eduardo Castillo. El final del prólogo de Roberto dice así:

*Déja, pues, tus escrúpulos, pulcro censor, y escúcha
este rumor de cítaras que surge de la lucha,
más que duelo rimado, lírico simulacro,
pues al extremo airado de cada acero, un sacro
numen prendió amoroso, durante la querella, en el
uno una rosa y en el otro una estrella.*

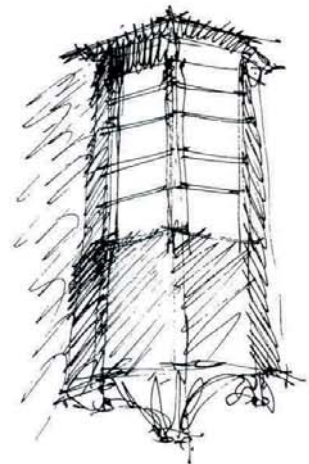
Este duelo fue publicado, si mi memoria no me falla, en el Nuevo Tiempo del poeta Ismael Enrique Arciniégas y en El Gráfico de los hermanos Cortés.

El enfrentamiento, muy interesante y agresivo, concluyó con un poema de reconciliación publicado por don Joaquín Guell y un soneto de don Miguel Rasch Isla, cuyo terceto final dice así:

*Deponed vuestros odios, y pues que ya las palmas
neronianas os ciñen, dadnos ver otra lucha: la que
con un suspiro se conquista mil almas!*

Alberto Angel Montoya escribió y publicó numerosas poesías galantes y, ya en los finales de su vida, además de grabar un disco dedicado a su hijo, que estudiaba en los Estados Unidos, publicó un volumen de sus obras completas.

En ese libro no aparece un pequeño poema



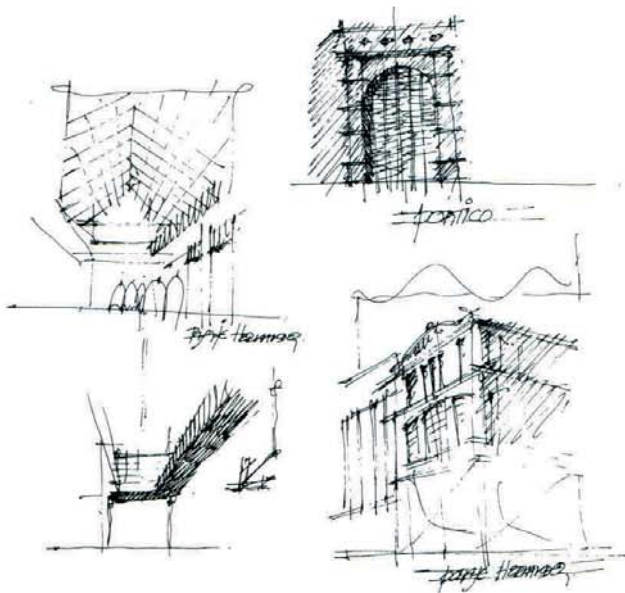
que él solía recitar y que bien vale la pena conservar en este artículo. Se debió llamar Ginés y decía así:

Era moreno y enjuto y se llamaba Ginés el catador de los vinos, de los vinos del marqués. Jamás vinos como aquellos hubo en Borgoña y Jerez. Porque vió llanto en sus ojos una tarde doña Inés, la dulce y bella infanzona besó en la boca a Ginés y ella misma aquella noche le preguntaba después el mejor entre los vinos tu me preguntas ¿cuál es? No lo preguntes señora, es tu boca doña Inés el más delicioso vino de los vinos del marqués.

Para continuar esta tradición del culto a las artes y a las letras, en la nueva Bogotá se han fundado numerosas instituciones que cumplen con constancia esa misión. Entre ellas deben mencionarse las numerosas compañías teatrales, los salones de pintura y de música de la biblioteca Luis Angel Arango, las tertulias de la Fundación Alzate Avendaño, activamente dirigidas por doña Yolanda Ronga de Alzate Avendaño, las orquestas filarmónicas y un sinnúmero de galerías de arte en donde pueden exponer pintores, escultores, decoradores especialistas en el arte de los textiles, artesanías y muchas otras manifestaciones estimulantes que poco a poco van convirtiendo al Bogotá moderno en una gran ciudad.

La Corporación quiso agregar a las obras que está ejecutando la recuperación de la casa de Poesía Silva, en donde vivió y murió el poeta bogotano José Asunción Silva. La casa está arreglada con esmero y muy bien organizada y dirigida por la excelente escritora, poetiza y eficaz organizadora, María Mercedes Carranza, hija del gran poeta Eduardo Carranza.

El Alcalde, doctor Julio César Sánchez, ha complementado estas labores al establecer el servicio del Bus de la Cultura, que lleva a los bogotanos y a los turistas extranjeros



a los sitios de principal atractivo artístico y cultural de la capital.

La Escuela Ricaurte, fundada y dirigida con gran talento y devoción por Monseñor Luis Gómez Brigard, de la cual fui bachiller, estaba ubicada en un caserón de la carrera 6^a entre las calles 13 y 14. Allí tuve compañeros muy eminentes en la vida nacional, tales como Jorge Zalamea, Ernesto y Alberto Lleras Camargo y su hermano Felipe, de quien conservo algunos poemas manuscritos por él, dos de los cuales publiqué en *El Tiempo* hace poco meses, con motivo de su fallecimiento. Felipe formó parte de esa sociedad santafereña que todos conocíamos en la Tertulia Santafé, en donde la improvisación y el gracejo eran plato común y despertaban la solidaridad social amable y confiada.

Creo que para concluir estas breves anécdotas y complacer así a los amigos de la Corporación Barrio La Candelaria, queda bien anotar otro soneto que guardo en manuscrito de Felipe, que señala el espíritu de la cara ciudad santafereña de principios del siglo.

MISA MAYOR

*De los cerros cercanos trae aromas la brisa;
muy azules los cielos; con alegre clamor
repican las campanas y las niñas de prisa
salen para la iglesia con el traje mejor.*

*Jóvenes elegantes, que no van por la misa,
en el atrio les forman una calle de honor,
allí van por el triunfo de una dulce sonrisa
que cada uno interpreta como signo de amor.*

*Sube el párroco al público, reza unas oraciones,
y siguen después de esto las amonestaciones,
que siempre se acostumbra poco antes del sermón.*

*Yo entre tanto pido —el alma de unción llena—
que pronto me amonesten con la ardiente morena
de grandes ojos negros que reza en un rincón.*

Es siempre útil recordar el pasado para tener buen juico al analizar el presente y marchar resueltamente hacia el futuro.

Viscisitudes de La Candelaria

En Colombia se nos educa en la falsa ilusión que nuestra nación es un emporio de riqueza dejando entrever, tal vez, que nuestro permanente estado de pobreza tiene su origen en la indolencia de los colombianos que rodeados por la abundancia han construido una sociedad donde la escasez y la miseria son los factores dominantes. Contrario a ese planteamiento creo firmemente que la poca riqueza que posee nuestra nación es el resultado del tesón y la dedicación de los colombianos que en un medio agreste y difícil le han arrancado los cultivos a las breñas andinas y algo de bienestar a un territorio cuyas regiones las han mantenido aisladas tres cordilleras que se yerguen como muros que dificultan el progreso.

La pobreza y la austeridad (con contadas excepciones) se reflejan en la arquitectura de la capital de la República que a lo largo de la colonia y en los años republicanos en que se construyó el antiguo centro de la ciudad, el lujo y los excesos los constituyen unos cuantos edificios, copia pobre de la arquitectura europea, que se edifican en la famosa época de la danza de los millones.

El sistema colonial español estaba diseñado para que las provincias americanas de ultramar sirvieran de fuente inagotable de riqueza a una nación a la cual las grandes transformaciones tecnológicas de los siglos XVII y XVIII que dieron origen a la revolución industrial, le eran ajenas, como también le eran ajenas las prácticas mercantilistas que hacían que finalmente el oro y la plata de América terminaran en las arcas de Inglaterra, Holanda y Francia. A pesar de haber ocupado Colombia el primer puesto entre todas las antiguas colonias españolas en producción de oro, nos dice Vicente Restrepo que "cuando sonó la hora de nuestra independencia nacional, la industria y el co-

mercio se hallaban en un estado de atraso deplorable" (1).

Detrás del saqueo español quedaba una sociedad empobrecida cuyas únicas actividades de subsistencia eran la artesanía, el restringido comercio local y la posibilidad de un destino en la administración pública. Es esa la sociedad que se refleja en las casas de La Candelaria donde la tapia pisada, la teja de barro y la carencia de detalles y lujos arquitectónicos son la característica de las casas de los pudientes. En el siglo XVIII el poco auge que proporcionaron las reformas Borbónicas, dio impulso a algunas construcciones más sofisticadas donde aparece la segunda planta y el trabajo de madera se hace más permanente (2).

En medio de la estrechez que caracterizaba a una sociedad en la cual la riqueza estaba representada en la cantidad de tierras, el número de bestias, una encomienda y un título nobiliario habido por compra a la corona española cuando esta requería fondos para sus guerras, sobresalía la iglesia como una institución que había logrado acumular riquezas. La estructura fiscal de la colonia contemplaba tributos a la iglesia que como la recolección de los diezmos, las anatas y otras contribuciones garantizaban el poder económico que complementaba el ya espiritual que le daba su calidad de salvadora de almas. Es esta institución la única que posee los excedentes necesarios para plasmar en la arquitectura su holgura económica. Así pues son las iglesias la nota sobresaliente de la arquitectura colonial, con templos como los de San Francisco y la Concepción construidos en el siglo XVI y como los conventos de los Jesuitas, la casa de retiro de San Diego y otras iglesias en el siglo XVII y XVIII.

A tal extremo es evidente la preponderancia de la arquitectura religiosa cuando se da

inicio a la República, que llama sobremanera la atención del ciudadano inglés Charles Stuart Cochrane quien visitó Bogotá entre 1823 y 1824. En sus crónicas de viaje Cochrane resalta como en la capital de la República existían para la época un total de treinta y tres edificios entre iglesias, monasterios y conventos, entre los cuales resalta como los mejores los Conventos de San Juan de Dios y el de la Orden de los Dominicos (3).

La desproporción que significa este número de construcciones se puede apreciar en su total proporción analizando las cifras del censo general de la población de la Nueva Granada de 1825. Existían en la ciudad de Bogotá en ese año 499 eclesiásticos de los cuales 157 eran seculares y 342 regulares mientras las monjas se contaban en un número de 149 y el total de la población era de 188.695 almas (4).

La arquitectura civil no parece impresionar mucho a Mr. Cochrane quien encuentra las casas de la ciudad bastante simples y dedica algunos párrafos a la descripción del único palacio de la ciudad; el Palacio Presidencial. "Por el resonante nombre de palacio que se le ha dado a la residencia del Presidente de la República" escribe Cochrane, "uno puede ser guiado a pensar que se trata de un edificio noble y suntuoso; pero en realidad de verdad es tan solo una casa de techo plano, construida, al igual que las demás edificaciones del país, de adobe". La sencillez de las gentes es comparable a la de las edificaciones como se desprende del mismo relato: "La entrada al palacio no tiene nada de particular que haga saber que uno se está acercando a la principal oficina del Estado, excepto un número de soldados que en forma permanente están descansando o conversando en este sitio y en la escalera que conduce a la recepción, que no tiene

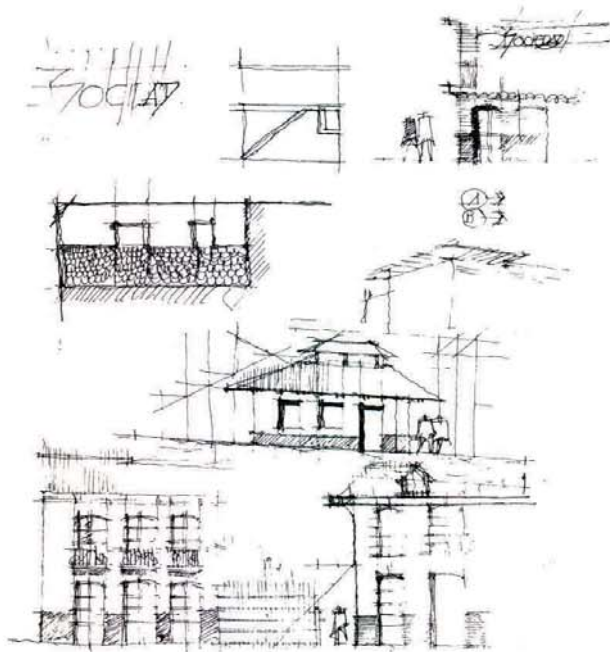
vestíbulo y se puede acceder por este camino o por la alcoba del Vicepresidente... En consecuencia se ve uno obligado a anunciarse golpeando en la puerta de la alcoba del Vicepresidente...". Tal vez valdría la pena recordar que en el año en que se escribieron esas notas ocupaba la Vicepresidencia de la República el General Francisco de Paula Santander.

Esos primeros años de República se debataron en una permanente crisis económica que obligó a los gobernantes de esos primeros años de nuestra vida patria a mantener el mismo esquema fiscal de la colonia. Excepción hecha de la catedral de Bogotá cuya construcción se había iniciado en 1814, no se reflejaba en la arquitectura bogotana el auge que uno desearía encontrar en una nación que acababa de romper las cadenas de la opresión colonial. Sumida en el desconcierto de la victoria, la primera generación de republicanos no logró dar el viraje necesario para abrirle a la naciente nación nuevas oportunidades económicas. Se mantuvo vigente en esos años el juicio que en 1867 lanzaba don Miguel Samper: "Epilogando los elementos que concurrieron a formar la ciudad de Bogotá como capital del virreinato y que conservó hasta la época de la Independencia, repetiremos que fueron: el haber radicado en ella un centro artificial de poder y de una influencia política, religiosa, comercial e industrial, en cuya organización el parasitismo, más o menos disfrazado hacía un papel considerable" (5).

Para la década del 30 el proteccionismo se había impuesto como fórmula económica y al amparo de éste surgieron industrias que llevaron a los cronistas de la época a referirse a Bogotá como una metrópolis creciente donde el perfil de las chimeneas auguraba una cercana revolución industrial. "Estos años del 38 y 39", escribe Ospina Vásquez

“marcan el punto más alto a que llegó la industria de tipo nuevo en la Nueva Granada. Había en ese momento en Bogotá, sendas fábricas de tejidos de algodón, de losa y de papel. Dentro de los límites de su comarca funcionaba también la ferrería de Pacho” (6). Ese cariz industrial que empezaba a tomar Bogotá, con factorías que utilizaban la caída de los ríos que descendían de Monserrate y Guadalupe como fuerza motriz se fue desdibujando rápidamente a medida que el auge trajo la especulación y con ésta apareció don Judas Tadeo Landinez, abogado, prestamista y especulador. Las maniobras financieras de Landinez llevaron a una quiebra cercana a los dos millones de pesos que arrastró consigo la naciente industria de la cual no ha quedado para el recuerdo muestra arquitectónica alguna.

El comienzo de la segunda mitad del siglo pasado fue a su vez el comienzo de grandes transformaciones en la vida republicana. Con el General Mosquera accedieron al manejo del Estado un grupo de liberales que estaban empeñados en borrar las huellas que aún perduraban de la colonia, para que dentro de las ideas liberales inglesas se buscaran nuevos incentivos de desarrollo. Los nuevos hombres no trajeron el progreso esperado y por el contrario las nuevas políticas librecambistas causaron la quiebra de centenares de artesanos y la abolición de los resguardos indígenas, la migración de campesinos empobrecidos a la ciudad. El deterioro de Bogotá es descrito por don Miguel Samper en los siguientes términos: “Las calles y plazas de la ciudad están atestadas de rateros, ebrios, lazarinos, holgazanes y de locos. Hay calles y sitios que hasta cierto punto les pertenece como domicilio y no falta entre ellos personas que, so pretexto de insensatez, vierta sin interrupción torrentes de palabras obscenas, que son otras tantas



puñaladas dirigidas contra la inocencia del niño o el pudor de la mujer" (7).

Al lado de estas reformas se dieron también una reforma fiscal que desmontó el sistema tributario colonial, una separación entre la iglesia y el Estado que pretendía minimizar el poder espiritual y económico de la iglesia, la expedición de una nueva constitución que acababa con la concepción centralista del Estado y convertía a Colombia en una Confederación de estados independientes. El desmonte de los impuestos trajo consigo un déficit fiscal que se acrecentaba con las innumerables guerras civiles que el Estado se veía precisado a financiar y que con la oportuna excusa de un enfrentamiento con la iglesia, resolvió parcialmente expropiando y rematando los "bienes de manos nuestras". Aquellos inmuebles urbanos que no fueron rematados sirvieron para alojar las actividades de un Estado que no tenía capacidad de construir nuevas edificaciones. "En muchas ciudades colombianas los Conventos, Colegios y Hospitales de religiosas, de época colonial, pasarían a ser cuarteles del ejército o la policía, hospitales estatales o privados, asilos de locos, oficinas oficiales, cárceles, bodegas o depósitos, fábricas de licores y otros destinos similares" (8).

Al igual que al finalizar la colonia la pobreza era la característica fundamental de Bogotá y ni el Estado ni los particulares ni mucho menos la iglesia cuyo poder económico había sido minado lograron acumular riquezas que se materializaran en nuevas construcciones para la ciudad. El Estado, ya se vió, no contaba con recursos y los particulares que se vieron favorecidos en el período con un "boom" en la exportación de tabaco, dilapidaron su temporal fortuna en paños y telas inglesas, en pianos y muebles franceses y en viajes al Viejo Continente que tan solo dejaron filipichines bien trajeados,

salones mal decorados y uno que otro anglicismo y galicismo. Si bien es cierto que los radicales le dejaron al país los más nobles ideales de libertad y democracia, a la ciudad le dejaron tan solo la primera hilera de piedras que en 1846 ordenó colocar el General Mosquera en la fachada sur de la plaza de Bolívar cuando ordenó construir un capitolio que sólo habría de terminarse este siglo. El siglo XIX termina con cerca de veinte años de regeneración durante los cuales se establece con la constitución de 1886 el marco institucional dentro del cual se desarrolla la nación hasta nuestros días, y con el café la columna vertebral de nuestra desvertebrada economía.

Si bien es cierto estos últimos años del siglo no son de bonanza económica, con la pretensión de organizar el mercado de capitales el gobierno nacional creó en 1881 un Banco con capacidad para emitir billetes que le permitió a los mandatarios de turno acudir a este novedoso recurso para financiar, no solo las guerras civiles y ciertas obras que se consideraban de interés, sino también en no pocas ocasiones los presupuestos personales de algunos favoritos del régimen". "Bajo el régimen del papel moneda" escribe don Miguel Samper en 1896 "el signo de esa riqueza cuando no se posee en cantidad suficiente para fijarlo en algo que no esté a la merced del incesante vaivén del cambio, se mira apenas como equivalente de un goce inmediato y se invierte en satisfacerlo. No es por consiguiente extraño que el lujo y la disipación sean hoy el azote de nuestra capital... En el lujo público ocupa el primer puesto el Teatro Colón... ¿Cómo podrá explicarse que dos corporaciones numerosas y respetables, el Consejo de Ministros y el de Estado, hayan considerado como imprescindible necesidad la de invertir miles de pesos en aquel adquinado, cuando esta mis-

ma necesidad se siente desde hace años, en la principal calle comercial de la ciudad?" (10).

El anterior pasaje es ilustrativo de la pobreza de la ciudad y su arquitectura, aún en estos períodos de bonanza. Solo la estrechez justifica que tan airada protesta se produzca por la construcción de un teatro a juicio de Téllez "fue un decoroso ejemplo de como era posible combinar los recursos de mano de obra local y la técnica artesanal extranjera para obtener óptimos resultados", (11) sin que en ningún momento esta obra pueda compararse en tamaño con las de teatros similares en ciudades como Méjico o Buenos Aires. Existía sí el afán del lujo pero los recursos solo permitían que éste fuera posible en las fachadas y en una decoración interior recargada que pretendía esconder viviendas estrechas y una situación económica poco afortunada.

"El revestimiento exterior en delgadas chapas de piedra, la pintura imitando el mármol y el papel de colgadura para uso interior son fenómenos netamente republicanos, que forman parte del sistema estético creado por el comercio del siglo XIX, o sea, el del aburguesamiento de la elegancia, o la vulgarización del lujo" (12). Esto al criterio de un arquitecto contemporáneo, a los ojos de un observador de época la descripción es como sigue:

"El lujo privado se exhibe en casi todos los edificios. Fachadas de palacio para viviendas privadas y estrechez en el interior, son las principales características de la nueva edificación... En la parte central se reconstruyeron las antiguas casas, pero dividiéndolas en dos o tres. En muchas de ellas las escaleras son sifones que no dan paso a los pianos, a los escaparates ni a los inquilinos demasiado voluminosos" (13).

La bonanza del papel moneda fue corta y las

constantes emisiones llevaron a la quiebra al Banco Emisor. Sumado al colapso financiero el cambio de siglo vio a la nación envuelta en una de sus peores guerras civiles, consumiendo en ella no solo la vida de centenares, sino los escasos recursos que aún le quedaron al gobierno. Paralelo a este proceso los campesinos de la planicie cundiboyacence descendían por las laderas de la cordillera empleándose como mano de obra en las nuevas haciendas cafeteras que se fundaban en las provincias del Tequendama y Sumapaz.

Superada la guerra de los mil días y establecido el café en el oriente colombiano se inicia con la dictadura de Reyes más de veinte años de paz interior, auge económico y como habría de esperarse, de una arquitectura más vistosa y opulenta en la capital a la cual la constitución de 1886 había devuelto su poder centralista.

Este período que termina con la crisis mundial del año veintinueve, principalmente la década del veinte al treinta es conocido como la danza de los millones. Las exportaciones de café, el florecimiento de la industria cervecera, cementera y textilera, sumado a los veinticinco millones de pesos que la nación recibió como indemnización de los Estados Unidos por sus derechos en el Istmo de Panamá y a los ochenta adicionales que llegaron en préstamos, crearon el ambiente propicio para las construcciones lujosas y el desarrollo urbano.

Reyes empieza por redecorar el Palacio de San Carlos para que con retoques y adornos quede allí plasmada la dignidad de la República. En 1906 se reinicia la construcción del Capitolio donde al igual que en muchas obras oficiales, primó la mala fe de los contratistas que convierten estas obras de magnitud en un marasmo de prórrogas, adiciones e incumplimientos que no solo elevan so-

bremanera el costo, sino que prolongan indefinidamente la terminación de las mismas. Germán Téllez en su excelente trabajo del Manual de Historia de Colombia nos relata el tortuoso camino que recorrió la construcción de esta magnífica obra arquitectónica que finalmente fue concluida en 1924.

En 1909 se da al servicio el Palacio de Nariño donde se traslada el despacho presidencial hasta su destrucción del 9 de abril de 1948, y en los años siguientes se construyen otras edificaciones oficiales que hoy son hitos del antiguo centro. Son estas las casas del Hospital San Juan de Dios en 1914, el Palacio Municipal contiguo al Palacio Liévano y la Gobernación de Cundinamarca.

Florece en este período los Arquitectos, en la gran mayoría de los casos autodidactas, que se regodean en las construcciones que simbolizan el nuevo ambiente de abundancia. Nombres como los de Gastón Lelarge, Contini, Santamaría, Brown entre otros se hacen notables por la exquisitez de sus edificios en los cuales combinan la más amplia gama de estilos importados. Son éstos los encargados de construir no solo los edificios oficiales sino también aquellos que encargaban los dueños de las nuevas fortunas que surgían de las nacientes actividades económicas.

La industria del transporte ferroviario dejó obras como la Estación de la Sabana construida entre 1914 y 1918, y la ya creciente actividad bancaria tiene su máxima expresión en el edificio del Banco López cuya arquitectura fue contratada en el extranjero. Téllez resalta las casas de domicilio de las familias Holguín Umaña, Uribe, Triana y Kopp, todos apellidos estrechamente relacionados con los nuevos capitales.

Mientras Kopp era el fundador de la cervecera Bavaria, hacendado y exportador de café (14), los otros apellidos concuerda, bien

con casas exportadoras como la de don Jorge Holguín o con haciendas como la Viña del Viotá y Concuche en Nimaima de la familia Umaña, y Balaunda en Nilo de Alvaro Uribe (15).

Otras edificaciones relacionadas con la nueva fortuna son los palacios de Liévano y Echeverry.

El colapso de la Bolsa de Nueva York en 1929 y la consecuente crisis mundial pusieron fin a este último suspiro arquitectónico de la "época republicana". Después de 1930 los ricos se empezaron a desplazar hacia el norte construyendo sus viviendas en barrios como el Bosque Izquierdo y la Merced, mientras en el centro, de los negocios de la etapa de industrialización y desarrollo financiero moderno (1940-1970), contribuyeron con algunos edificios modernos como el Banco de Bogotá, el de Avianca y otros, sin que éstos ayudaran a conservar un pasado que por austero y sencillo debemos tener siempre presente en la construcción de nuestro futuro.

(1) Restrepo Vicente. Estudio sobre las Minas de Oro y Plata en Colombia. Primera Edición, Bogotá 1883. Ed. FAES. 1979. Pág. 145.

(2) Ver Corradine A. Alberto. "La Arquitectura Colonial" en Manual de Historia de Colombia. Colcultura 1982.

(3) Cochrane Charles St. "Journal of a Residence and Travels in Colombia". Ed. Colburn, London, 1825. Pág. 8.

(4) Urrutia M. Arrubla M. Eds. Compendio de Estadísticas Históricas de Colombia. U. Nal. Bogotá 1970.

(5) Samper Miguel. "La Miseria en Bogotá". Ed. U. Nal. 1969. Pág. 8.

(6) Ospina V. Luis. "Industria y Protección en Colombia". FAES Medellín 1979. Pág. 206.

(7) Samper Miguel. Op. Cit. Pág. 10.

(8) Téllez Germán. "La Arquitectura y el Urbanismo en la Época Republicana" en "Manual de Historia de Colombia". Tomo II, Colcultura 1981. Pág. 481.

(9) Ver Molina Gerardo. "Historia de las Ideas Libe-

rales en Colombia. Ed. Tercer Mundo, Bogotá 1979.

(10) Samper Miguel. Retrospecto (1896) en Op. Cit. Pág. 147.

(11) Téllez Germán. Op. Cit. Pág. 536.

(12) IBID. Pág. 508-9.

(13) Samper Miguel. Pág. 148.

(14) Ver Mariano Arango. "Café e Industria". 1850-1930. Ed. Carlos Valencia, Bogotá 1977. Pág. 183.

(15) Palacios Marcos. "El Café en Colombia". (1850-1970). Ed. Presencia. Bogotá 1979.



Arquitectura de La Candelaria

44

Barrio curioso este de La Candelaria. Más por el olvido en que se sumió al sector a partir de los años treinta, —y los consiguientes bajos precios comparados con el resto de la ciudad—, que por su ubicación y por la bondad de sus espacios e instalaciones, fueron a parar allí toda clase de colegios (cuyos estudiantes ni viven ni han vivido jamás en La Candelaria), Instituciones culturales y el mayor número de teatros por metro cuadrado con que cuente ciudad alguna. En menos de veinte manzanas hay más de quince planteles, varias universidades, uno que otro ministerio, sedes del 90% de los grupos de teatro bogotanos y todo tipo de instituciones, privadas o del estado, varios museos y hasta dos palacios presidenciales. ¿Qué ciudad del mundo puede preciarse de tal concentración de cultura? Y todo esto resulta mucho más asombroso si se piensa que no fue planeado así. Algo especial tiene que tener este rincón de Bogotá, arrimado al cerro, de calles angostas, sin parqueaderos ni servicios, para que haya logrado sobrevivir a las tendencias renovadoras y a ese extraño afán de arrasar con lo viejo, como si la ciudad se avergonzara de su historia arquitectónica, en actitud que solo ha servido para destruir otros sectores y para tratar de desplazar el corazón de la ciudad. Algo especial que lo mantiene como barrio activo, lleno de vida y autosuficiente, que proporciona a Bogotá una buena dosis de historia y de actividad cultural mientras la ciudad poco o casi nada le devuelve...

Curioso es también en la historia de sus construcciones. Si La Candelaria se precia de ostentar esa multiplicidad de usos en tan poco espacio, no se queda atrás en una sobredosis de estilos que poco o nada tiene que envidiar a otros lugares. Porque disimuladamente escondido detrás del calificativo de “barrio antiguo y colonial de Bogotá”, hay

un verdadero tratado de la historia de la arquitectura de la ciudad, y todo esto, una vez más, en unas pocas cuadras que se recorren fácilmente en media mañana.

Sin planificación alguna, y talvez por ese desarrollo espontáneo y siempre armónico que se deriva del sentido común y a veces de la falta de la intervención de arquitectos y planificadores, solares y casas de menor importancia fueron poco a poco reemplazadas por nuevas construcciones con el sello de la época, con el disfraz de moda, o inspiradas en algún recuerdo del último viaje de sus dueños por Europa.

No se hablaba en ese entonces de normas, de empates o de alturas. Las reglas las dictaba el sentido común, mucho más sabio que cualquier tratado. Una tras otra fueron apareciendo, al lado de las viejas casas del final de la colonia, las casonas republicanas de mediados y finales del siglo XIX y, años más tarde, los primeros asomos de las nuevas tendencias, —cubismo, racionalismo, modernismo—, en la incipiente arquitectura bogotana. No estuvo tampoco exento el barrio de la aparición de una nueva especie: el edificio de apartamentos. Su sola mención, dentro del contexto de un entorno tradicionalmente conservador y colonial, habría hecho estragos. No sucedió así en La Candelaria y hay que reconocer que, guardadas proporciones, el barrio ostenta una de las mejores colecciones de ejemplos de este género en Bogotá.

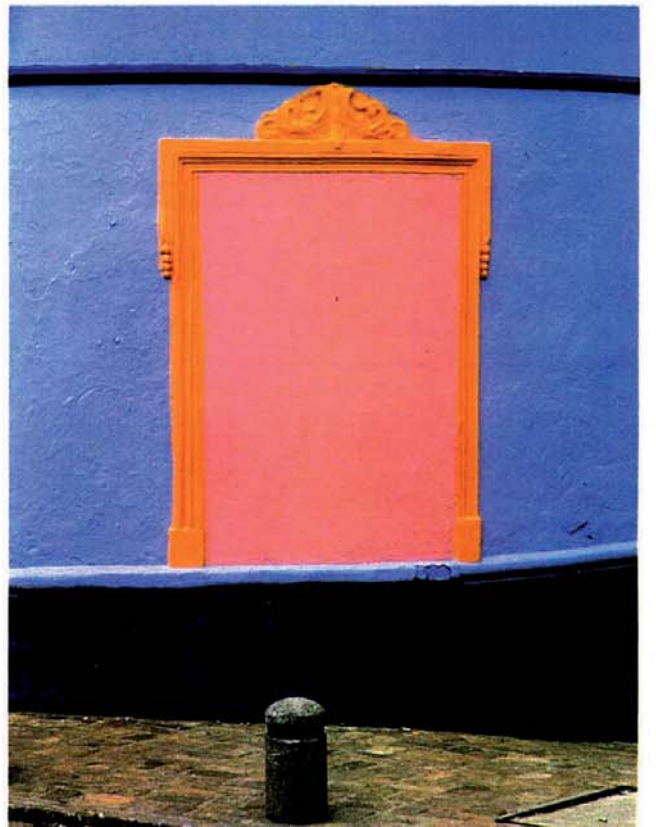
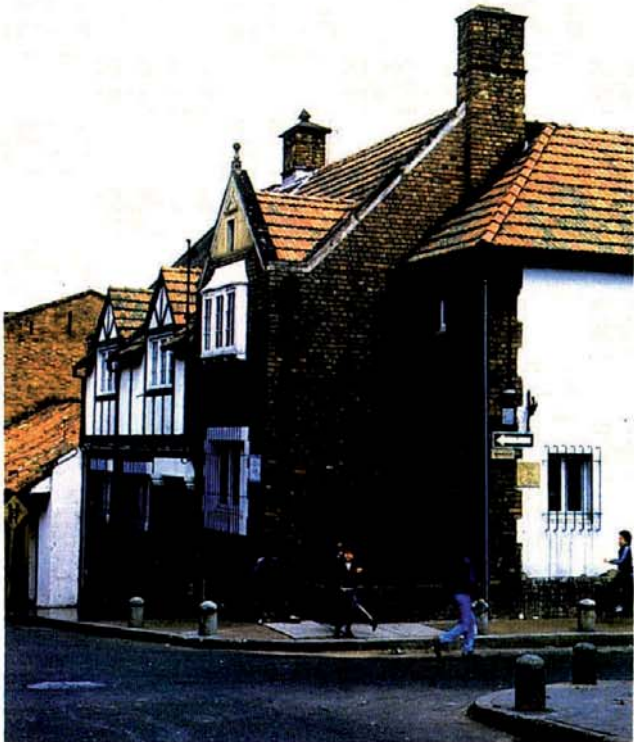
Pero como si esto fuera poco, tiene el barrio también su iglesia con aire de Catedral de Siena, su palacete gótico veneciano (léase antiguo DAS) y, quien lo creyera, el “barrio colonial” de Bogotá ha recibido con los brazos abiertos el efímero post-modernismo tardío de algunos de los arquitectos bogotanos. Con el imponente telón del cerro de Guadalupe, —en el único sector de la ciudad en

donde la zona oriental no ha sido destruida por la explotación de canteras ni por la aparición de barrios de invasión—, recorrer cada calle de La Candelaria es una verdadera experiencia arquitectónica. En un solo cruce de vías es posible encontrar camarín colonial, fachada republicana llena de ingenuos adornos y molduras, casa estilo Tudor adosada a pintoresco chalet suizo y, quien lo creyera, parque rosado construido en 1984 pero con gracioso aire de fin de siglo. Y todo esto, como si fuera poco, a menos de cien pasos de la plazuela del Chorro de Quevedo, declarada oficialmente como origen urbano de la ciudad (al no existir datos precisos, había que inventar uno y este resultó bastante conveniente), con su iglesita de la colonia levantada hace apenas unos años, pero acorde con la escala del sitio y hasta con la reciente arcada, o fachada falsa, o como se la quiera llamar, (el barrio tenía que estar con el último grito de la moda) y elocuentemente calificada por el escritor anónimo que, antes de su inauguración, se encaramó al andamio del constructor y sobre el friso escribió su lapidario graffiti: “Tengo el corazón de piedra”.

Pero es en esa ingenua mezcla de estilos, de caprichos de alcalde de turno, en donde reside el encanto de La Candelaria. Barrio que aguanta de todo y hasta se cambia de ropa, se pone a la moda y se viste de colores, aunque para justificarlo haya sido necesario importar experto que certificara que a comienzos del siglo pasado el barrio era una verdadera feria de azules y rosados. Pasarán los años y vendrán otros conservacionistas a descubrir que debajo de varias capas de pintura, oh sorpresa, La Candelaria era blanca y Bogotá tendrá de nuevo aldea andaluza a dos mil seiscientos metros de altura y a menos de dos cuadras de su plaza mayor.

Aparecerán nuevos historiadores, se discutirán teorías, pero el barrio, por encima de toda erudición, se defenderá solo y escribirá su propia historia a lo largo de sus calles y rincones. Le perdonará la vida al horrible edificio de la Universidad de La Salle, y tal vez logre entender, con el tiempo, el indefinido o indefinible revuelto estilístico de los edificios que conforman el conjunto de la Biblioteca Luis Angel Arango, y la audacia de sus arquitectos al enfrentarlos nada menos que a la iglesia que le dio el nombre al barrio. Pero bien vale la pena invitar a los estudiantes y amantes de la arquitectura, —y no sobra recordar que en su arquitectura está escrita gran parte de la historia de una ciudad—, a recorrer palmo a palmo el barrio, a recrearse no tanto en las casas “coloniales” con su patio, pila y huerta, —muchas de ellas mal restauradas— sino en toda esa otra arquitectura ajena a lo colonial, y tan propia de La Candelaria como cualquier zaguán o cualquier ventana de barrotes.

A recrearse con los edificios de la calle trece, olvidados por más de treinta años en las clases de historia, pero de nuevo a la moda, con sus columnas cilíndricas en medio de la entrada y con sus fachadas tímidamente ondulantes, que harán las delicias de los seguidores del postmodernismo; a explorar los vericuetos de los primeros conjuntos de vivienda, tema hoy tan en boga, y a descubrir que algo de eso que aparece en los últimos números de las revistas de avanzada lo encontrarán, con algo de imaginación, en lo que sobrevive del pasaje Mitchoni, o en una que otra fachada de la zona de la plaza de La Concordia.



El barrio, su historia y sus actividades

Cuando se habla de La Candelaria como un barrio de Bogotá es muy fácil incurrir en errores porque La Candelaria no existe. La Catedral es una parroquia que limita con la parroquia de Egipto, de manera que lo que se llama La Candelaria es apenas un nombre para el sector más antiguo de la ciudad. Por otra parte desde un punto de vista histórico, hubo un tiempo, recién fundada Santafé, en que la ciudad ocupaba apenas una parte muy escasa de lo que hoy se considera como un barrio.

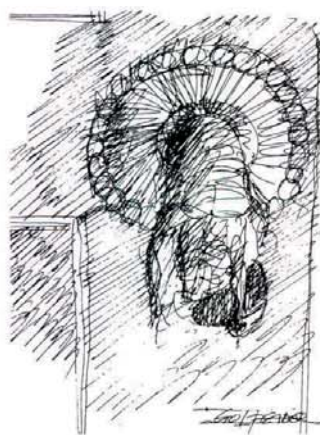
Son circunstancias que hay que tener en cuenta en el tiempo y el espacio porque al analizar lo que hoy constituye un barrio es la historia de Colombia y esto, ni más ni menos, es lo que se ha propuesto conservar la Corporación de La Candelaria. Resulta muy apropiado el nombre con que se la designa actualmente, el sector Cultural.

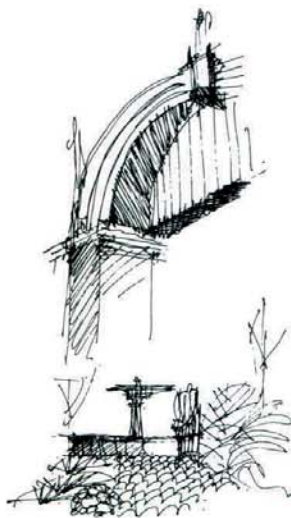
En lo que fuera el principal asentamiento indígena, totalmente destruido por los conquistadores españoles, se construyeron la Catedral Primada y las principales iglesias, las residencias de los virreyes, la Real Audiencia, las oficinas de la Administración, los primeros colegios como San Bartolomé y el Rosario, los talleres de artistas y artesanos que debían decorar las iglesias, escritores y personajes vinculados a la Corona y naturalmente la Casa de la Moneda. Las primeras imprentas divulgaron los Derechos del Hombre y las ideas científicas que encontraron su sitio en el Observatorio y la Casa de la Expedición Botánica. Desde luego las imprentas promovieron el conocimiento científico y las ideas de la revolución francesa. Las ideas de Confucio y Mencio llegaron a Europa y Voltaire se encargó de difundirlas entre los enciclopedistas. Al producirse la revolución francesa el pensamiento liberal produce la Independencia de América y el escenario natural de nuestros próceres

es el barrio de La Candelaria. Son estas las circunstancias que poco a poco van determinando el Sector Cultural. Constituida la República, industrias incipientes como la cerveza y los materiales de construcción necesitan un espacio más amplio y se mueven un poco más al norte mientras los comerciantes se establecen en la calle Real o la calle de Florián, cediendo su sitio a establecimientos culturales o residencia de personas.

Las imprentas inician periódicos y se corren desde la calle 10 hasta la calle 14. Servicios públicos como el hospital pasan de la calle 10 a la calle primera y algunas fábricas se establecen al occidente en proximidad de las estaciones de los ferrocarriles. Sería largo enumerar los traslados que implica el crecimiento de la ciudad, pero a través de los años la Cultura permanece en este centro. El Palacio Presidencial, el Palacio Arzobispal, el Capitolio Nacional, las Iglesias, no pueden moverse como sí puede hacerlo la industria y el comercio en busca de sitios más amplios.

El 9 de Abril los incendios destruyen gran parte de edificaciones y las personas pudientes que residían en el sector buscan sitios más apropiados en el norte que al mismo tiempo que seguridad les permite el uso de garajes y la posibilidad de rodear de jardines sus residencias. Muchas de las antiguas residencias se convierten en inquilinatos y las casas abandonadas se hacen inhabitables. En este momento la oportuna intervención de la Corporación de La Candelaria intervienen para salvar la Historia. Ardua labor que ha venido realizando con el necesario tacto para no acabar de matar el barrio. Rechaza ideas absurdas que con el pretexto de urbanismo y modernización sólo pensaban en ampliar avenidas para construir una nueva carrera décima, con disposiciones como la





que obligaba a construir áticos o a ceder metro y medio a la calle, retirando la fachada cada vez que el dueño hacía una reparación. Medidas que sustituyeron muchas fachadas históricas por basureros.

En un principio, al iniciar la reconstrucción del barrio se adoptaron disposiciones superficiales como la obligación de pintar las fachadas de blanco y verde, muy posiblemente con la pueblerina idea de aumentar el presupuesto a base de multas. La actual Corporación ha elaborado una oficina técnica que asesora a quienes necesitan remodelar sus modestas residencias y a quienes asumen tareas mayores como la instalación de centros culturales o la construcción de sitios de recreación. La enumeración de estas obras requeriría una vasta enumeración que sólo podría hacerlo a manera de inventario una persona informada. El aspecto más visible es el de los andenes reconstruidos y no sobra decirlo, el gusto por los colores.

A través de estas improvisadas líneas que más que un estudio son una charla informal se insiste en que el Sector Cultural no puede tener un límite muy preciso. Actualmente se adelantan obras en el barrio de La Concordia, el Museo de Arte Moderno ha abierto su entrada por la calle 24 y es preciso unir este sector de la Biblioteca Nacional con La Candelaria a través del Parque de los Periodistas. Por otra parte el Parque de Santander debe formar parte de La Candelaria. El Museo del Oro es de una inmensa importancia y así como se han restaurado bellamente las Iglesias de Santa Clara y San Agustín es preciso pensar en restaurar y convertir en un Museo la Iglesia de San Francisco que contiene la más hermosa colección de tallas en madera y debe complementar un conjunto turístico con el Museo del Oro. En el parque de Santander existió una pequeña iglesia llamada El Humilladero. Una re-

producción de dicha capilla fue construida hace unos años en la llamada plazuela del Embudo, reconstruida hace poco por la Corporación. Esta reproducción arquitectónica esta llamada a ser el sitio de las reproducciones de arte que serían un verdadero atractivo para quienes no pueden ver los tesoros artísticos que se encuentran en las iglesias. Constituiría una guía para quienes no tienen tiempo de recorrer la ya larga vía de museos que muchos ignoran, Casa Museo de Caldas, artesanías, Centro Cultural Cafetero, Santa Clara, Museo Colonial, Casa de la Moneda, Museo de Desarrollo Urbano, biblioteca Luis Angel Arango, Museo de Arte Religioso, centros culturales Colombo Americano, Colombo Francés, Colombo Japonés, Colombo Hispánico, Colombo Soviético, Academia de la Lengua, Biblioteca Nacional, Museo de Arte Moderno, Planetario Distrital, Museo de Arte Nacional y el más visitado por extranjeros, el Museo del Oro.

Una persona más versada puede enumerar técnicamente los proyectos y realizaciones de la Corporación de La Candelaria. Yo creo que lo más importante ha sido su esfuerzo por renovar el gusto. El gusto por los colores, por los pequeños jardines, por todas las formas de vida individual, por las artes y la recreación. El gusto se ha perdido en esta época de barbarie en que la economía pretende dominar la cultura y ya nadie canta en su trabajo. Cuando la gente no trabaja en lo que le gusta se produce la agresividad que se manifiesta en la fealdad de las artes, del urbanismo y de todo el orden social.

Un nuevo concepto del urbanismo diferente del que creó las ciudades europeas debe imponerse en la época actual. Ya no es posible concebir la ciudad como una plaza donde se reúnen las instituciones, rodeada por las personas principales y circundada por el inevitable cinturón de pobreza. Ubicar La

Candelaria dentro de una ciudad moderna de 10 a 20 millones de habitantes será más fácil si se le da gusto a la gente. Analizando a la ligera los factores que han incidido sobre el barrio es notorio que la gente siempre ha querido vivir un poco más al norte. San Diego, Teusaquillo, avenida de Chile, el Chicó... la calle 240. El gusto de la gente no se debe contrariar y más bien debe estimularse. Para gusto de la gente y para protección de La Candelaria y de la maravillosa Sabana es necesario proyectar la nueva Bogotá, prolongando la carrera séptima y utilizando la vía del ferrocarril del Noreste para un ferrocarril eléctrico desde Soacha hasta Paipa y la laguna de Fúquene. El acceso al barrio sería más fácil y su conservación más factible.

La actividad teatral en La Candelaria

El tradicional barrio de "La Candelaria", de Bogotá, recoge la zona histórica y cultural de la ciudad, donde se han conservado algunas instituciones con uno o dos siglos de existencia, como el teatro Colón, construido en el mismo sitio donde fue levantado el coliseo Ramírez, sala construida para la representación de comedias por el comerciante santafereño don Tomás Ramírez, en el año de 1792, coincidiendo con el III Centenario del descubrimiento de América. Un siglo más tarde, durante el gobierno de Rafael Núñez, el teatro fue demolido y vuelto a construir en el mismo sitio, en el año de 1886 (año de la Constitución) como parte de los festejos conmemorativos del IV Centenario del Descubrimiento, a celebrarse en 1892, y desde entonces recibió el nombre que posee en la actualidad de teatro Colón.

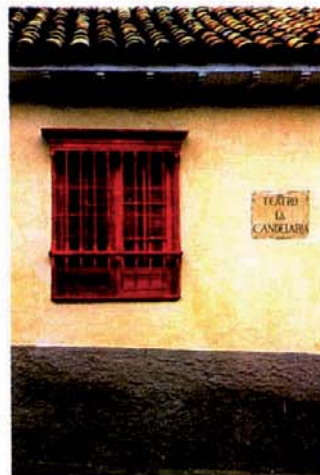
Alrededor del teatro Colón se fueron construyendo desde los primeros años de la República hasta los tiempos actuales diversos centros de carácter cultural, universidades, colegios, bibliotecas y centros de documentación, museos y galerías de arte y en años más recientes, salas de teatro.

El antiguo Cinerama y luego teatro Odeón, que sirviera como sede a distintos grupos e instituciones como el teatro "El Búho", la Corporación Festival de Teatro y la Universidad de América fue adquirido años más tarde por el Teatro Popular de Bogotá y remodelado en el presente año, construyendo nuevas áreas en espacios que se hallaban en ruinas, de modo que el actual Centro de Artes Dramáticas y Audiovisuales del T.P.B. está constituido no sólo por la sala teatral, complementada por una dotación de tramo-ya e iluminación muy nueva, capaz de ser programada electrónicamente, sino por otros espacios, como un estudio de televisión, restaurante y cafetería, camerinos, talleres y salas de ensayos.

La nueva institución significó la integración de dos grupos que habían desarrollado un trabajo permanente durante los últimos años: el propio T.P.B., quien en la actualidad cumplió 20 años de labores, bajo la dirección de Jorge Alí Triana y el teatro "El Alacrán", dirigido por Carlos José Reyes. Otras salas de teatro, constituidas por grupos y fundaciones, han buscado en los últimos quince años adaptar los amplios solares de las casonas santafereñas como espacios teatrales.

Así como los corrales de comedias del Siglo de Oro español adquirieron una fisonomía a partir de los patios y corrales interiores, los distintos espacios teatrales construidos en donde antes se levantaban las huertas y jardines traseros de las casonas estilo colonial, han impuesto su propio estilo y han conseguido un numeroso público que asiste en forma permanente a las temporadas que se presentan de miércoles a domingo a lo largo del año en las distintas salas.

La primera de ellas fue el teatro "La Candelaria", que adaptó el nombre del barrio después de haberse llamado "Fundación Casa de la Cultura", al ser constituido en un local arrendado del centro de la ciudad, en el año de 1966. Desde el año de 1969, en su sede propia, adquirida mediante auxilios oficiales, "La Candelaria" ha realizado un intenso trabajo, presentando en su primera etapa obras de teatro universal, como "Persecución y Asesinato de Jean Paul Marat", representado por los reclusos del asilo de Charentón, bajo la dirección del Marqués de Sade", de Peter Weiss, "La Buena Persona de Sechuán", de Bertolt Brecht o "Divinas Palabras", de Ramón del Valle Inclán, y luego, consolidando una forma particular de creación colectiva, tanto para llevar a escena obras ya escritas, como "El Menú", de Enrique Buenaventura o "Vida y Muerte Se-



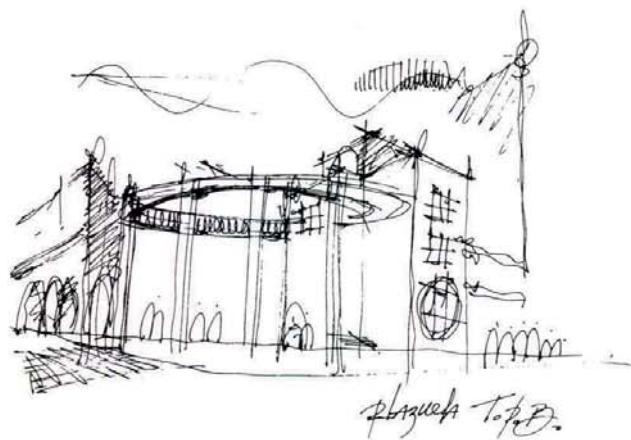
verina", de Joao Cabral de Melo Neto, o bien para producir obras propias, como "Guadalupe Años Cincuenta", "La Ciudad Dorada" o "Nosotros los Comunes". Los últimos trabajos del grupo han surgido del taller de dramaturgia de miembros del propio grupo, tales como "El diálogo del rebusque" de Santiago García, basado en diversos textos de don Francisco de Quevedo y Villegas, "La Trasescena", de Fernando Peñuela, "Corre, Corre Carigüeta", de Santiago García y "El viento y la ceniza", de Patricia Ariza.

Con un diferente estilo de teatro, el grupo del Teatro Libre de Bogotá, dirigido por Ricardo Camacho, Jorge Plata y Germán Moure, inició sus actividades como teatro universitario en la Universidad de Los Andes, llevando a escena obras como "El Canto del Fantoche Lusitano", con la cual obtuvo el primer premio en el Festival Latinoamericano de Teatro de Manizales. Superando una etapa de agitación estudiantil, el grupo asumió una actitud independiente, adquiriendo una casona santafereña del barrio La Candelaria en la calle 13 entre carreras 2ª y 3ª. En su primera etapa se efectuaron presentaciones en el espacio de la antigua sala de la casa, para un número de 80 a 100 espectadores, llevando a escena obras como "La Agonía del Difunto", de Agustín Navajas, uno de los principales éxitos del Teatro Libre, o "El Sol subterráneo", de Jairo Aníbal Niño. Posteriormente, en la sala de espacio frontal edificada en el solar trasero de la casa, con una capacidad para 240 espectadores, se han presentado obras del repertorio universal clásico y moderno, como "El Rey Lear", de William Shakespeare, "Las brujas de Salem", de Arthur Miller o "El Burgués Gentilhombre", de Molière, y algunas piezas de autores colombianos, como "Los Inquilinos de la Ira", de Jairo Aníbal

Niño, "Un muro en el Jardín", de Jorge Plata, o "Sobre las Arenas Tristes", de Eduardo Camacho Guizado, basada en aspectos de la vida de José Asunción Silva, autor del "nocturno", una de cuyas estrofas da título a la obra teatral.

Aparte de estas salas otros espacios se han abierto en forma temporal o permanente para la actividad escénica, tanto para la presentación de obras como para la realización de cursos, talleres y seminarios. Es el caso de la sala "Seki-Sano", de propiedad de la Corporación Colombiana de Teatro, presidida por Patricia Ariza, que da cabida a muchos grupos de esta organización, que carecen de una sede propia, así como a grupos invitados de otras ciudades y en ocasiones a conjuntos de distintos países de América Latina de paso por Colombia. En esta casona colonial también se han efectuado los congresos y encuentros de la Corporación y un Taller Permanente de preparación teatral, dirigido por Santiago García, así como cursos y seminarios dictados por distintos profesores.

Otra institución que realizó una intensa actividad durante varios años en otra casona del barrio La Candelaria fue la Fundación Teatro "El Alacrán", en la carrera 2ª entre calles 12 y 13. Antes de integrarse institucionalmente con el T.P.B. para constituir el nuevo proyecto del Centro de Artes Dramáticas y Audiovisuales al que nos hemos referido en un comienzo, "El Alacrán" adaptó una sala para 100 personas en la parte delantera de la casona, presentando distintas obras para adultos y para niños, y realizando durante cuatro años un Taller de Creatividad para niños, presentando obras y desarrollando una actividad permanente en distintas áreas como la improvisación, el dibujo, el juego dramático, la invención de cuentos y otras formas de creatividad para



desarrollar la imaginación del niño a partir de una motivación base.

El propio T.P.B. ha estado ligado, a lo largo de sus veinte años de existencia, al barrio La Candelaria, pues desde su primer trabajo, la obra "Pensión para solteros", basada en "Cuento de la hora de acostarse", de Sean O'Cassey y dirigida por Jaime Santos fue presentada en el teatro Odeón que luego el grupo adquiriría como su propia sede. En ella se presentaron muchas obras del repertorio universal y latinoamericano, como "La Muerte de un Agente Viajero", de Arthur Miller, "Ricardo III", de William Shakespeare, "Delito, Condena y Ejecución de una Gallina", del guatemalteco Manuel José Arce y su gran éxito a través de distintas temporadas, la obra "I Took Panamá", una creación colectiva, con dramaturgia de Luis Alberto García y dirección de Jorge Alí Triana. Puede decirse que el T.P.B. ha sido toda una escuela para la formación de actores profesionales que hoy día trabajan no sólo en teatro, sino también en los primeros lugares del cine y la televisión.

Otras salas, casas e instituciones situadas en el barrio de La Candelaria han jugado un importante papel en el desarrollo del movimiento teatral de los últimos años. Por ejemplo, la sala Víctor Mallarino, el antiguo "Palomar", situada en los altos del teatro Colón, donde se han presentado fundamentalmente los trabajos de los alumnos de la Escuela Nacional de Arte Dramático (Enad), dependiente de Colcultura, que en su primera etapa, a fines de la década de los años cincuenta, funcionó en el Palomar bajo la dirección de Víctor Mallarino, con profesores como Dina Moscovici, José Pratt, Enrique de la Hoz y otros pioneros del actual movimiento teatral. En la nueva etapa la Enad desarrolló sus actividades en una casa en la calle 43 con carrera 16 que tuvo que aban-

donar al ser demolida para avanzar la construcción de lo que será el Centro Jorge Eliécer Gaitán. Entonces regresó al barrio La Candelaria, desarrollando sus actividades docentes en una casa de la carrera 6ª entre calles 10ª y 11ª, donde se encuentra en la actualidad. En este período han dirigido la Enad hombres de teatro como Santiago García, Néstor Miranda, Giorgio Antei y Gustavo Londoño.

En el año de 1980 cinco grupos constituidos por alumnos de la Escuela Nacional de Arte Dramático formaron el Centro Cultural Gabriel García Márquez. En un comienzo se instalaron en la antigua sede de la Enad, pero al ser demolida la casa iniciaron una campaña para adquirir una sede estable donde realizar sus actividades, en el barrio La Candelaria. El Distrito les adjudicó una casa derruida, en la calle 13 con la carrera 3ª, donde el Centro García Márquez planea construir una sala con capacidad para 150 espectadores.

La Fundación Gilberto Alzate Avendaño, situada en la calle 9ª con carrera 3ª también cuenta con un auditorio donde con frecuencia se han realizado presentaciones de teatro de cámara y dentro de sus proyectos está la construcción de una sala teatral al lado de las instalaciones actuales, ubicadas en la casona que sirvió de residencia al virrey don José de Ezpeleta y Galdeano, en los tiempos coloniales. También en el patio interior de la casa se han realizado presentaciones teatrales, como la realizada por la Compañía del Centro Dramático Nacional de España, el teatro María Guerrero, con obras como "La Feria de Cuernicabra", de Alfredo Mañas, dirigida por José Luis Alonso, con un montaje al estilo de las representaciones en los corrales de comedias.

La actividad teatral no se limita, sin embargo, a las distintas salas que hemos mencio-

nado, sino que se ha extendido a otros centros culturales y universitarios en donde se ha desarrollado una importante labor en diversas oportunidades. La Universidad de Los Andes, en los tiempos del grupo de Camacho y Jorge Plata, en tiempos de los festivales de teatro universitario, adaptaron un auditorio y una vieja capilla para las presentaciones escénicas. La Universidad Externado de Colombia, que en diversas oportunidades ha contado con grupos de singular importancia, construyó un Auditorio para las representaciones teatrales en la base misma del primer edificio de su actual sede, hace menos de veinte años y otros grupos de permanente actividad en el movimiento teatral colombiano contemporáneo, como el Teatro Taller de Colombia, el grupo de títeres y pantomima "La Libélula Dorada" y el "Acto Latino", entre otros, han tenido en algún momento su centro de operaciones en el histórico barrio Bogotano.

Por otra parte, las mismas calles y plazas han servido para las representaciones teatrales de distinta naturaleza, de modo que un género muy particular de teatro de calle ha surgido no sólo como un espacio accidental sino con técnicas y recursos apropiados para el aire libre. Sitios como la plazuela de "El Chorro de Quevedo", situada en la carrera 13 con calle 2ª, ha resultado muy apropiada para estos fines.

Esta variada actividad que hemos mencionado, referida solamente a las representaciones teatrales, sumada a la actividad de universidades, bibliotecas, colegios, centros de investigación, museos, salas de música y de exposiciones, colocan al barrio de La Candelaria no sólo en un destacado lugar en la historia del país por todos los recuerdos de acontecimientos y personajes que guarda, sino también por la actividad cultural, científica y educativa que desarrolla en el

presente, por lo cual merece ser conservado y restaurado como una auténtica joya en la vida de la comunidad, de cara hacia el futuro.

La revolución del color



58

Fernando Correa Muñoz

El Florero de Llorente, La Guerra del Fútbol, La Revolución de Los Claveles Rojos. Ejemplos de transformaciones sociales y políticas y contiendas que tuvieron su origen en causas baladíes, secreto acicate de antiguas rencillas. De gestas que adoptaron como pendón, o pretexto, amables motivos, en apariencia desprovistos de significado suficiente para mover las masas, despertar sentimientos nacionalistas, alentar el fervor político, poner en efervescencia el espíritu colectivo en favor de un ideal. Algunas de ellas derivaron, a la postre, en amargos y sangrientos conflictos, con muchos muertos. En otras, como la revolución portuguesa de abril del 74 fin de una dictadura de derecha de varios lustros e inicio de otra de izquierda, no tan perdurable, no se disparó un solo tiro. En Lusitania, nuestro Florero, fue reemplazado por su contenido: La Flor. El Clavel Rojo tumbó a Gaetano, heredero de Oliveira, y encumbró a Soares. Ha sido, como su pequeño y cautivador país, la revolución más colorida de la historia.

Después de esta enigmática disquisición bélico política cromática, retorno a Bogotá y me adentro en el barrio de La Candelaria. Allí se libró, hace apenas tres años, una linda y aleccionadora batalla galante que tuvo como flor y florero, el color de su arquitectura. Una gris dictadura de muchos años lo desterró de todas sus fachadas, puertas, ventanas y aleros. Al principio, la restricción monocromática fue obedecida pero melancólicamente, por sus moradores. Los ideólogos del oscuro régimen argüían tan solemnes como ficticios motivos históricos y complicadas tesis que trataban de relacionar la austera y mestiza arquitectura colonial a la vera de sus empinadas calles, con su lejana parienta castellana. Era la forma de justificar la anodina uniformidad castrense que implantaron: verde botella para toda

la carpintería y blanco en los muros. La femenina y acartonada erudición escolástica superaba así la verdadera historia y la auténtica tradición colorística del barrio. Pero como sobre estos intrincados antecedentes no había mucho conocimiento popular y sí deseos de paz urbana, el pueblo de La Candelaria aceptó resignado la autoritaria decisión. Pero no pasó mucho tiempo para que empezaran a aparecer los inconformes.

Apoyados en la oscuridad de la noche santafereña y en la tortuosidad de algunas de sus callejuelas, los grupos de la colorida resistencia empezaron, con timidez, a restaurar los zócalos, a destapar la pintura mural de los aleros, a alegrar las ventanas con azules vibrantes, con insolentes rojos, con suversivos ocre y terracotas. Otros, más aguerridos y enterados por sus antepasados de la democracia cromática reinante en otras épocas, osaron desafiar la descolorida norma pelando las paredes para encontrar, bajo el blanco, toda una serie de capas de colores que ponían en evidencia la validez de su causa.

De inmediato, todos fueron reprimidos con energía y las brigadas del régimen, en rápidas incursiones, armadas de brochas de fique y baldes de carburo, ocultaron de nuevo bajo el blanco estos brotes de insurrección. Otros fueron abligados, a sus propias expensas, a restituir la monotonía.

Pero todos estos primeros esfuerzos no fueron estériles. Rindieron su fruto de renacimiento de la conciencia colectiva y la percepción estética de los habitantes del barrio de La Candelaria, apoyada en innumerables documentos pictóricos y relatos de visitantes, cautelosamente ocultados o habilidosamente manejados por los detentadores del poder urbano, pocos pero fuertes en su bastión historicista.

Así, cuando en 1980 se crea la Corporación

de La Candelaria y aboca su misión de rescatar en forma íntegra todo el espíritu y tradición del sector encomendados a su cuidado, se encuentra con esta aberrante represión y procede, ella misma, a restituir el tono y el color del barrio y, con ellos, la libertad y el imperio de la democracia cromática que su arquitectura y su espacio público habían perdido.

Su llegada marca el fin del verde y el blanco como uniforme urbano. Su gestión liberadora se apoya en la bondad y solidaridad de los habitantes de la zona y en su sabiduría y buen sentido para aplicar el color. Cae la norma. No hay celebraciones estridentes ni desafueros triunfalistas de colorines. La victoria se asume con dignidad, con sentido estético, con armonía. Y tanto las expresiones arquitectónicas más antiguas como el repertorio republicano, condenado al ostracismo y al olvido durante la dictadura acromática, recobran sus galas. Bajo el imperio del color, se restauran la casa Liévano de la calle 11; la casa Pombo, arriba del teatro Colón; la misma sede de La Corporación, en la calle del Palomar del Príncipe; la casa Silva de la calle 14 e innumerables casas particulares. Se descubre la pintura mural de la casa de Florez de Ocaris en el marco de la plaza de Bolívar. Termina, en una palabra, la negra época del miedo al color. La revolución se ha cumplido. Sin lanzar un solo dardo, sin hacer explotar un solo petardo revanchista que ponga en duda la serenidad de una paleta urbana bien manejada. Ahora, de nuevo, se puede pregonar lo que alguna vez se consideró como un insolente grito de insurrección y mal gusto: ¡Viva el Color! ¡Viva La Candelaria!

La moderna intervención en los cascos históricos

Ravena, la antigua ciudad una vez al borde del mar Adriático emerge como un eco lejano cuyas voces apenas recordamos en tiempos modernos al reflexionar sobre la intervención en los centros históricos. Alrededor del siglo XII fue recuperada de sucesivos aluviones que amenazaban sus edificios construidos en suelo pantanoso propenso al continuo hundimiento. Subsisten aún escritos en fábricas y columnas de la época; huellas de la milagrosa operación de elevación a que fue sometida la ciudad, sin que se conozca noticia o manuscrito sobre los detalles y métodos utilizados en tan singular acción de recuperación de lo que ya por entonces era un Centro Histórico.

En tiempos modernos a escasos cien kilómetros de la citada ciudad está localizada Bolonia, donde a mediados de este siglo renació una vez más la preocupación por conservar su declinante casco histórico para incorporarlo en forma total al resto de la urbe. Seis o siete propuestas fueron presentadas al Ayuntamiento de la ciudad para su consideración; en las mismas se palpaban más diversas tendencias y preocupaciones urbanas y políticas. Tendrían que transcurrir varios años más para que el espíritu de la intervención tomara forma. En 1968 Giancarlo de Carlo realizó el estudio para una pequeña población en la provincia de Pesaro en la bella Italia. La pequeña ciudad de Urbino parecía estar anclada en el tiempo, inmersa en una economía agrícola sin perspectivas; sin embargo poseía una de las mejores iglesias del país, un Palacio Ducal y una Universidad fundada en 1506. Fue el planeamiento urbano como parte integral de una política regional, el instrumento que permitió convertir a la ciudad en un próspero centro cultural turístico y universitario. La propuesta entre otros aspectos contemplaba la peatonalización de varias vías, la

rehabilitación de seis mansiones señoriales y la conservación de patrones y tipologías en las nuevas edificaciones, las cuales habrían de construirse sobre la quebrada geográfica. Desde entonces organismos gubernamentales, planificadores y ciudadanos han vuelto sus ojos a lo que generalmente son los sectores más degradados y antiguos de sus respectivas urbes, con el ánimo de recuperar y revitalizar para usos turísticos y museográficos. Esta primera intención ha sido por fortuna revaluada y hoy en día los métodos y fines de la intervención en los Centros Históricos es otra.

En la actualidad los cascos históricos se entienden como parte integral del patrimonio cultural de los pueblos, por ello mantenerlos se hace necesario, motivados en beneficio de la identidad que representan. En el caso colombiano este aspecto cobra inmensa importancia, pues de unos años para acá la "identidad" se ha puesto de manifiesto por su volatilidad conceptual, y se ha emprendido una afanosa búsqueda, adentrándose en la historia, el folclor y las raíces ancestrales. La arquitectura de nuestras ciudades constituyen un importante punto de encuentro con el pasado. Son las viejas casas de Mompóx, Popayán, el barrio de Manga, la Candelaria o Iza y Cuitiva vivos testigos del pasado y el presente. Se deben ver no con los ojos nostálgicos sino con ojos críticos donde forma y concepto conforman una unidad y representan en sí mismas una idea. Este giro de pensamientos ha ocasionado dolorosas pérdidas en manos de planificadores que han entendido la intervención del casco histórico como la renovación destructiva e indiscriminada de los elementos constitutivos de las mismas, sin tener en cuenta que el patrimonio arquitectónico es irrepetible. No ven que existe una estrecha relación entre tipologías y cultura contemporánea.

Los recientes encuentros internacionales han coincidido en señalar la importancia de la comunidad que habita estos tejidos urbanos, considerando muchas veces a los habitantes como afortunados mártires, pues corren con la responsabilidad y custodia del lugar. Concepto desde luego equívoco, pues no son ellos más que protagonistas del "escenario" que pertenece a todos los ciudadanos siendo esta una responsabilidad común. Sin embargo, la comunidad que habita el casco histórico juega un preponderante papel a la hora de conservar, rehabilitar, renovar o restaurar el lugar. Recientes intervenciones llevadas a cabo en Europa toman en cuenta los deseos y aspiraciones de la propia comunidad para vincularlas a las decisiones que se exponen en avances de planeamiento, de manera que la participación ciudadana constituya una variable de inmensa importancia para urbanistas y gobernantes. El común denominador que cohesiona y hermana a ciudades como Madrid, Estocolmo, Filadelfia o Bogotá, lo establece su interés por rehabilitar y mantener vivas las casi siempre multifásicas zonas históricas. Es preocupación de organismos internacionales, estatales y entidades culturales el desarrollar intensos esfuerzos traducidos en programas que inyecten una nueva calidad ambiental social y económica a los espacios públicos e inmuebles con calidades arquitectónicas histórico-artísticas.

El pasado y el presente deben convivir, de hecho lo hacen y no es impedimento el surgimiento de nuevas edificaciones en entornos históricos. Lo importante es que estas nuevas formas se inserten dentro de la urdimbre arquitectónica guardando relación con las otras edificaciones en términos de proporción, forma, luz y sombra para que graciosamente dialoguen entablando una sin-táxis donde la afinidad o el contraste tengan

cabida y expresen los sentimientos de nuestro tiempo.

Dos propuestas de planeamiento y gestión urbana son importantes de destacar. La IBA vieja y nueva en Berlín y la reciente política de rehabilitación de la Villa de Madrid. En el primer sitio en mención se adelantó un programa para la rehabilitación del sector conocido con el nombre de Kreisberg, uno de los pocos lugares que sobrevivieron a la segunda guerra. Los berlineses venían viendo de un tiempo para acá que su ciudad carecía de carácter propio, de personalidad, lo encontraban masificante. Mediante el proyecto IBA se realizó de mano del Estado y en terrenos públicos un ambicioso plan que contemplaba entre otros objetivos el de revitalizar el sector en mención sin tener que trasladar a sus habitantes a otros lugares durante el período de reconstrucción del citado lugar. Por el contrario el propietario o inquilino tomaba parte en los trabajos de rehabilitación mediante módicos intereses en créditos concedidos para su vivienda. Pudiendo además participar en la forma como se organizaron los parques, colegios y demás equipamientos de la comunidad. Interesante sin lugar a dudas esta experiencia de la cual seguramente se tomaran numerosas y valiosas pautas.

Madrid está por la misma senda aunque más tímidamente dada su menor capacidad financiera. Resulta interesante ver el sentido de comunidad que se ha logrado en barrios como Tetuán o Lavapiés. Curioso también es el paso que se ha dado para desmontar pasos elevados construidos hace menos de veinte años, para dotar y recuperar un espacio histórico perdido como es el famoso paseo del Prado.

Este resurgimiento del centro histórico viene acompañado de un fenómeno que vale la pena detenerse para analizar. El suelo

urbano está sometido a una intensa demanda por parte de los especuladores e inmobiliarias una vez que se emprende su recuperación. Esto en razón de ser un espacio finito, medible, de enorme atractivo ambiental y por lo general lugar preferido por su significado y localización. Tal es el caso del barrio Salamanca en Madrid donde el valor del suelo y los inmuebles se han disparado a cifras astronómicas. De ahí la importancia de una clara política por parte de las entidades encargadas de la protección del lugar para desarrollar y canalizar mecanismos de gestión que tiendan al adecuado desarrollo y mantenimiento sin que llegue a producirse la asfixia económica del sector. Reflexionar sobre el patrimonio cultural y arquitectónico en Colombia y Bogotá se hace posible y necesario para conservar nuestro entorno construido. La Candelaria, Concordia, Funza o Chía son islotes dentro de la ciudad que merecen ser y de hecho están en el caso de la Candelaria, reglamentados dado su interés ambiental e histórico.

Los conceptos de la moderna investigación en los cascos históricos vienen de ideas que abarcan ámbitos territoriales al verse como necesaria el colmar la ciudad para invertir su sentido expansivo. Llenar intersticios, genera vida en comunidad y resaltar los Hitos, son importantes pautas del urbanismo moderno y toman plena vigencia en los lugares memoriales e íntimos que son los barrios antiguos.

Los ciudadanos debemos tomar plena conciencia de la memoria de la ciudad, de la posible participación de forma que espíritus sensibles y ciudadanos corrientes vivan la atmósfera de tan singular sitio que es la ciudad y su centro histórico.

La Candelaria: Gente, tiempo, espacio

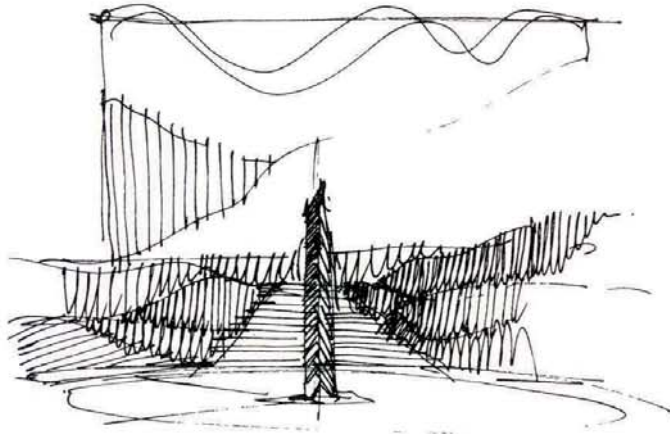
*"...Y nadie puede contemplarla sin vértigo
Y el tiempo la ha cargado de eternidad."*

*"...Y pensar que no existiría
Sin esos tenues instrumentos, los ojos".
Historia de la noche.*

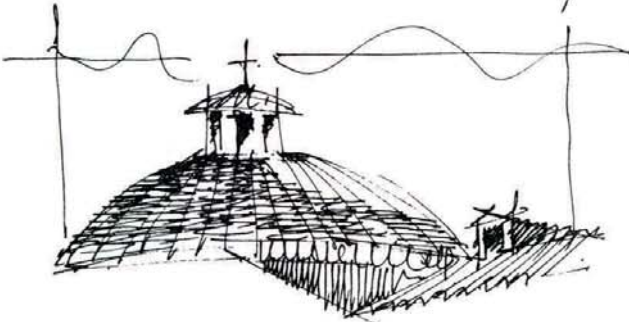
64 J. L. Borges.

Estamos aquí, obligatoriamente obligados a pensar en la gente, el tiempo, el espacio, en su lógica consecuencia: La historia; las múltiples historias que cada tapial, cada recodo, cada esquina y detalle, cada calle narran a nuestra imaginación en misterioso y sepulcral silencio. Estamos aquí, obligatoriamente obligados a transcribir, para líneas y palabras, el sordo sonido de los cascos que en la noche suenan de corceles briosos y ancestrales en cuyos lomos se pasean, pertinaces y altaneros, caballeros de armadura, peto, yelmo, cruz y espada, las voces que cruzan los zaguanes, el alegre y animado discurrir de una velada de poemas, de guabinas, canelazos y charadas, los descoloridos zócalos que al alba aun conservan los húmedos testigos de la última llovizna de este triste mes de octubre, el número incontable de calados y penumbras que nos dejan compartir frondosos y arábigos jardines que esparcen lentamente, frescos, tenues: olores, colores y sabores de yerbas aromáticas, de geranios, de jazmines y laureles, las fuertes mensulas y canes que soportan soberbios gabinetes, el tibio chocolate y las dulces colaciones, nuestras jóvenes y vírgenes abuelas, un atardecer cualquiera, el paso de un hidalgo caballero de gola, chapín y lazo al cuello: nuestro abuelo, las afrancesadas yeserías que adornaron recintos opulentos, los señores opulentos, los artistas, comerciantes, políticos y damas, el calor de un vaso de aguardiente, los edictos, las leyes, los chismes, los sucesos, los amplios aleros que protegen nuestra muda dominguera, la inclemente maldad del invierno sabanero, las iglesias de modestas espadañas y de torres campanario, los coros y los arcos, las impenetrables criptas y solemnes sacristías, los cristalinos rosetones de múltiples colores, los amplios corredores, sus pórticos y arcadas, las pilas y albercas en medio de los patios, los pasadizos tapizados de guijarros y de vértebras, las lajas de piedra anteriores a la América, los bolillos de madera en la ventana y aquellos balaustres de la iglesia, los recios golpeadores que en el bronce reproducen a leones africanos, a magníficos demonios, a los dioses de la Grecia, las tomas de agua en las esquinas, el agua, las esquinas, y los seres anodinos, anónimos, recios, reacios y raídos que solo hemos podido describir con débiles palabras o en rápidos apuntes que debemos a una pluma, a un papel que en blanco es mutante como el viento y a los ojos que habrán de perderse con el tiempo.

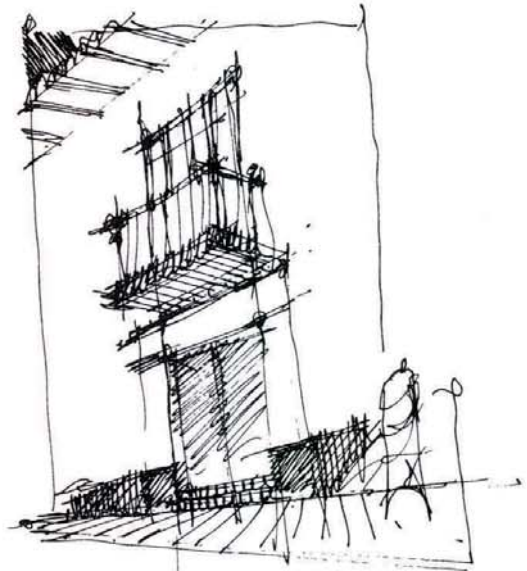
Fernando Antonio Duque



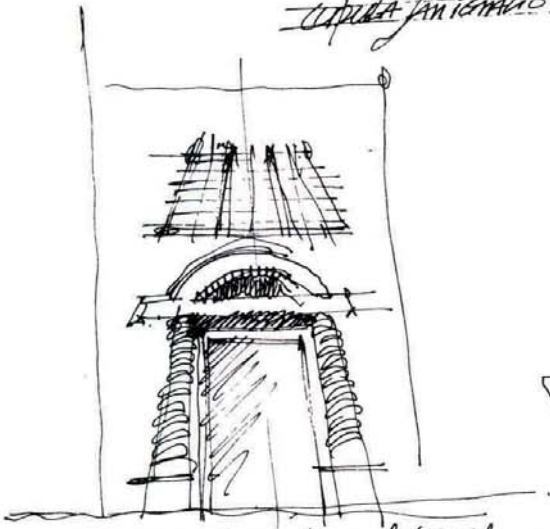
TIPOLOGIA DE LA CONCORDIA.



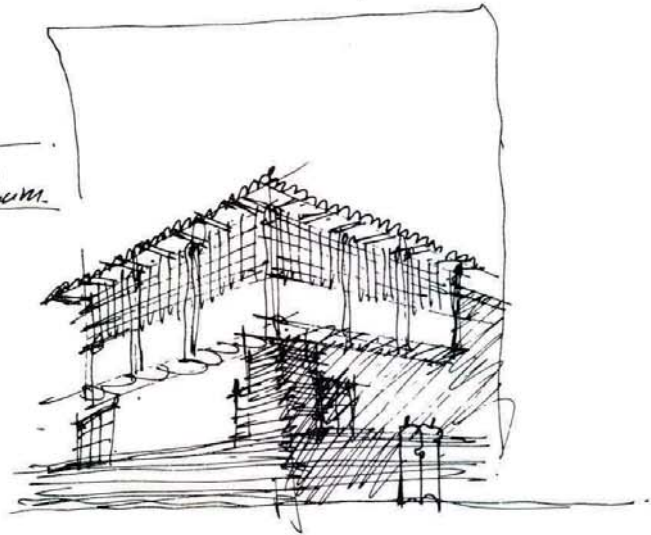
cupula janiculario

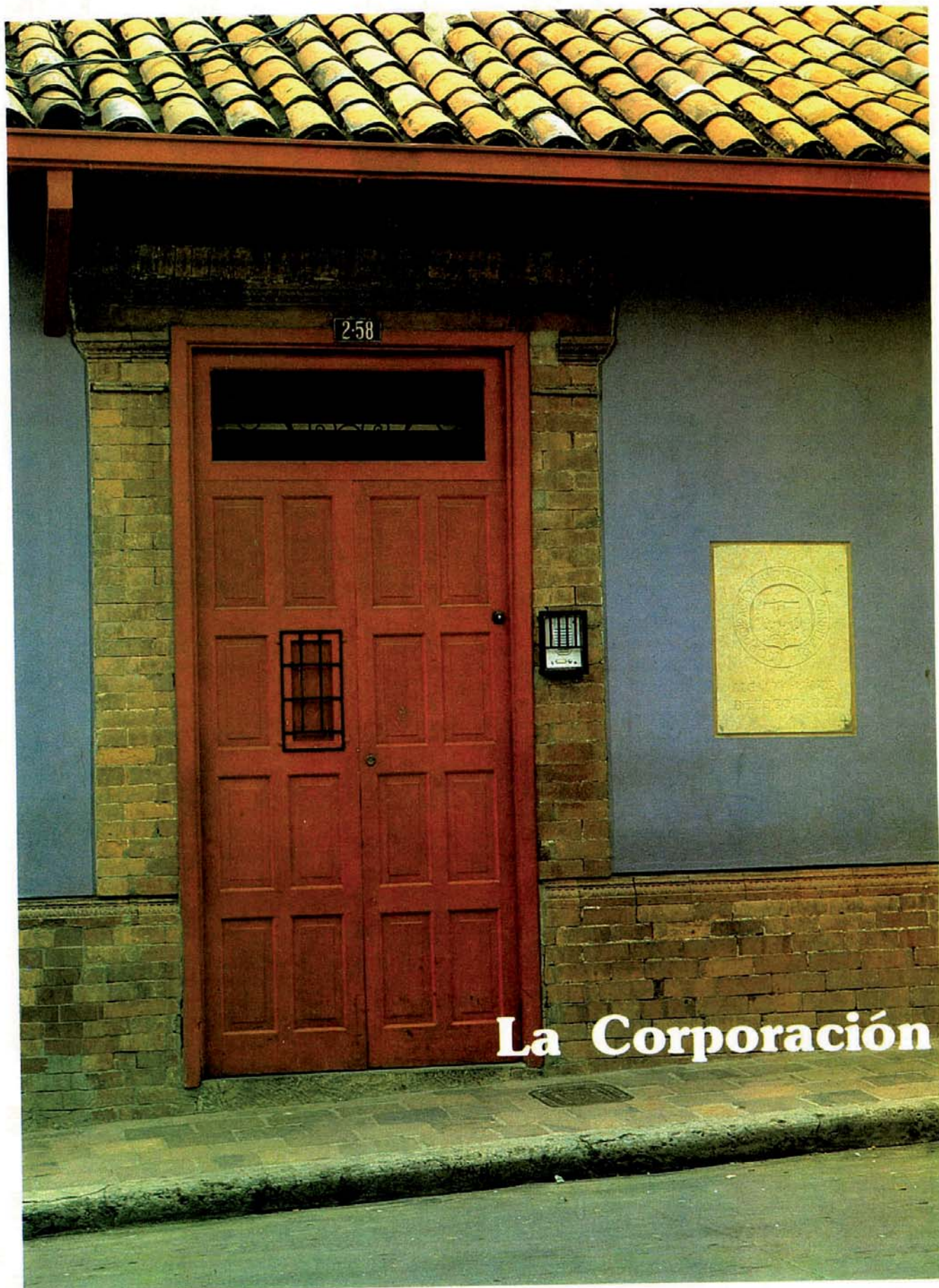


tercio y balcon



Acceso janiculario columnas de la presidencia.





La Corporación

La primera mitad del Siglo XX fue noche oscura para el patrimonio arquitectónico nacional. Bogotá no se libró de las tinieblas. Era tal su ímpetu de modernidad, progreso, higiene y amplitud una vez superada la finisecular contienda intestina y traspuesta la crisis económica del 30 que, al llegar su celebración cuatricentaria del año 38, muchos monumentos de la Colonia y la República ya se habían destruido y otros adoptaron la faz neoclásica o los novedosos artificios del naciente movimiento moderno.

Del valioso repertorio colonial, los monumentos religiosos merecían alguna consideración de historiadores y eruditos. Pero la arquitectura doméstica de la misma época, concentrada preferentemente en el casco central, solo despertaba curiosidad y era mirada con desdén por su austeridad y aparente pobreza. Era imperativo enriquecerla para poder encasillarla en alguno de los compartimentos estilísticos de la academia europea.

Llega el 9 de abril de 1948 y con él, la destrucción y paradójica apertura al progreso de la capital. Las grandes arterias del centro, su calle Real, la Avenida Jiménez y todas las edificaciones a su vera, sufren los efectos hordíasticos, mientras que sus barrios tradicionales, La Candelaria, Egipto y Santa Bárbara se salvan milagrosamente y continúan en su protectora hibernación urbana de la cual solo emergen de cuando en cuando como adorno de los libros que añoran la vieja Santafé.

El final de la década del 50 ve nacer la primera legislación nacional sobre la preservación del patrimonio urbano y arquitectónico, la cual se complementa 4 años más tarde con un decreto reglamentario que resarce, apenas en parte, los grandes vacíos de la disposición original, plena de buena intención pero carente de indispensables precisiones.

Corporación La Candelaria Una visión externa

Fernando Correa Muñoz

Sus inmensas ambigüedades cronológicas y conceptuales aún permanecen.

Por fortuna, uno de los sectores que encabezan la norma protectora es el centro histórico de Bogotá y, dentro de él, el barrio de La Candelaria. Sin embargo, no bien es sancionada, la ley empieza a sufrir una larga y sostenida cadena de transgresiones que llega hasta nuestros días. No existe la suficiente fuerza para su aplicación local y las sanciones para sus infractores son inocuas y en ocasiones impracticables. La administración y el Consejo capitalinos perciben el peligro que se cierne sobre el área y ordenan, a comienzos de 1971, un primer estudio que sienta las bases para su preservación. Sus resultados se integran a los planes generales de la ciudad pero aún carecen de la fuerza y la estructura suficientes para aplicarlos.

La década del 70 ve crecer la ciudad hacia el norte en forma vertiginosa, no ajena al desenfreno. Pero su nicho histórico y documental sobrevive, afectado ya por los primeros síntomas de abandono, decaimiento y deterioro. Sólo un pequeño pero selecto grupo de persistentes moradores avizoran la importancia de su conservación y pugnan por el mantenimiento de su función primaria como medio de salvación: la vivienda, racionalmente armonizada con nuevos usos culturales e institucionales, seguidos del perentorio mejoramiento de los servicios comunitarios que estimulen la permanencia.

Finalmente, al borde de la emergencia, ya consumado el extrañamiento y desaparición de su secular vecino, el barrio de Santa Bárbara, La Candelaria y con él todo sector histórico de Bogotá, enrumban hacia su definitiva consolidación con la expedición del Acuerdo 10 de 1980, creador de un ente jurídico y administrativo con suficientes facultades para su mejoramiento integral y el



rescate de su entorno y valiosas estructuras: La Corporación La Candelaria.

Adornada con todos los encantos emanados de su recogido tejido urbano, la belleza de sus hechos construidos, el tono y sabor de sus calles y plazuelas, el marco que le prestan los cerros tutelares, la vecindad de los hitos documentales de la formación de nuestra nacionalidad y nuestra cultura, La Candelaria y el amplio sector que cobija la nueva entidad, posee otro insólito atributo cada día más escaso en nuestras urbes: una consolidada amalgama social y funcional dentro de la cual se mueven, con gran armonía, artesanos, oficinistas, pequeños tenderos, familias raizales e inmigrantes deseosos de belleza y placidez. Teatros, instituciones culturales y educativas, amén de una variada gama de actividades institucionales, religiosas y artísticas que la ratifican como un verdadero trozo de auténtica ciudad.

Por lo tanto, se trata de integrarlo al resto de la ciudad, revitalizar y estimular esta mezcla y quitarle cualquier traza de falsa y escénica vitrina museística que en algún momento quiso conferírsele. Ya con existencia jurídica y los prospectos de vida financiera, la Corporación aboca de inmediato el inventario, análisis, diagnóstico y planes de trabajos sobre las manzanas entregadas a su cuidado y fija su universo en cuatro campos bien definidos: Lo urbano, lo económico, lo social y lo institucional, con los cuales espera reforzar la seguridad, estimular la vida cultural, reagrupar el vecindario para la acción comunitaria y dotar a este excepcional grupo urbano de los servicios y beneficios del mundo de hoy en un añejo y venerable entorno.

Para superar tan ambiciosas metas, su gestión no puede quedarse en lo epidérmico, en lo superficial, en la fachada, en la frontera del espacio público. Claro que esta acción

externa la debe realizar como imprescindible y motivadora pero ingresa también al ámbito doméstico a restaurar, remodelar y reutilizar las estructuras, fomentar nuevos usos compatibles y atraer hacia la zona actividades comerciales que la revitalicen, brindando a los visitantes facilidades de acceso y sitios de estacionamiento vehicular sabiamente implantados, hasta el momento uno de los principales obstáculos para su permeabilidad.

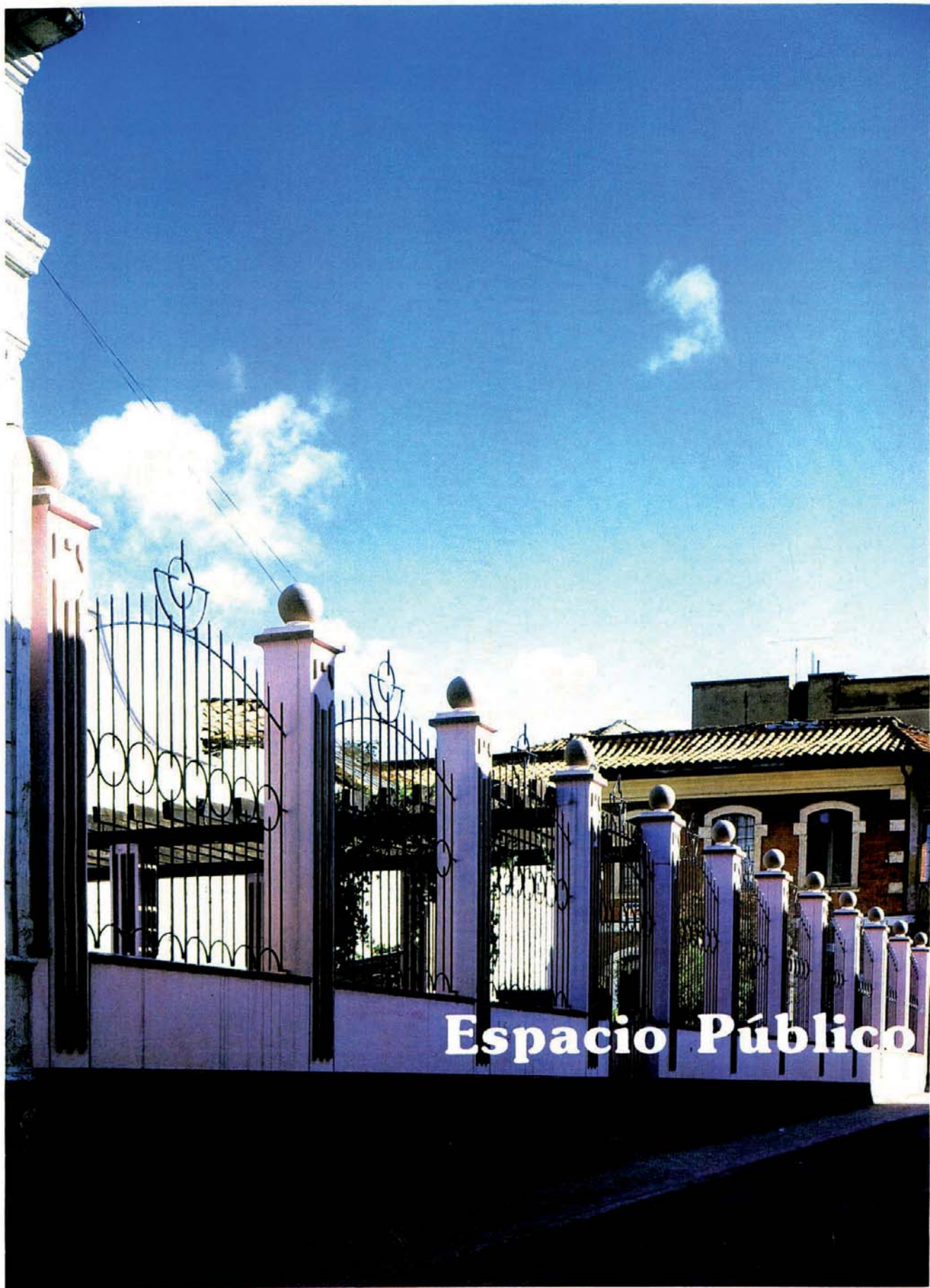
Y las obras empiezan, balanceando su secuencia entre las que mejoran y consolidan el espacio público y aquellas que atienden a la recuperación puntual de valiosos inmuebles que jalonan un recorrido cultural, artístico y arquitectónico intensamente atractivo para propios y extraños que empiezan a descubrir La Candelaria y el Centro como parte vital de la ciudad.

Nota: El autor (F.C.) preparó la presentación de algunos proyectos incluidos en el capítulo de Realizaciones, los otros fueron preparados por Emilio Sanmiguel (E.M.).





Realizaciones

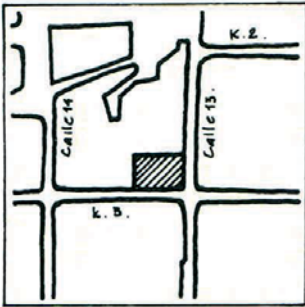


Espacio Público

Sería sumamente prolija la descripción monográfica de cada una de ellas, condición que no exime de la mención de las más relevantes, tanto en el entorno urbano como en las estructuras arquitectónicas, ambos cobijados por el espíritu informador de esta empresa, empeñada por parejo en la detención del deterioro y la desvalorización. La creación de una atractiva competencia con otras regiones de la ciudad y de un ambiente favorable para garantizar allí las inversiones privadas y estatales. El estímulo a la permanencia de sus actuales moradores. La conformación en la zona de nuevas y sanas fuentes de producción y empleo. En fin, la integración armónica del centro y sus barrios documentales a la vida de Bogotá realzando su inmenso valor histórico y cultural.

Realizaciones en el espacio público

Parque Palomar del Príncipe

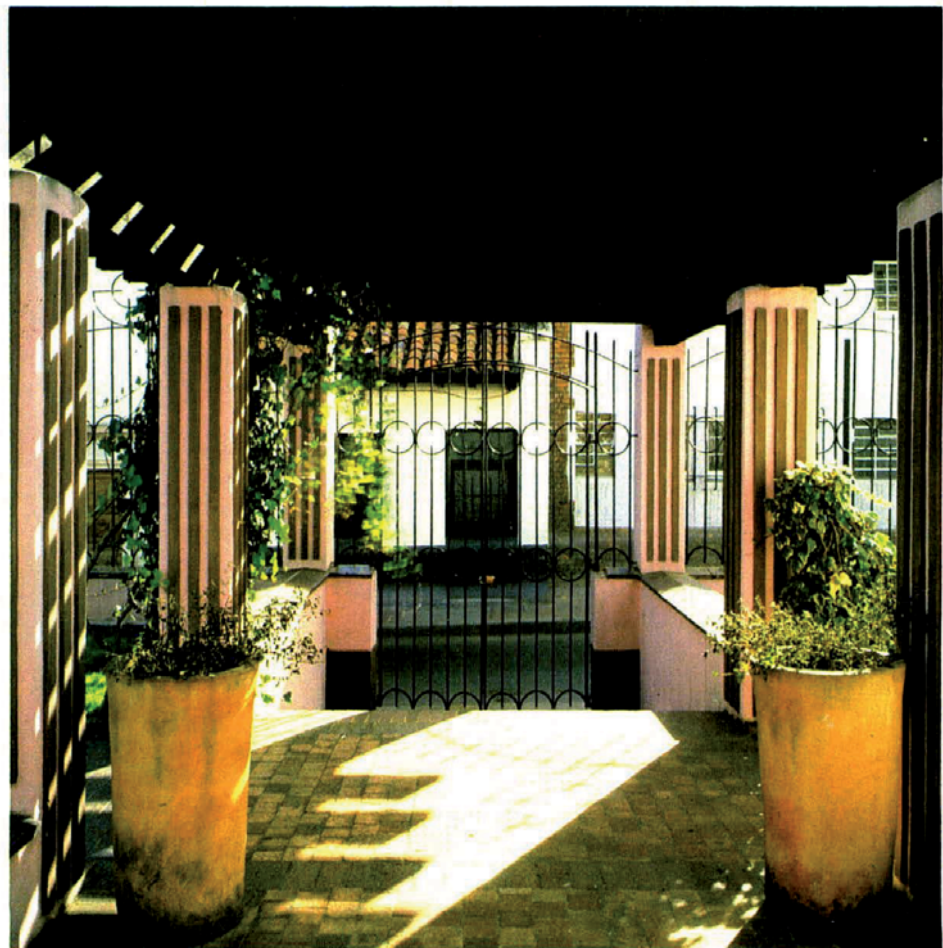


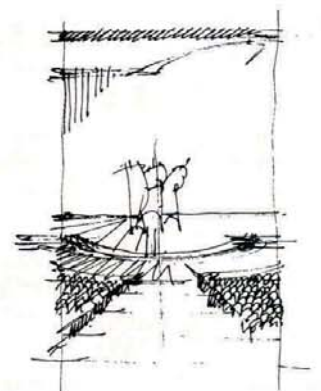
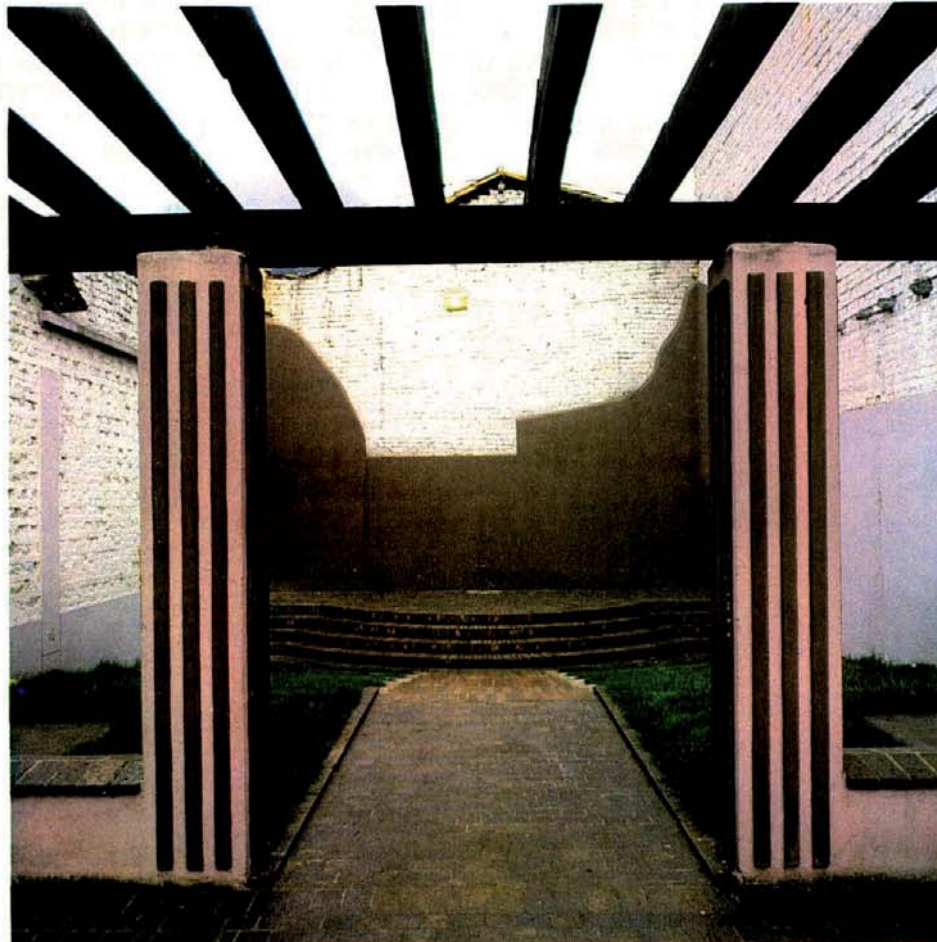
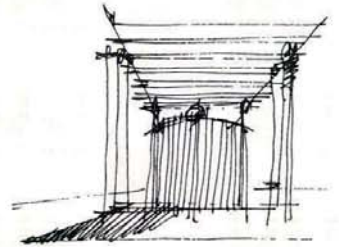
Dos construcciones de la época colonial habían sido demolidas en el lugar que ocupaba el basurero del sector.

La propuesta arquitectónica consistió en la creación de un parque con teatrino al aire libre y zonas verdes.

El problema de paramentación y característica del sector fue resuelto mediante un afortunado diseño de rejas y columnas que mantienen la proporción de la vía y permiten a su vez apreciar la vegetación desde el exterior. El lenguaje arquitectónico utilizado fue contemporáneo, con evocaciones formales de la arquitectura de fin de siglo.

E.S.



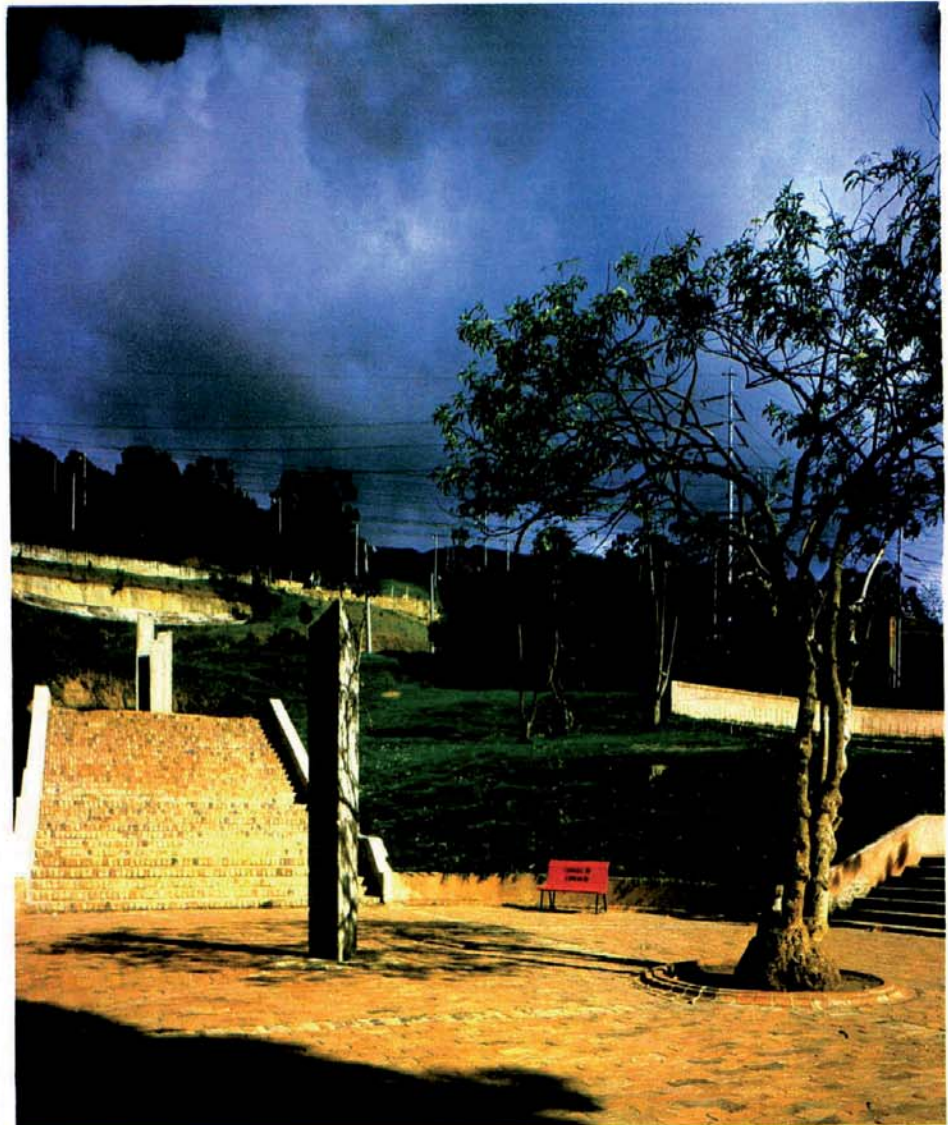


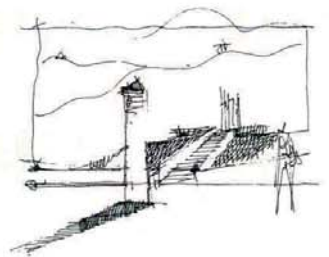
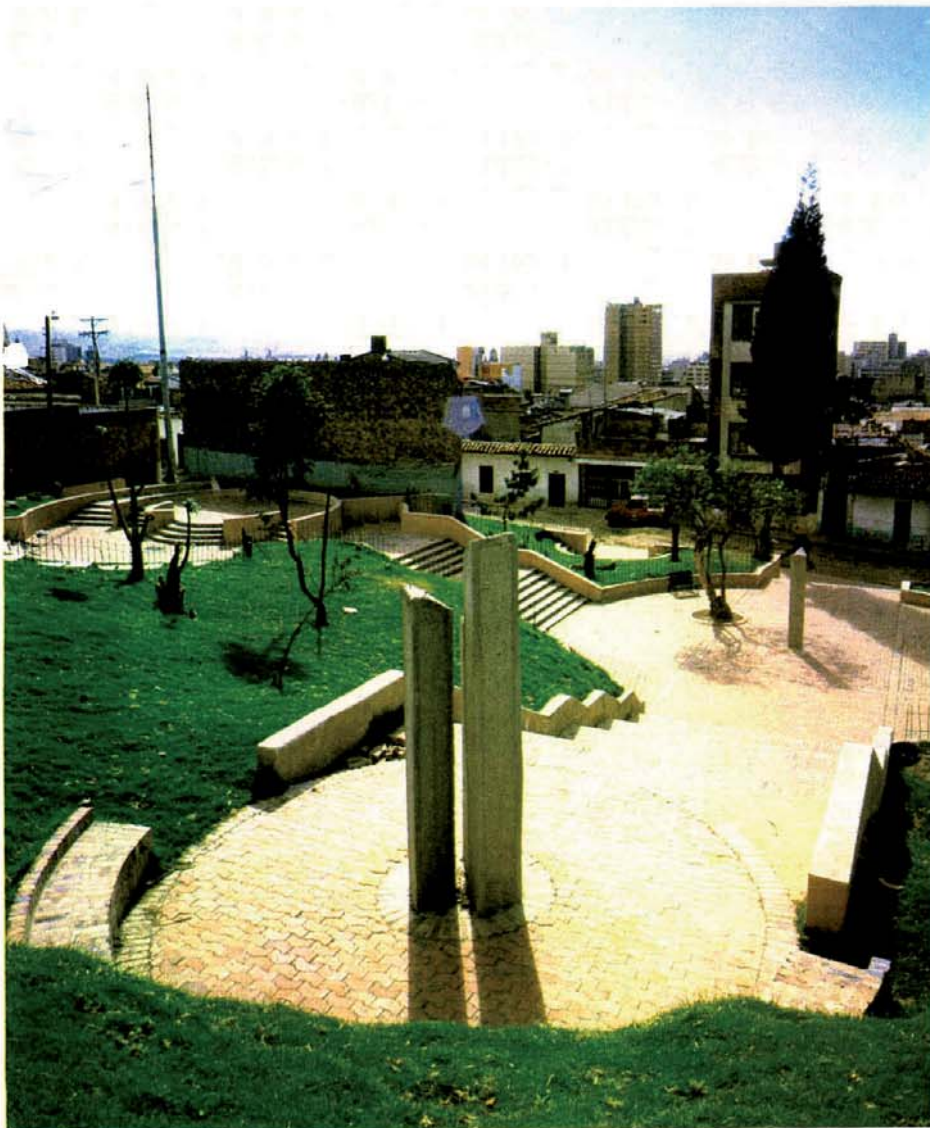
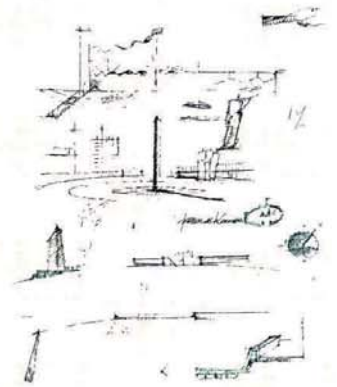
Parque La Concordia



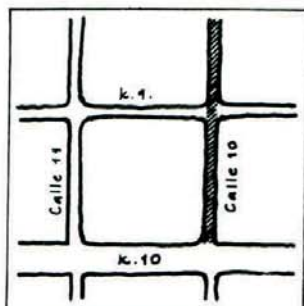
Calle 14 con Carrera 1a. constituye una reafirmación de la imperativa integración del Centro y La Candelaria con el excepcional patrimonio paisajístico y recreacional representado en los cerros orientales. Abre una digna portada de acceso al sector a tiempo que provee a su numerosa población infantil de espacios propios para la práctica de deportes y excursiones. Crea una red de senderos animados con vegetación nativa que conducen hacia el Paseo de Bolívar y extirpa de las inmediaciones preocupantes síntomas de inseguridad y desaseo.

F.C.





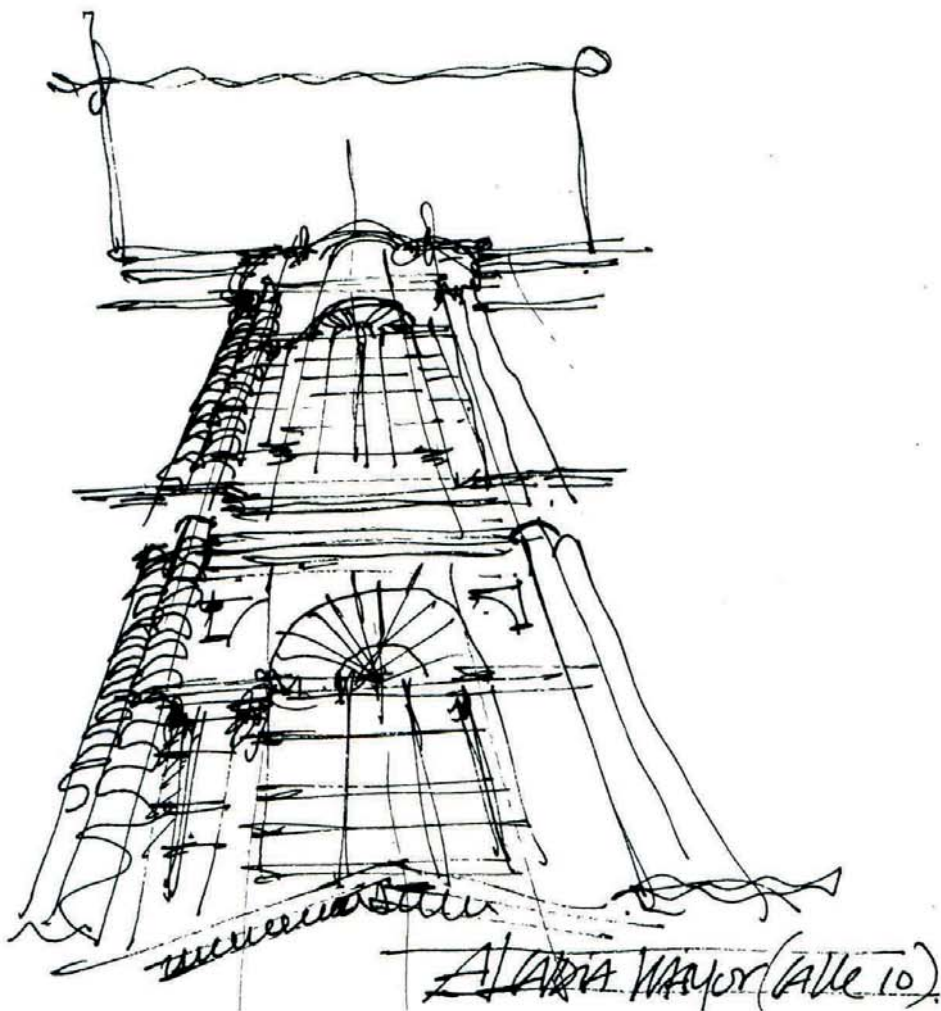
Calle 10, carreras 8a. y 10a.



La remodelación de este tramo vial se inscribe dentro del plan de recuperación y remodelación de la calle 10, que ha propuesto la Corporación.

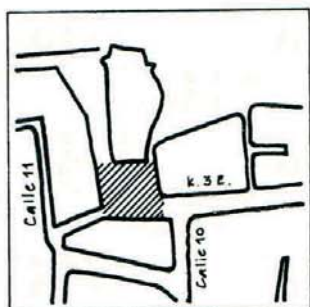
Fue ejecutado por la Secretaría de Obras Públicas, de acuerdo con diseños y planos realizados en la Corporación. Es un proyecto de singular importancia, ya que se trata de una de las vías que conectan a la Plaza de Bolívar con su entorno y está demarcado por la Alcaldía Mayor de Bogotá y la antigua Casa de Los Comuneros.

E.S.

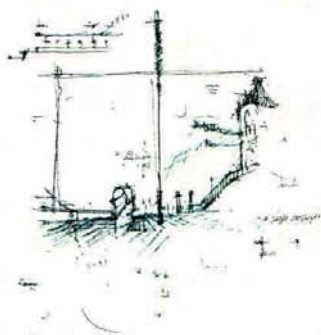
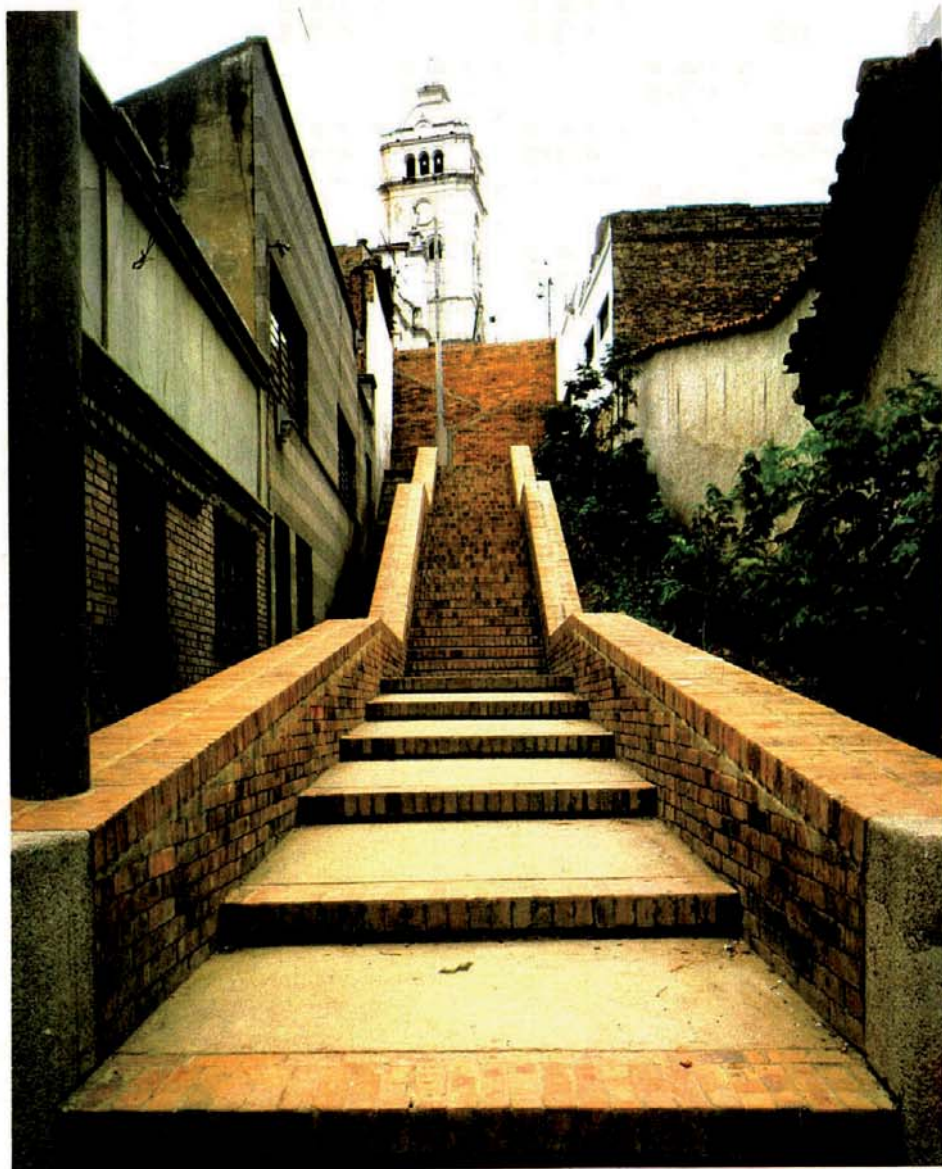


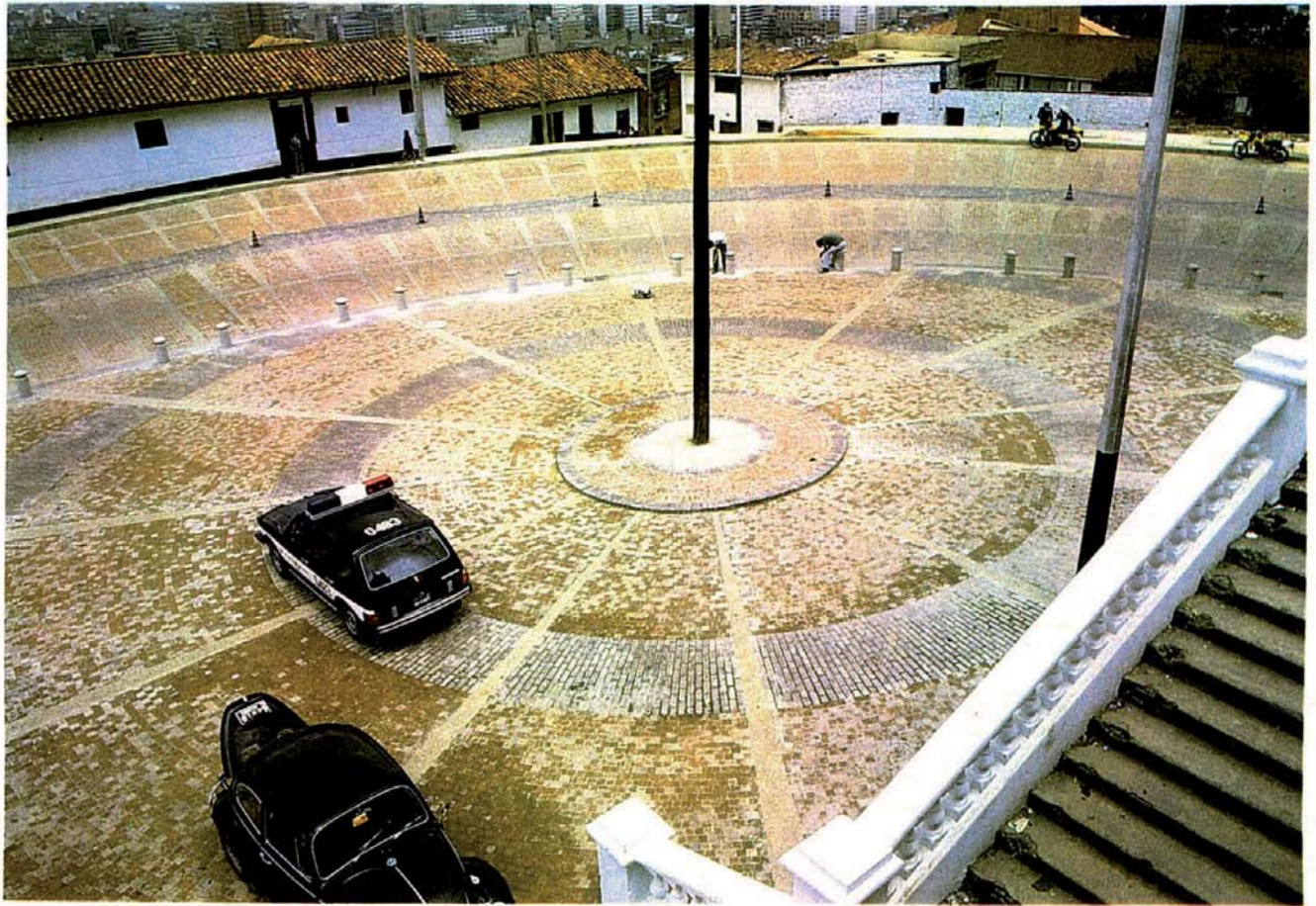


Plaza, barrio Egipto



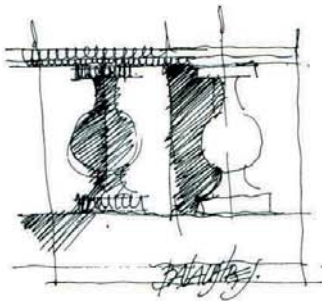
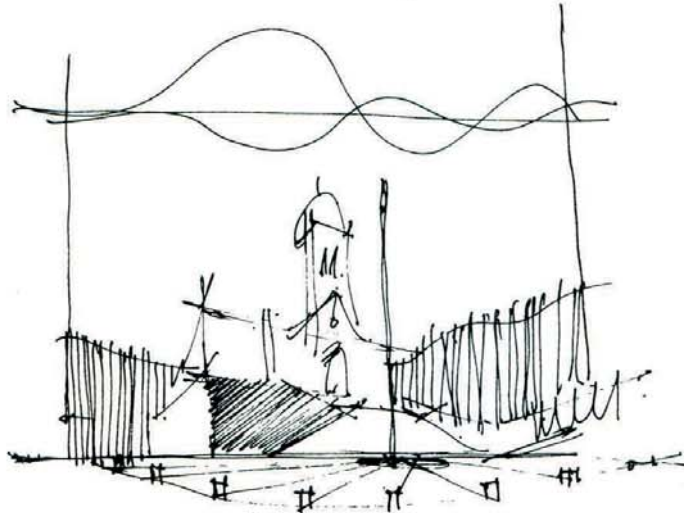
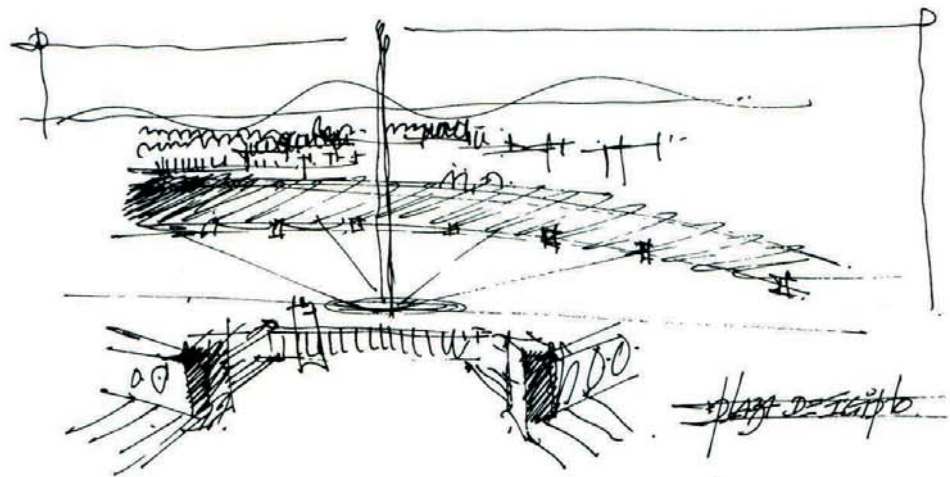
Avenida Circunvalar, Calle 10a. escenario secular de arraigadas tradiciones populares viculadas a la celebración de la fiesta de Los Reyes Magos el 6 de Enero y ámbito del mercado de productos de la provincia cundinamarquesa de oriente desde tiempos inmemoriales, fue gravemente lesionada por la apertura de la Avenida Circunvalar, El trazado de esta vía rápida para abandonar el centro hubiera debido tomar otro rumbo en las vecindades de este venerable y popular sector del sector histórico y evi-





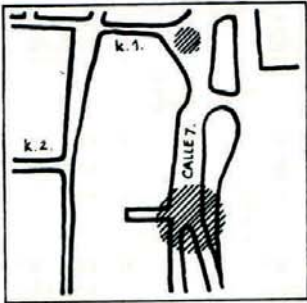
tar así la desmembración de la plaza. Consumado el daño, la Corporación de La Candelaria asumió su reparación, consistente en el manejo y control del tráfico mediante la colocación de un piso adoquinado que desestimulará el paso rápido de vehículos, la colocación de mojones y barreras y, sobre todo, un programa de revitalización integral del barrio centrado en restituirle su conformación a lo largo de la nueva vía, reparar la frontera arquitectónica y erigir un nuevo ámbito para el mercado con facilidades y servicios complementarios para depósitos y disposición de residuos.

F.C.

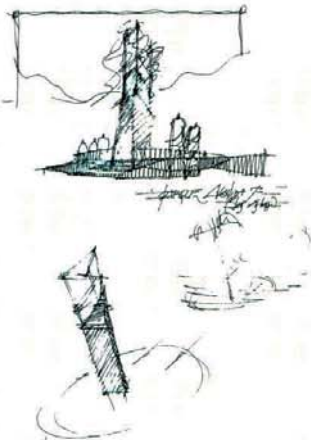


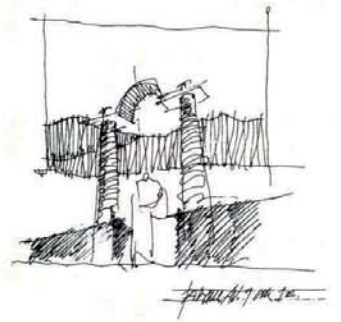
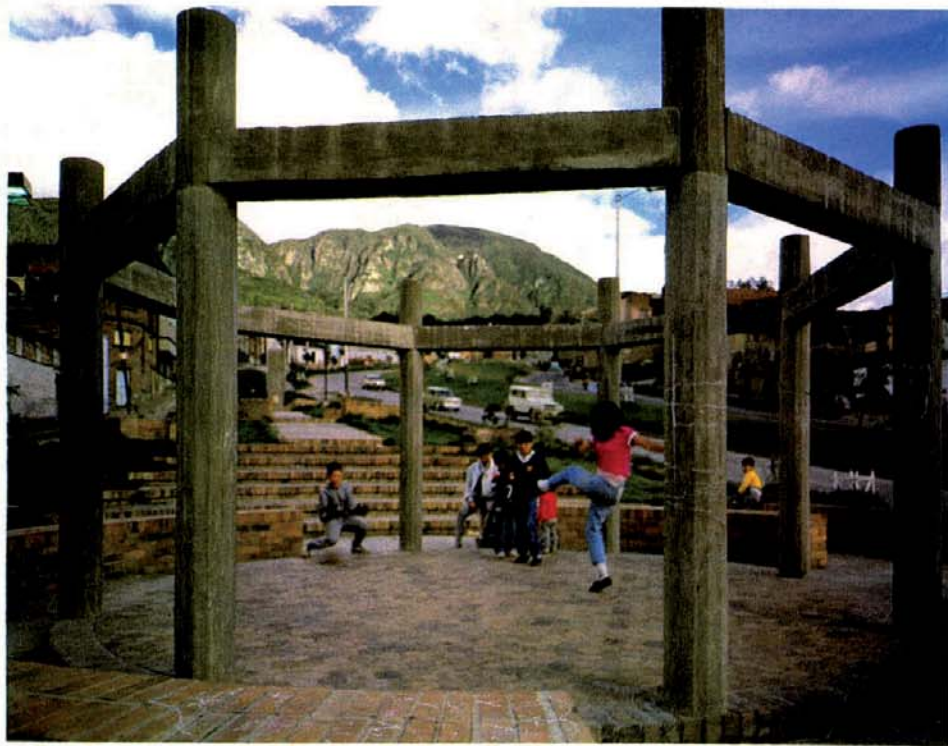


Parq es Calles 7a.

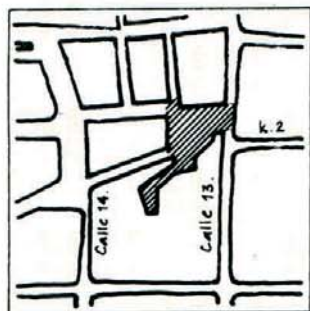


84



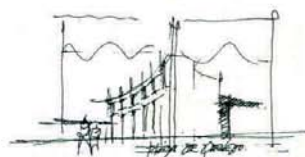


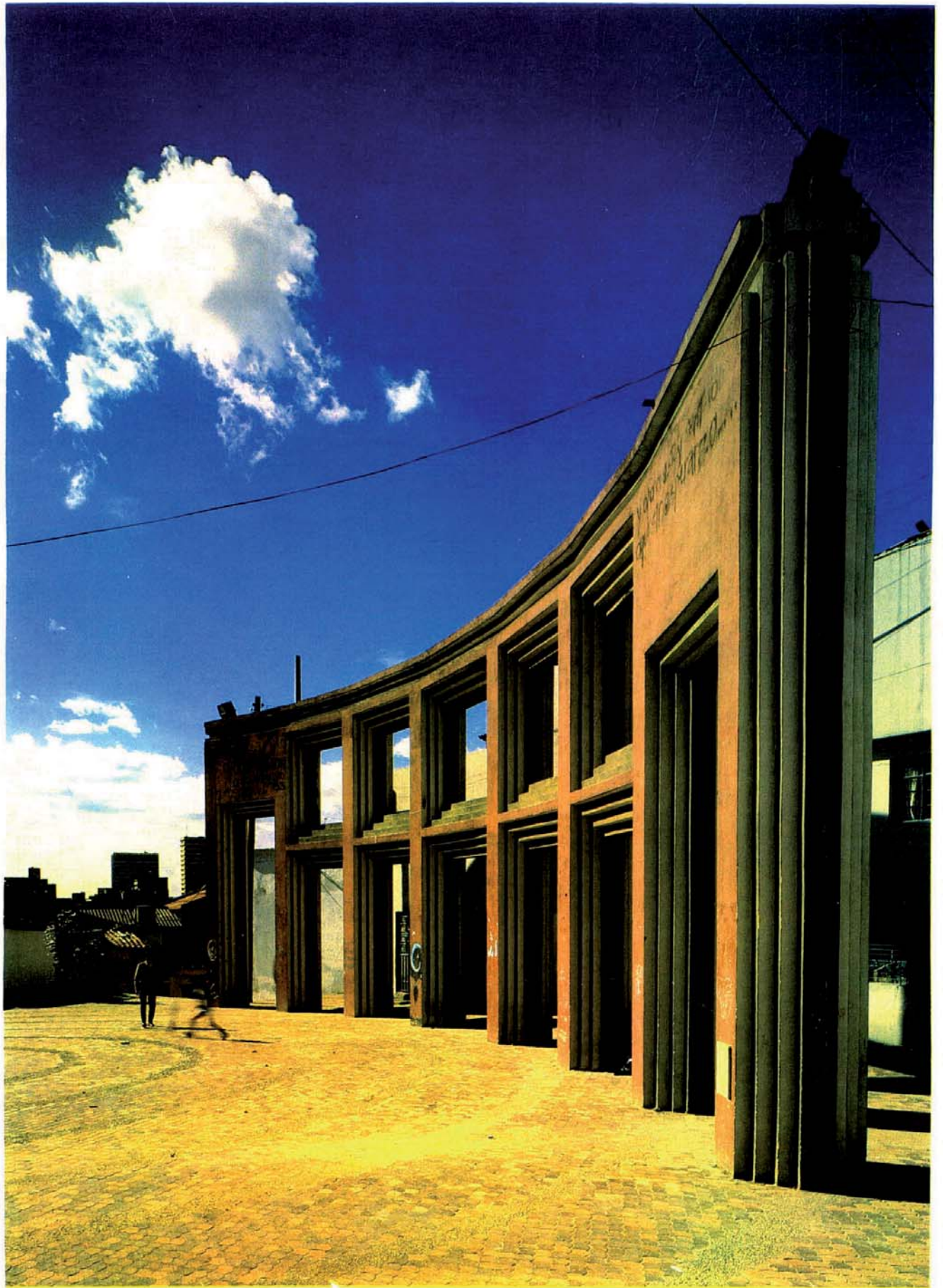
Plaza del Chorro de Quevedo



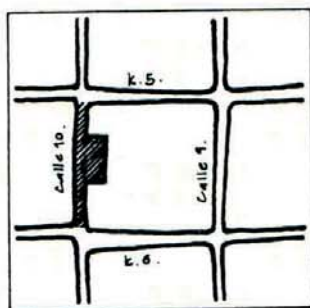
Calle 13, Carrera 2a. y el Parque de la calle del Palomar del Príncipe - Carrera 3ª esquina de la Calle 13 abre la lista de realizaciones en el espacio público. La primera se apoya en su entrañable significado para la historia de la ciudad, como que allí se presume ocurrió su fundación, sin que existan documentos o hechos construidos en su recinto para confirmarlo. No obstante, priva su recoleta y graciosa conformación para restaurar su piso, reubicar una fuente y crear, hacia el interior del espacio, una arcada que obra como telón de fondo del lugar, con algunos árboles que suavizan su austeridad. La segunda empieza a subsanar la carencia de espacios verdes y abiertos, característica de un tejido urbano colonial. Toma un predio ocupado antaño por dos bellas casonas, el cual había derivado en antiestético basurero y lo reviste de una bella verja perimetral soportada en mampostería que se pinta de vivos colores. En su interior se organiza un jardín de especies nativas y un teatrino para representaciones del aire libre.

F.C.



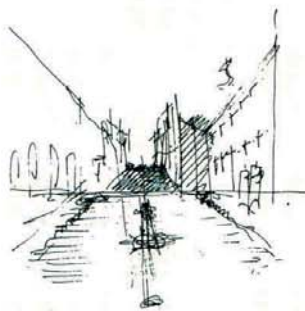


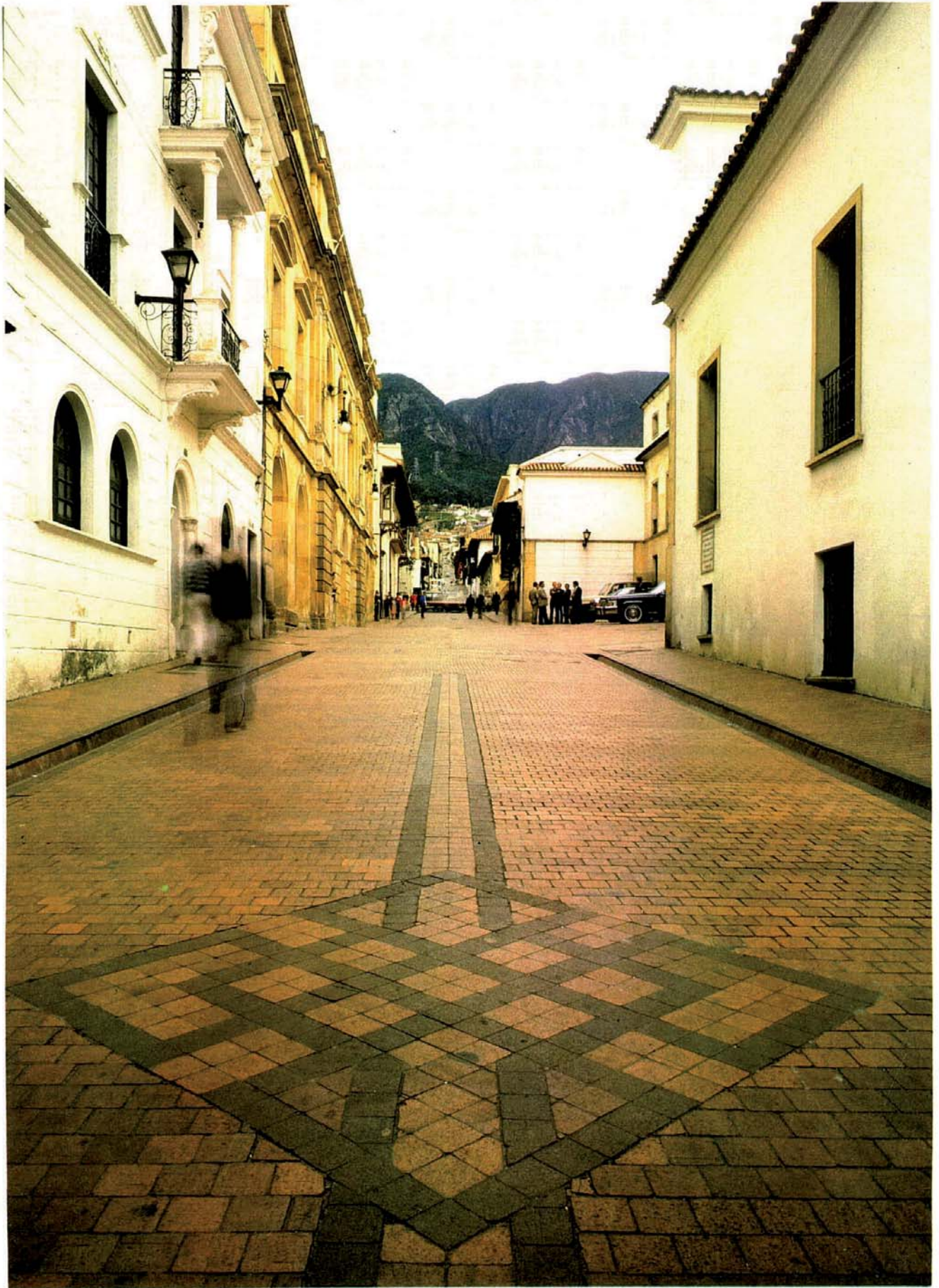
La Cancillería



Calle 10a., Carreras 5a. y 6a. merece cita independiente dada la importancia de los dos inmuebles que, enfrentados, lo conforman: El Palacio de San Carlos, escenario de la escapada septembrina del Libertador, hoy sede del Ministerio de Relaciones Exteriores y en el costado norte, nuestro amado Teatro Colón. Refuerza la trascendencia de la obra el carácter de eje cívico que mantiene la Calle 10. Por esta vía ha circulado, desde hace siglos, nuestra historia, moviéndose de poniente a naciente entre la Plaza de Bolívar y su Capitolio, el soberbio Templo de San Ignacio, el Museo Colonial y muchas de las mejores y más antiguas casonas de la Colonia, sobre la empinada pendiente que conduce a Egipto. El tramo ya restaurado con bellos adoquines, recupera la calzada para el peatón y erradica una desagradable invasión de automóviles que lo usurpó por años.

F.C.





Plan Andenes Plan Mojones



Plan andenes

Los andenes del barrio se encontraban en condiciones físicas y técnicas deplorables. Aquellos que aparentemente eran transitables eran verdaderas trampas humanas debido al material de acabado: Ladrillo tablón de superficie lisa.

El plan de recuperación de los andenes del barrio se inició en 1984 y se ha desarrollado en coordinación con las empresas de Acueducto, Energía Eléctrica y Teléfonos. Estas entidades han actualizado, reemplazado y subterranizado redes que no se tocaban desde el año 1938.

En la actualidad, el 70% del barrio cuenta con los servicios actualizados y andenes de condiciones inmejorables. La Corporación en la remodelación de los andenes ha recuperado sardineles de piedra de tiempos de la Colonia y ha seleccionado materiales de acabado que cumplen no sólo con los más exigentes criterios de eficiencia desde el punto de vista técnico, sino que respetan y asimilan la tradición del barrio y de la ciudad.

Plan mojones

Más de una vez un camión arrancó un balcón de tiempo de los Virreyes por la manera irracional y agresiva como se conduce. En otras oportunidades viejos muros de tapia fueron destruidos por el mismo motivo.

Balcones, muros, ventanales, gabinetes republicanos y los mismos andenes son víctimas constantes de la agresividad de camiones de carga, buses, automóviles particulares.

Cada esquina cada sector del barrio se estudió en este sentido para la instalación de mojones en concreto abusardado que evitan esta forma absurda de conducir y protegen el patrimonio arquitectónico, que es de verdad irremplazable.

E.S.







Estructuras arquitectónicas

Fundamentada en la identificación e inventario iniciales y siempre con la mira puesta en una balanceada gestión entre lo físico y lo social, la Corporación de La Candelaria determina la restauración gradual de los hitos arquitectónicos del barrio, conciliando su importancia estética, documental e histórica con los beneficios comunitarios que de su recuperación se deriven. Unas veces aboca integralmente la obra desde su diseño hasta su construcción y en otras apoya, estimula y patrocina su ejecución coordinada con entidades privadas o estatales. Pero siempre vigilando celosamente el mantenimiento de los objetivos universales y trabajando de consuno con la comunidad. Se destacarán en seguida las ya concluidas sin dejar de mencionar que sobre otros inmuebles avanzan los estudios y proyectos para llevarlos a feliz término antes de la celebración aniversaria del año 88.

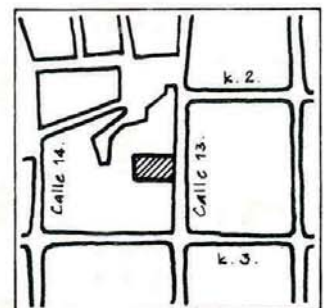
Estructuras arquitectónicas



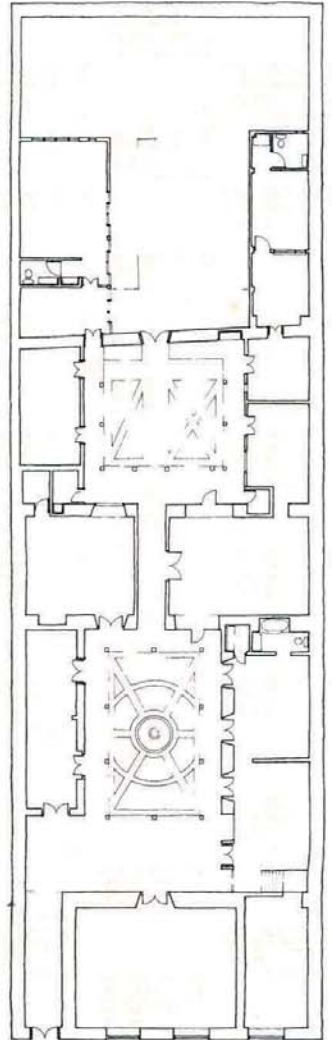
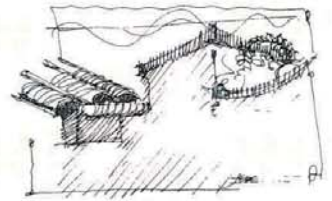
Sede de la Corporación La Candelaria

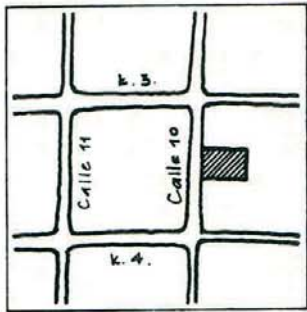
Calle 13, Carreras 2a. y 3a. honra con su belleza y valores los nobles fines de la entidad que alberga y da patente ejemplo de su acción en el barrio. Ajena a toda monumentalidad o boato, su recuperación solo propendió por una digna adecuación para sus oficinas administrativas sin desvirtuar su marcado y encantador acento doméstico. Dos patios y un amplio solar sirven de base a su composición espacial. En ellos, los geranios, las fuentes, las plantas aromáticas medicinales y los frutales del solar, reviven la austera y amable vida santafereña. No faltan allí el ceceo, el arrayán, los duraznos y el tomate de árbol. Realza su notable arquitectura una alegre gama cromática, trasunto de la tradición colorística del barrio, apagada durante muchos años por una norma que intentó, sin éxito, proscribir una tradición atada a la vida del barrio.

F.C.









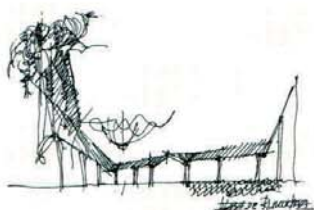
Casa de La Independencia en la calle 10

Calle 10a. entre Carreras 4a. y 5a. comparte los honores de antigüedad con la residencia de Flórez de Ocaris. Originaria de las postrimerías del Siglo XVI, albergó durante la Colonia a los presidentes González Manrique, sirvió de recinto para la firma del Acta de Independencia y, ya en el presente siglo, fue ocupada por la legación de las Naciones Unidas. Su restauración se orientó a reutilizarla para selectos locales comerciales, manteniendo celosamente el documento ornamental introducido en varias épocas de su larga existencia.

F.C.



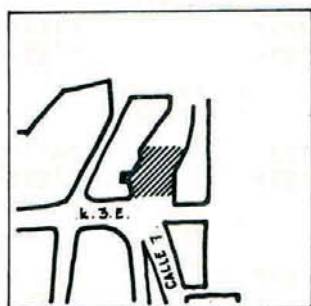
Plaza de mercado Rumichaca



Consistió en la reconstrucción de cuatro cuerpos de galerías de mercado, alrededor de una Plazoleta, con el fin de reemplazar el antiguo mercado de Egipto, ya que éste fue desplazado por la construcción de la Avenida Circunvalación.

El proyecto diseñado en la Corporación, contempla las galerías cubiertas, espacio público y dependencias complementarias. La capacidad física del antiguo mercado se amplió, se previeron lugares de depósito, servicios y basuras, con un lenguaje arquitectónico que preservó las características originales del mercado popular.

E.S.



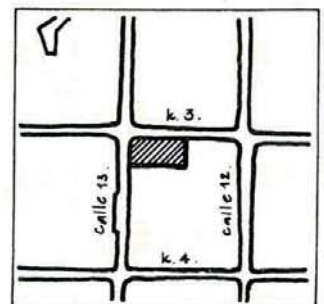
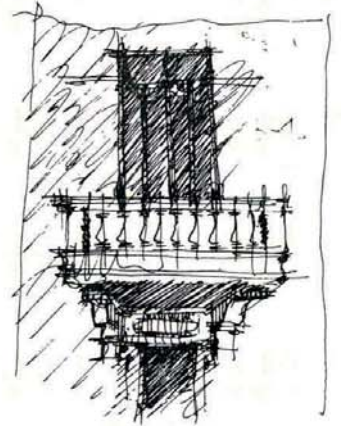
Biblioteca infantil

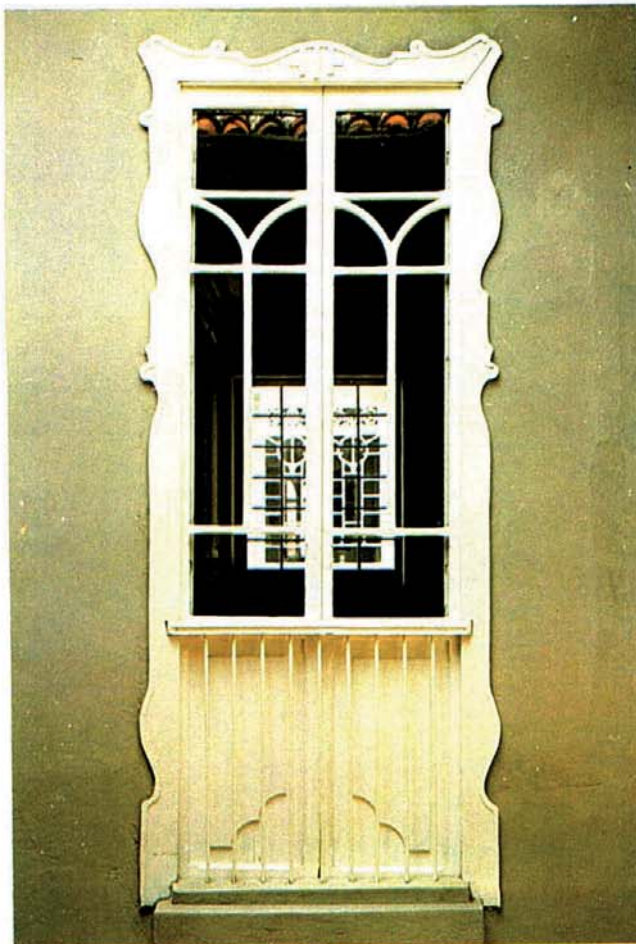
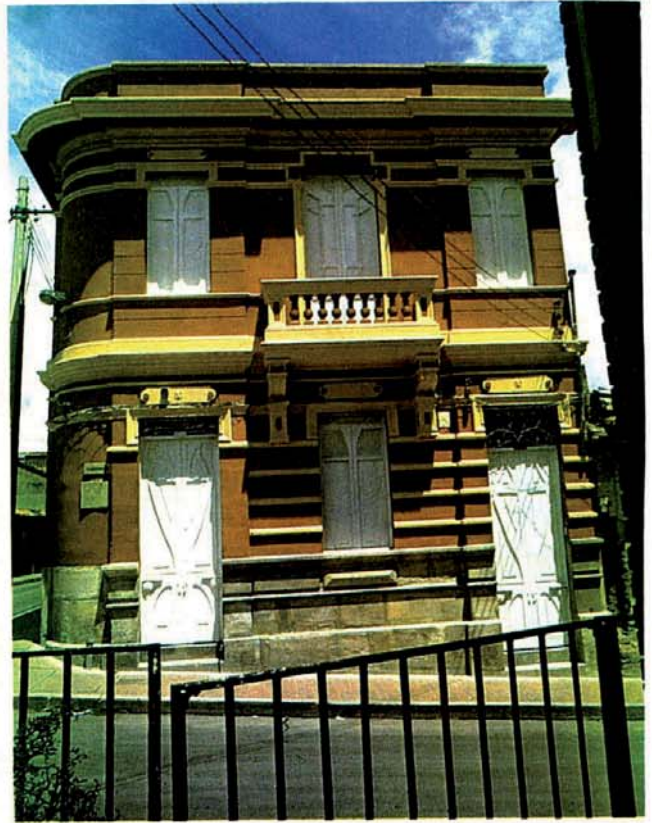
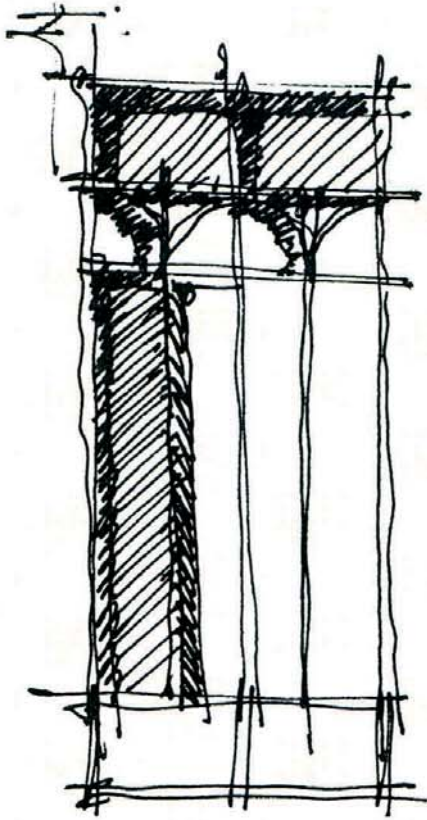
Es un plan encaminado directamente a la población infantil del sector; indirectamente afecta a los padres por los alcances de los programas.

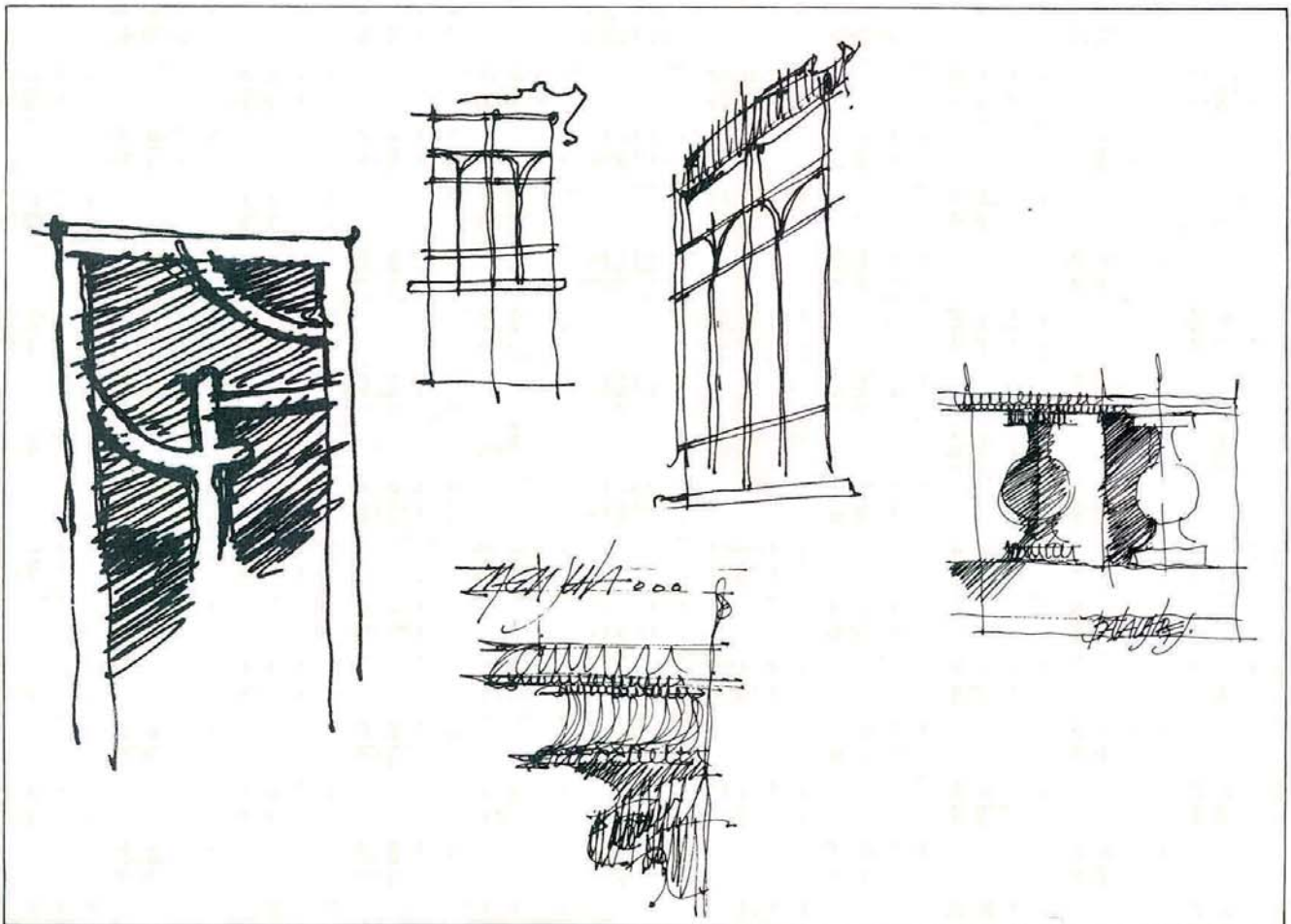
Una casa de principios del siglo XX, con diversas influencias arquitectónicas, incluida la carpintería "art nouveau" y yesería de estilo francés, fue remodelada y adecuada para uso de biblioteca infantil.

La biblioteca es manejada directamente por la Asociación para la Divulgación del Libro Infantil y Juvenil. Se trata de un proyecto piloto único en el país y con proyecciones cada día mayores. Los niños vienen, leen, juegan, se distraen y poco a poco aprenden el amor por la lectura a través del libro. Los padres participan en cursos y experiencias para favorecer los propósitos del programa: No toda diversión debe ser deporte, también la lectura es grata e importante.

E.S.









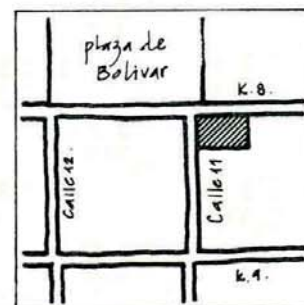
Casa de los Comuneros

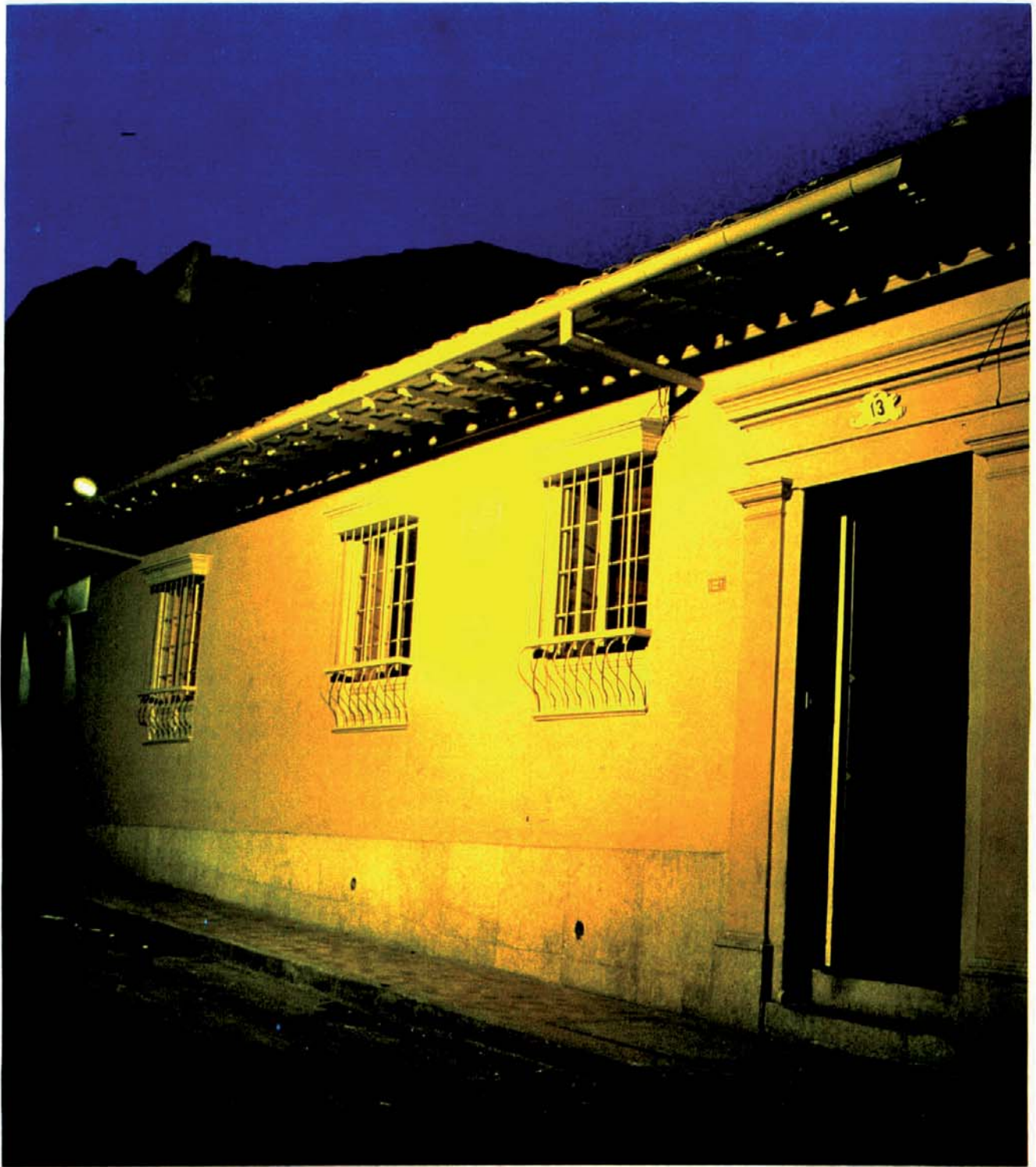
Esquina suroeste de la plaza de Bolívar se conoció por casi un siglo por el nombre de su más prolongado propietario, el Señor Flórez de Ocaris. Puede afirmarse, sin mayor riesgo de error, que es la más antigua del sector y, como tal, soportó los más diversos usos hasta su recuperación definitiva hace dos años. Hoy ostenta una de las más bellas muestras de pintura mural en la arista de su cubierta y rastros magistralmente salvados por expertos de avisos exteriores pintados al temple que anuncian la sastretería que allí funcionó hasta finales del siglo pasado. Su nueva vida se dedicará a recibir los documentos de la gesta comunera.

F.C.



105





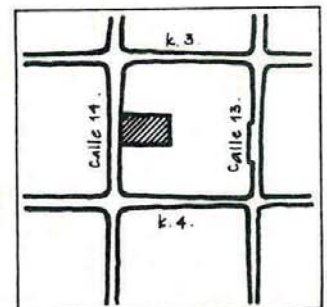
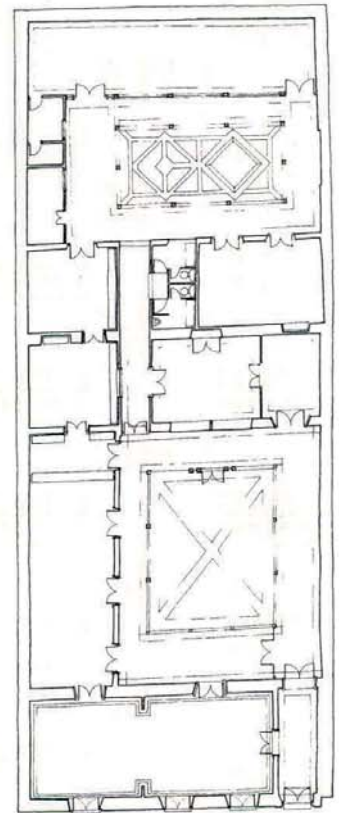
Casa de Poesía "Silva"

La casa donde murió José Asunción Silva del 24 de mayo de 1986 se había convertido en sórdido inquilinato, que difícilmente permitía vislumbrar que había sido escenario de tiempos mejores. La restauración, ejecutada en un lapso menor a un año, redescubrió las maravillas de la arquitectura republicana, el colorido original de tiempos del poeta, la sencillez del antiguo patio enlizado en piedra y la riqueza fantástica de los innumerables yesos y cornisas que decoran los cielos rasos de los salones. El uso: Casa de Poesía, con salas de lectura, fonoteca especializada, cafetería y salón múltiple. La colección que albergan los depósitos posee cerca de 5000 volúmenes especializados en el tema.

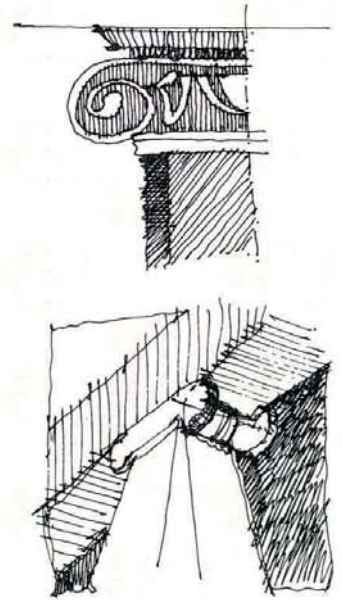
Se colocaron grandes bastidores de madera sobre el corredor de los antiguos depósitos para crear el espacio de la actual gerencia. Con los patios y jardines se logró un trabajo ejemplar: El primero y principal, alrededor de la fuente presenta plantas ornamentales típicas de un patio de la época. En el segundo y siguiendo la tradición predominan las plantas medicinales y yerbas aromáticas. El gran solar contiene los más representativos árboles. Ceceo sabanero, arrayán, fresno, amarrabonos, pero, manzano, durazno y tomate de árbol.

Las habitaciones y salones se remodelaron para dar cabida a las oficinas de los funcionarios.

E.S.

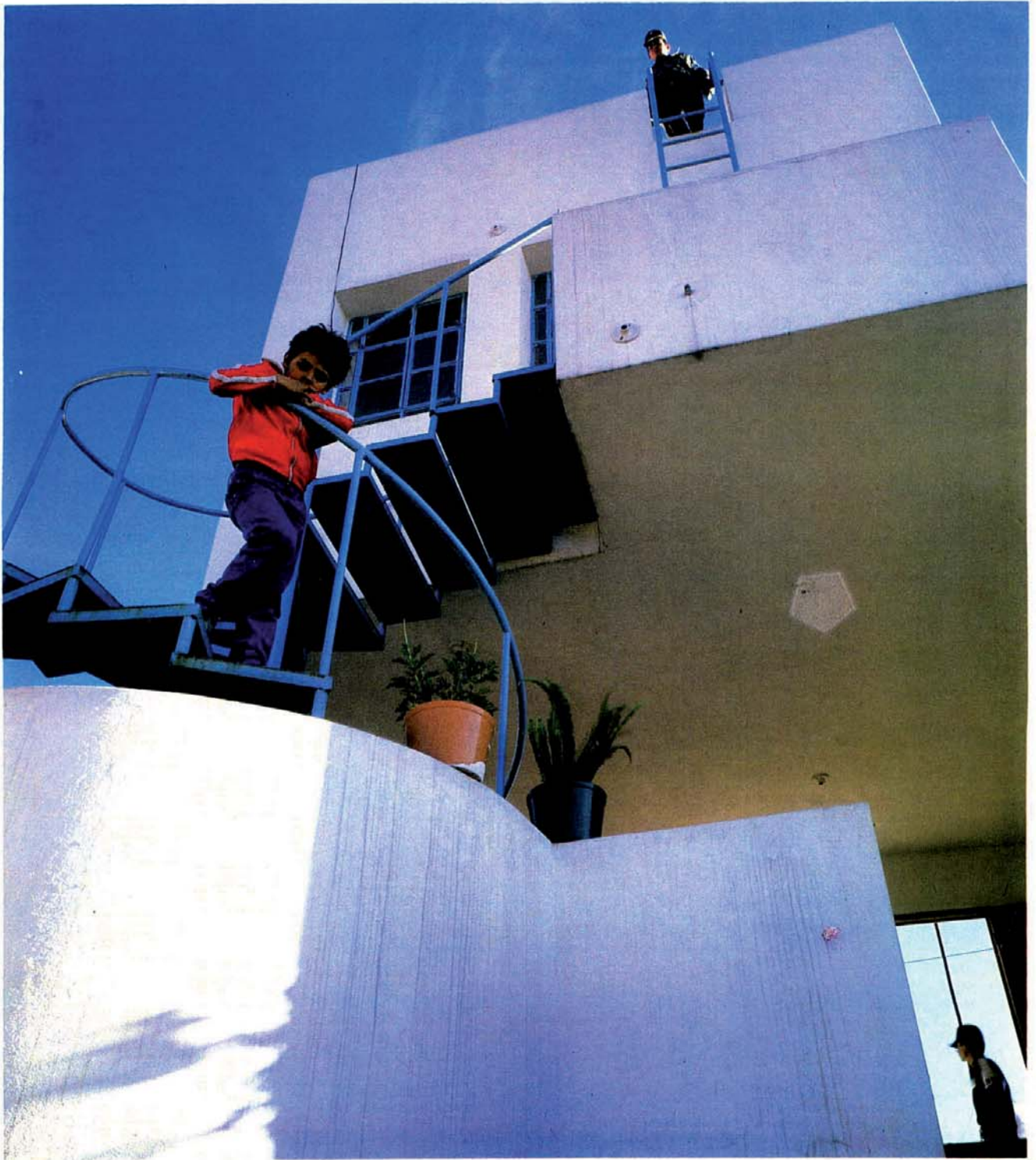




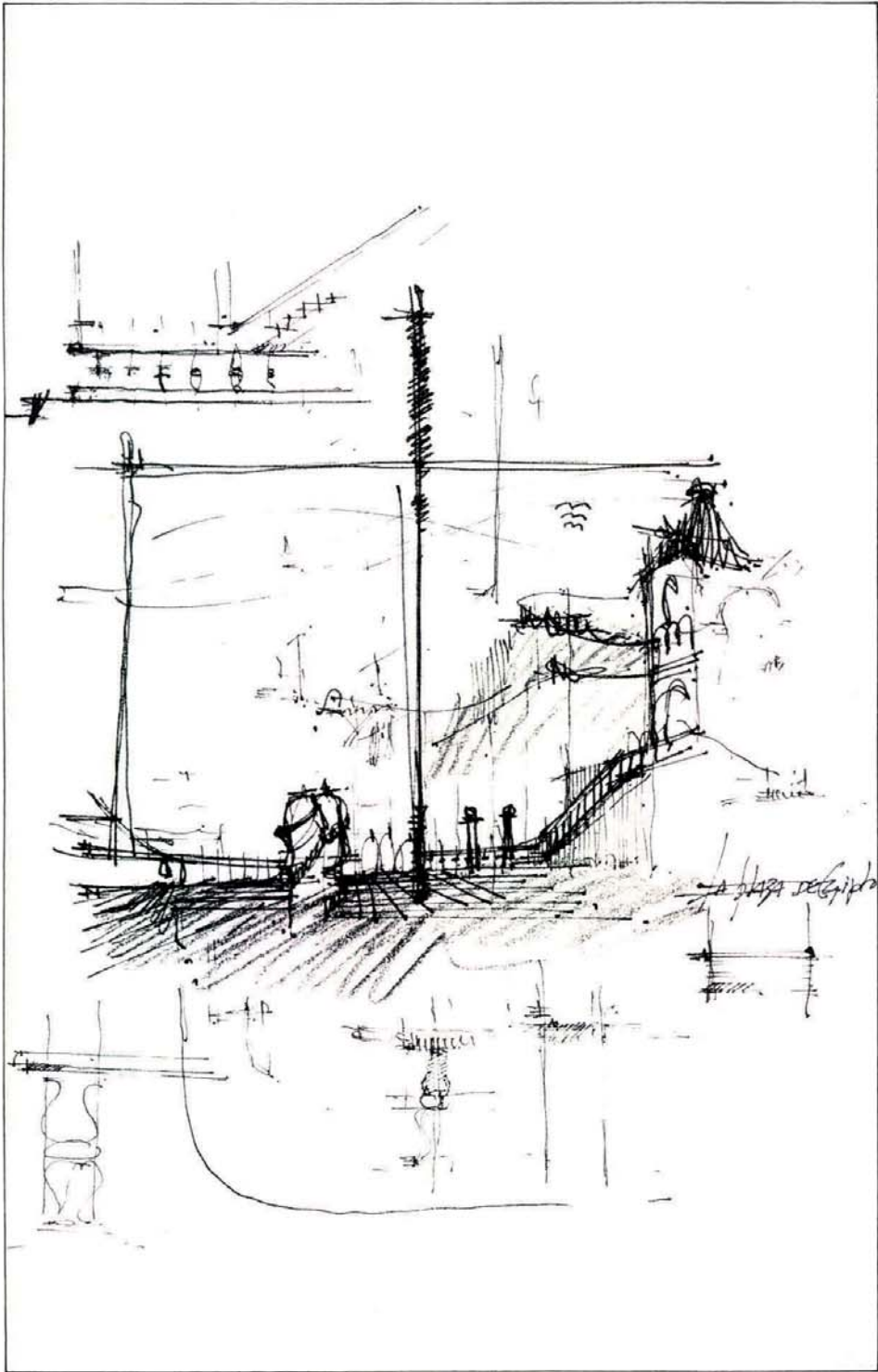




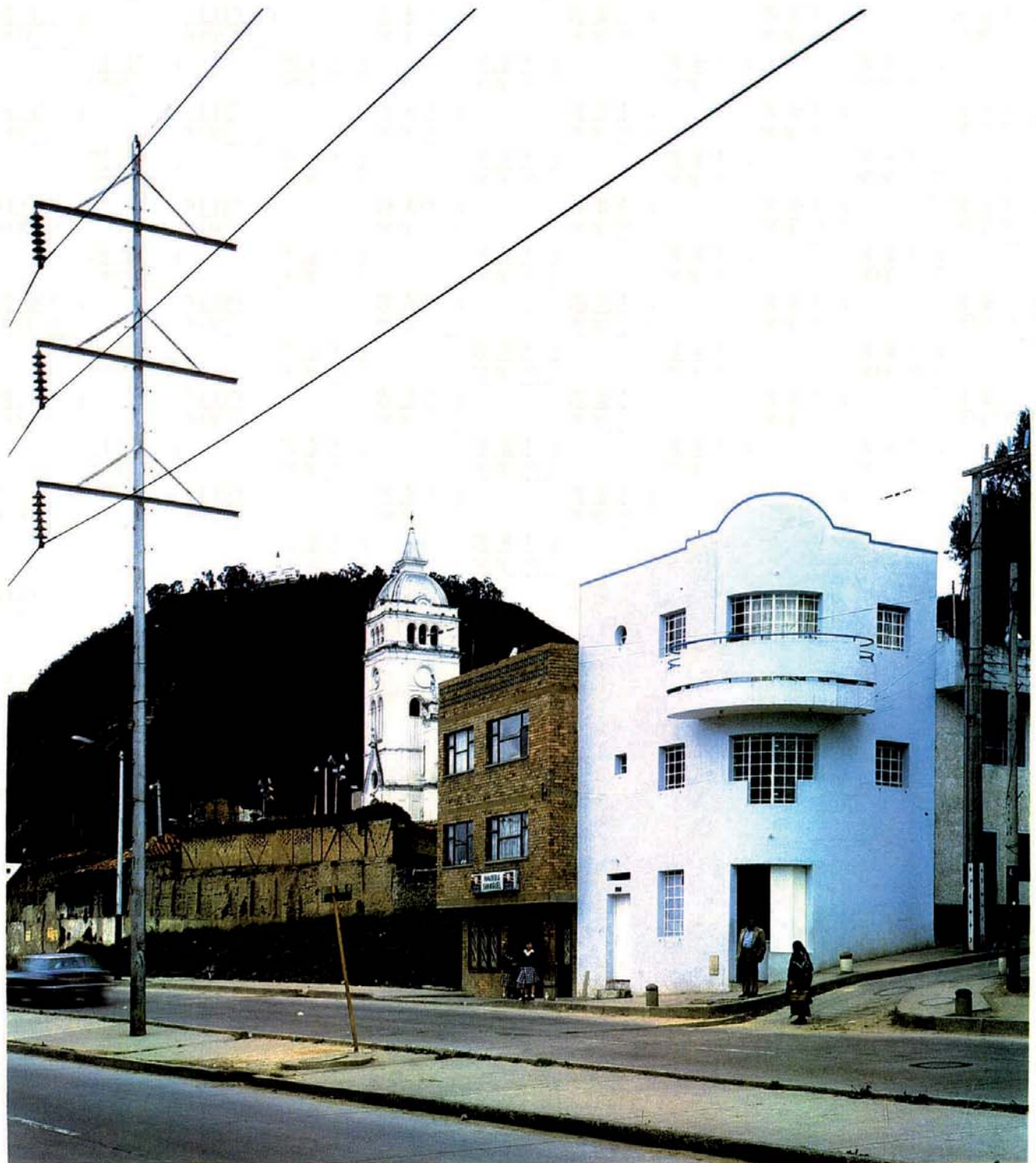


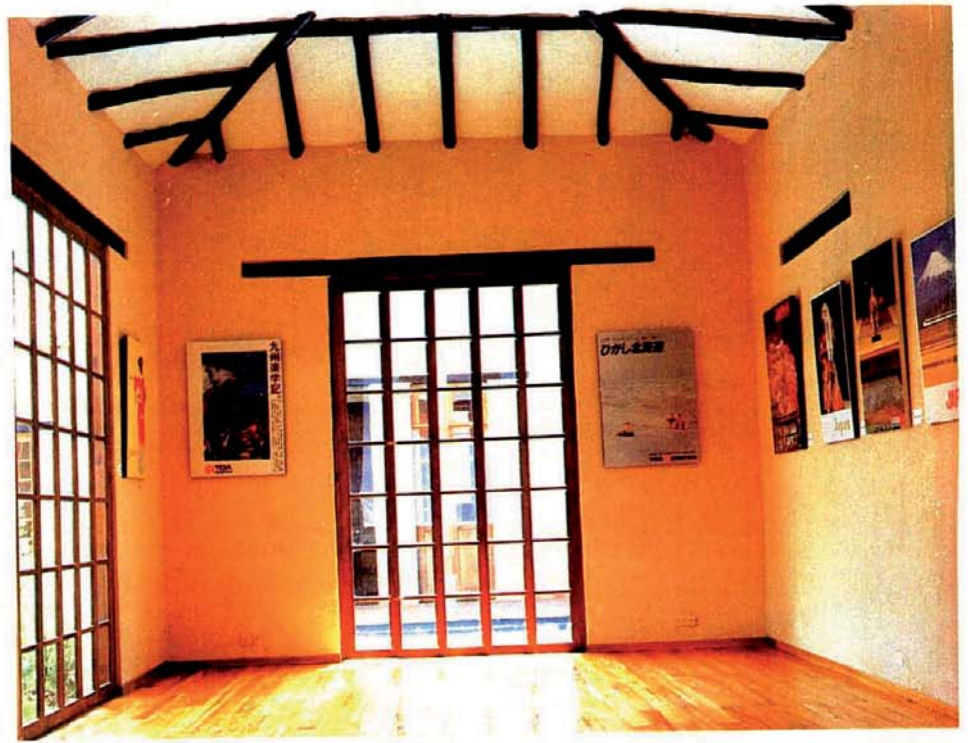


Servicios comunales







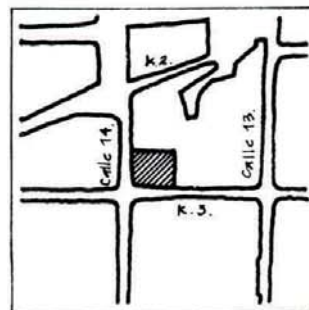
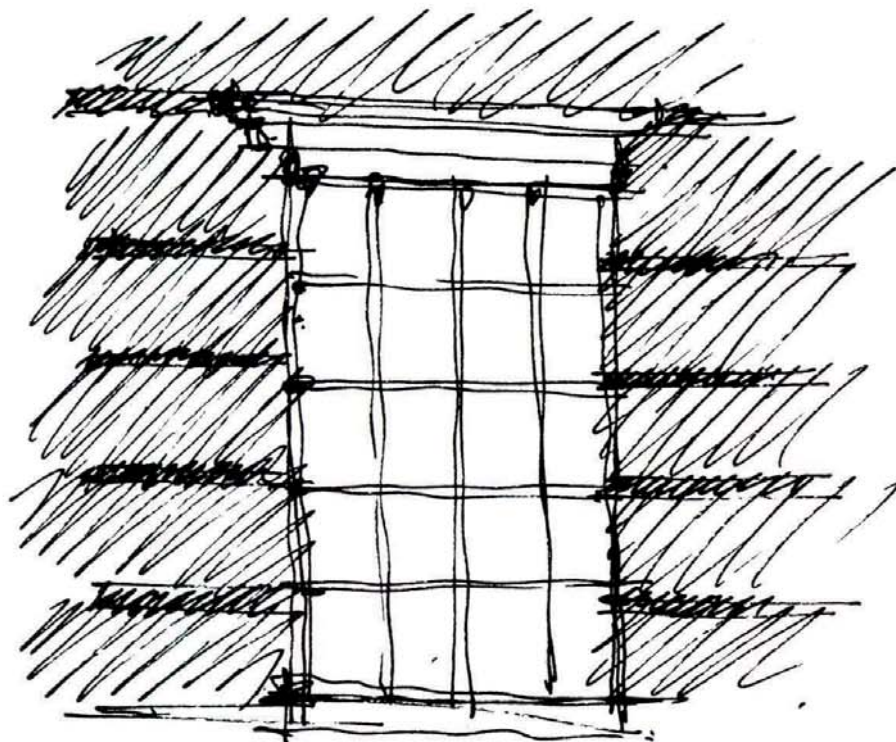


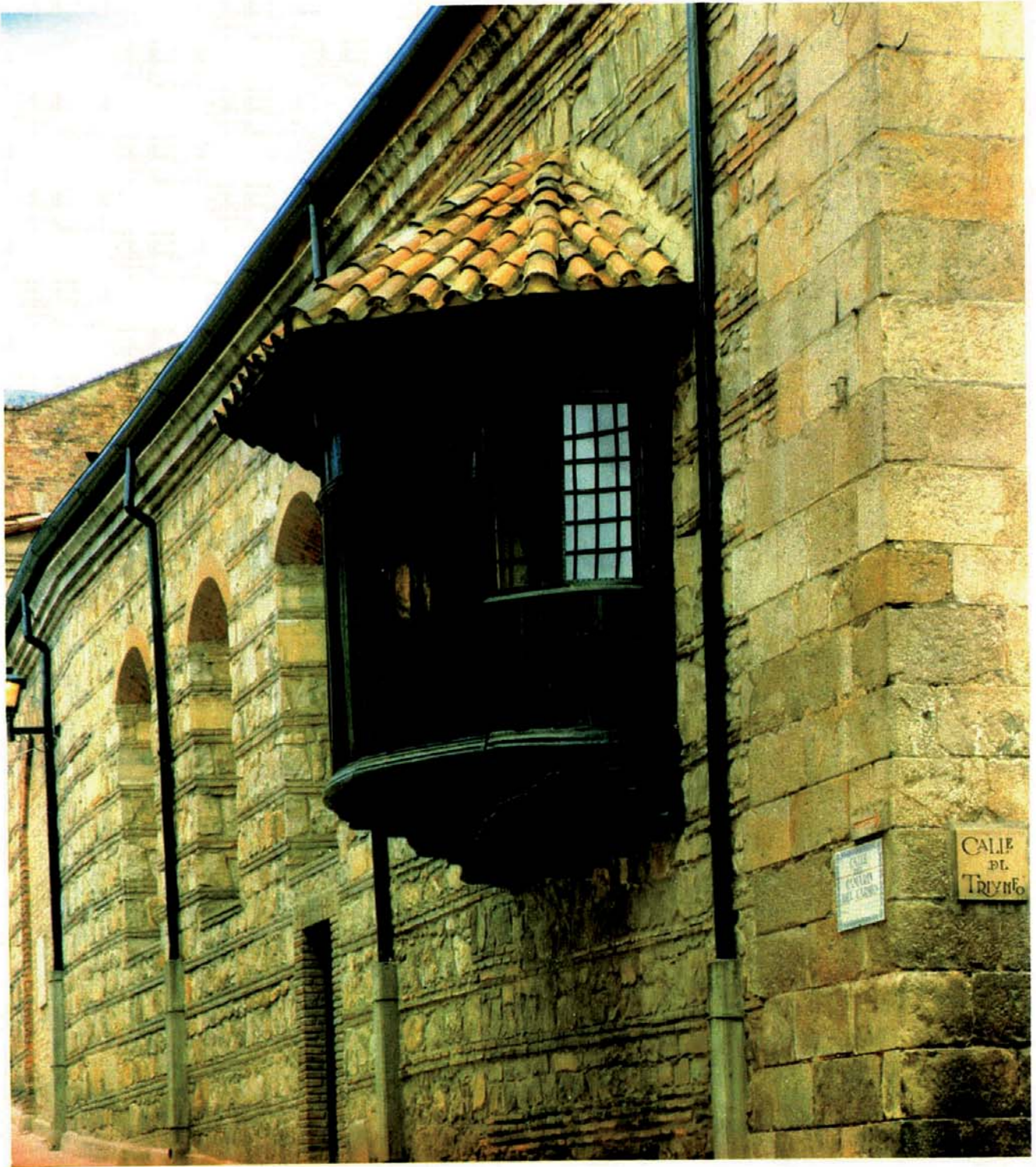
Casa Calle 14

El predio sólo conservaba de la arquitectura que ocupó el lugar, el plano independiente de la fachada y algunas ruinas en el interior. La Corporación lo entregó a la Asociación de Exbecarios del Japón quienes reconstruyeron y remodelaron la estructura arquitectónica para sede de la Asociación.

Esta contempló aulas y salas de exposición para clases y exhibiciones relacionadas con los distintos temas de la cultura japonesa. Particularmente es interesante la propuesta de los patios, en los que se diseñaron jardines al estilo japonés, con mezcla de plantas exóticas y especies nativas.

E.S.

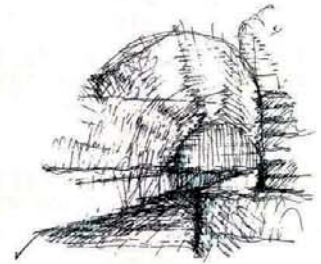




Camarín del Carmen

Calle 9a., Carrera 5a. ha servido desde hace años como viñeta-símbolo de la ciudad y su patrimonio arquitectónico, sin que su conservación corriera pareja con su prestigio. Buena parte de la iglesia a la cual servía fue demolida y el mismo gabinete alcanzó notable deterioro. Consciente de la importancia de su rescate, la Comunidad Salesiana, propietaria del inmueble, estableció un comodato con el Distrito Especial con miras a su restauración. Hoy, a punto de culminar los trabajos, el barrio y la ciudad no solo recuperarán su símbolo sino que en el ámbito interno se dispondrá de dos salas culturales con capacidad para 500 personas y amplia versatilidad para representaciones y conciertos.

F.C.

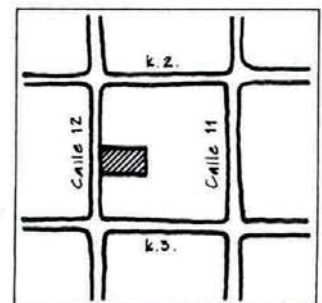
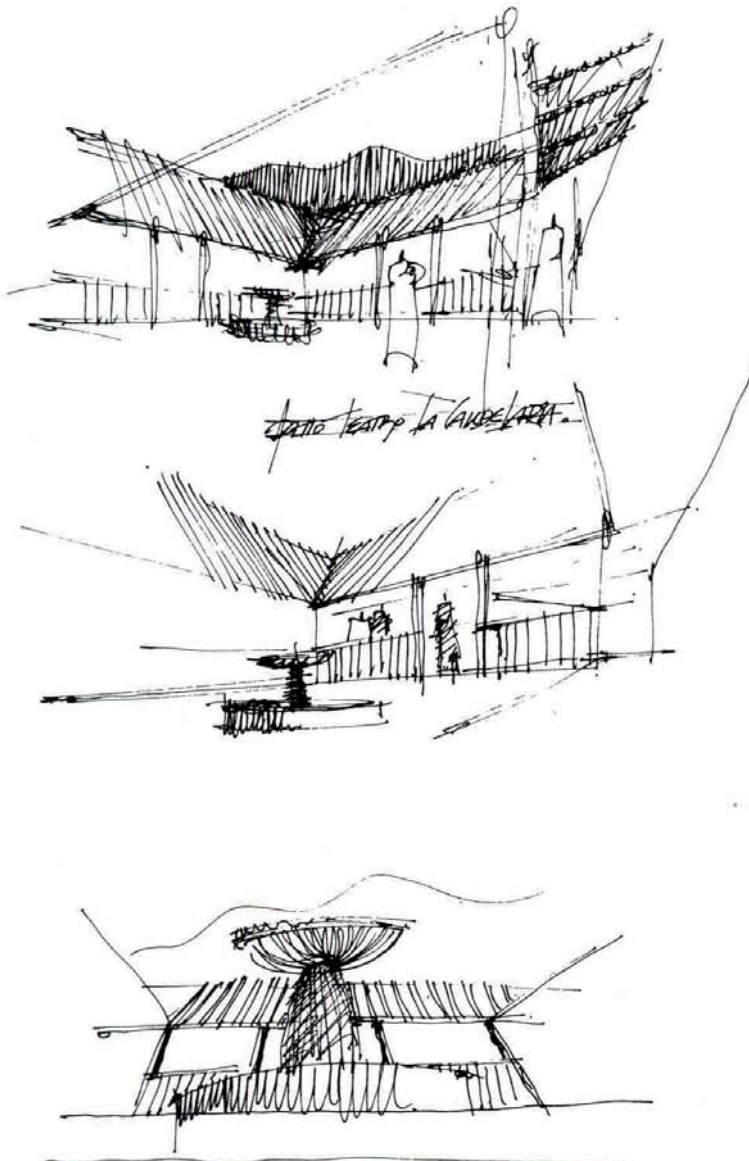




Teatro La Candelaria

Calle 12 Carreras 2a. y 3a., resume en su nombre una de las funciones a las cuales el barrio debe en gran medida su renacimiento. Sobre la antigua casona del siglo XVI que lo acogió como sede, el grupo escénico suscribió con la Corporación un convenio para su reciclaje, en el cual se funden los dos benéficos propósitos: reforzar en la zona la actividad artística y dar segunda vida a la casa que la alberga.

F.C.



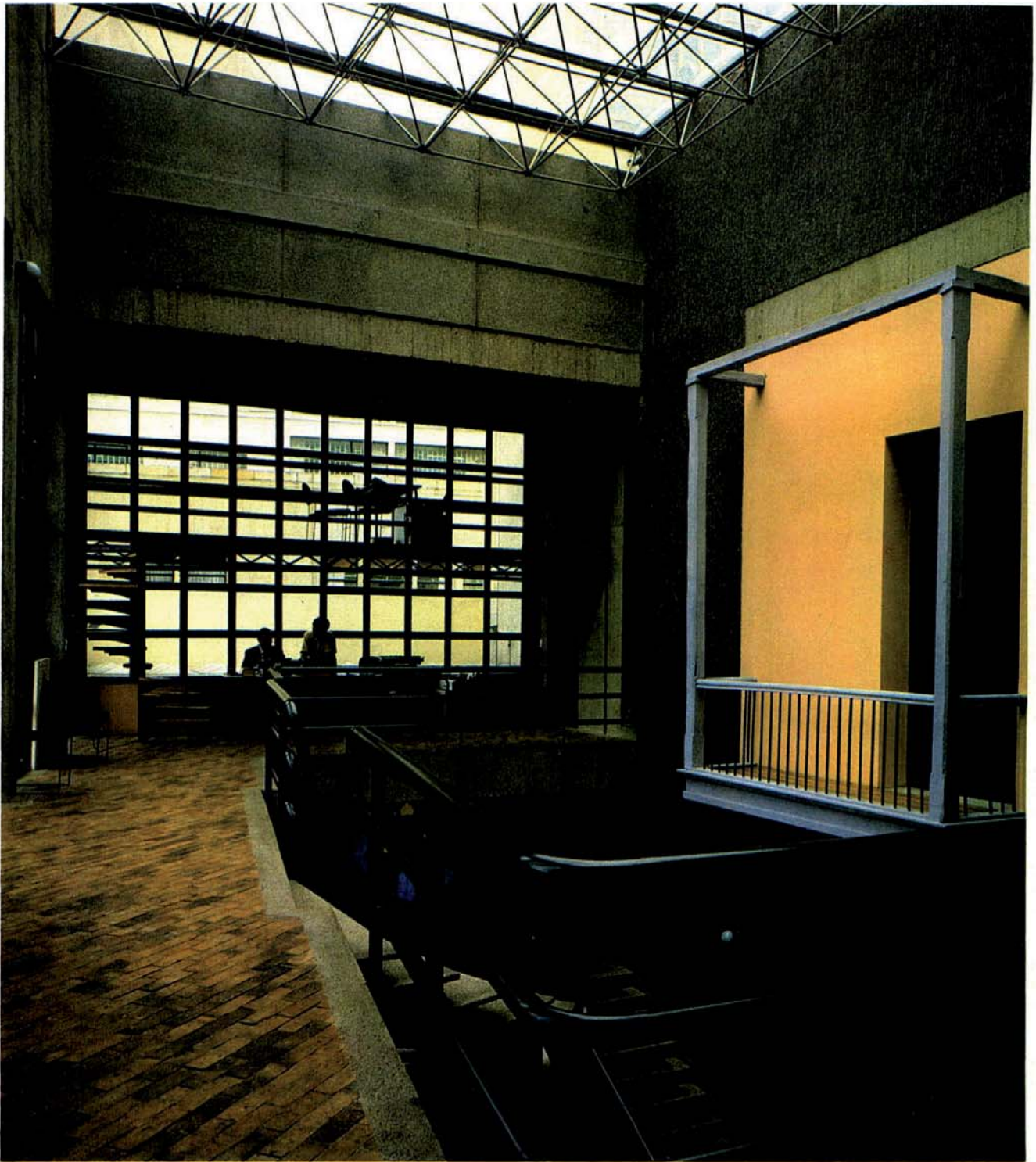


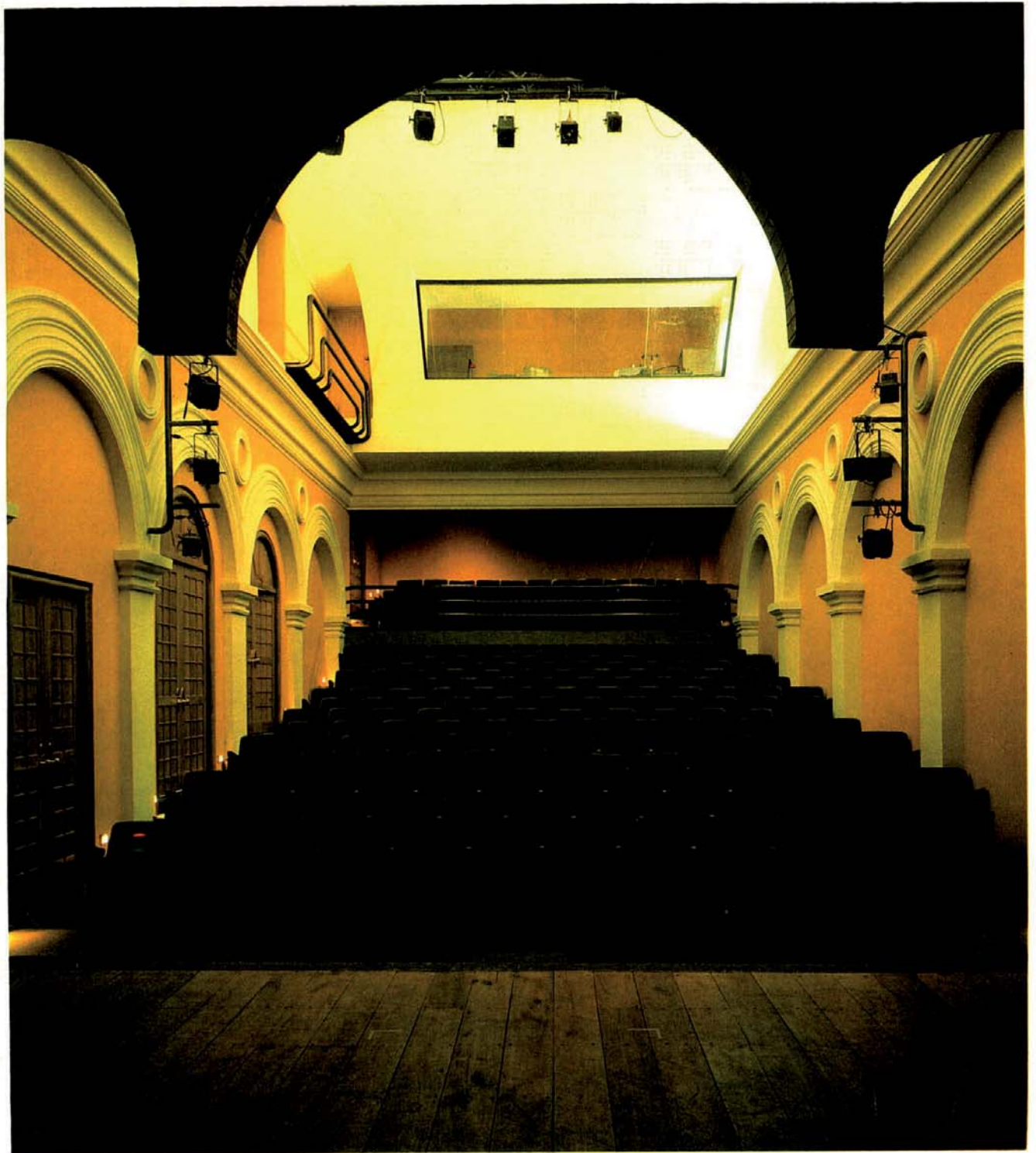
Actual Teatro Popular de Bogotá Antiguo cinema "Odeón"

Carrera 5a. esquina Avenida Jiménez de Quesada constituye para muchos bogotanos el más vivo recuerdo del Bogotá del Centenario y una de las estructuras arquitectónicas más representativas del sector. Desde hace muchos años es sede de Teatro Popular de Bogotá, meritoria entidad que ha luchado a brazo partido por su mantenimiento y el de su bella sede. Hoy, gracias a la acción concertada de la Corporación y el TPB y varias entidades financieras con fe inquebrantable en la actividad cultural, la sede ha sido bellamente restaurada con todos los refinamientos de la tecnología contemporánea y, en breve, su entorno correrá con la misma fortuna. El centro de la ciudad tendrá allí un digno portal de acceso y la actividad teatral un ámbito bello y reminiscente.

F.C.

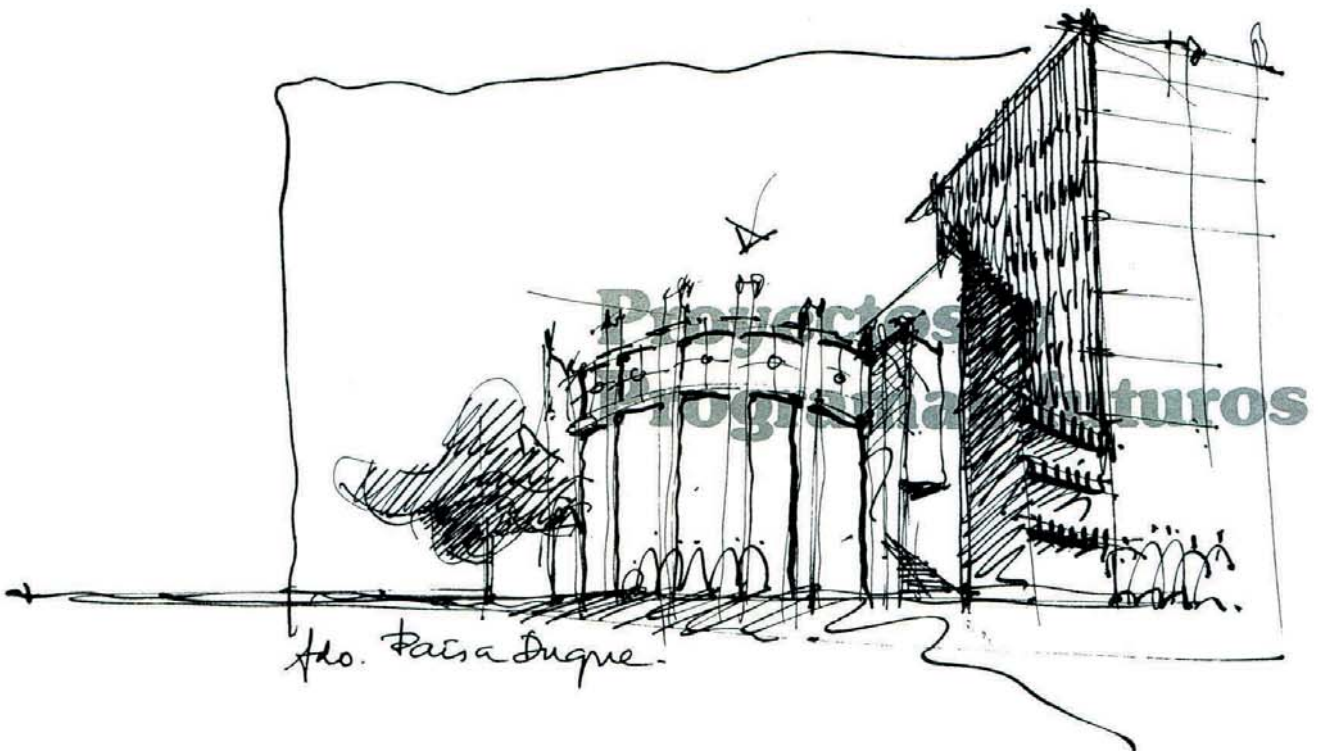




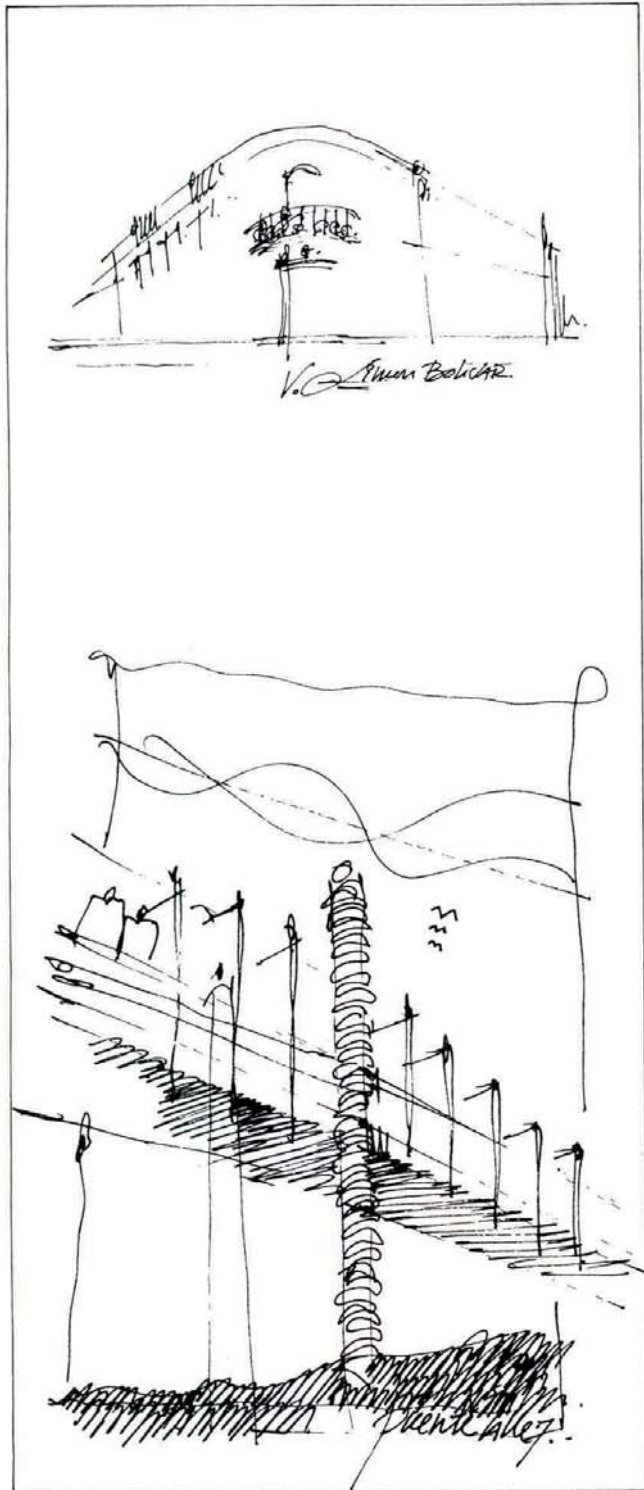


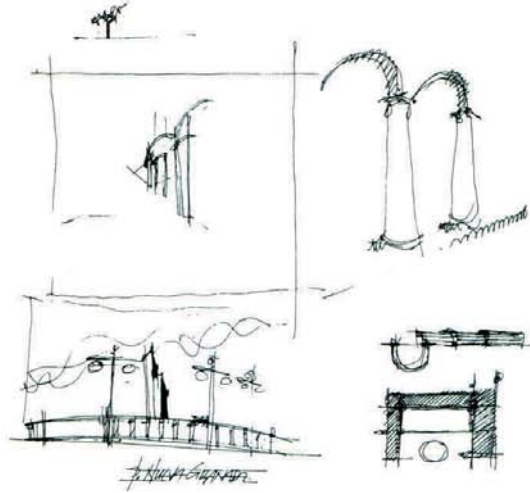
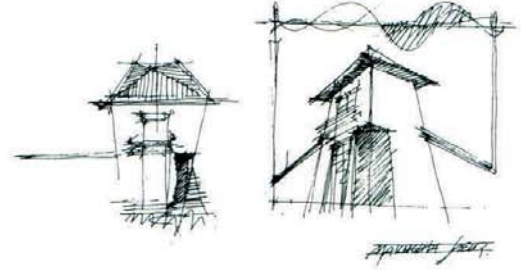


126

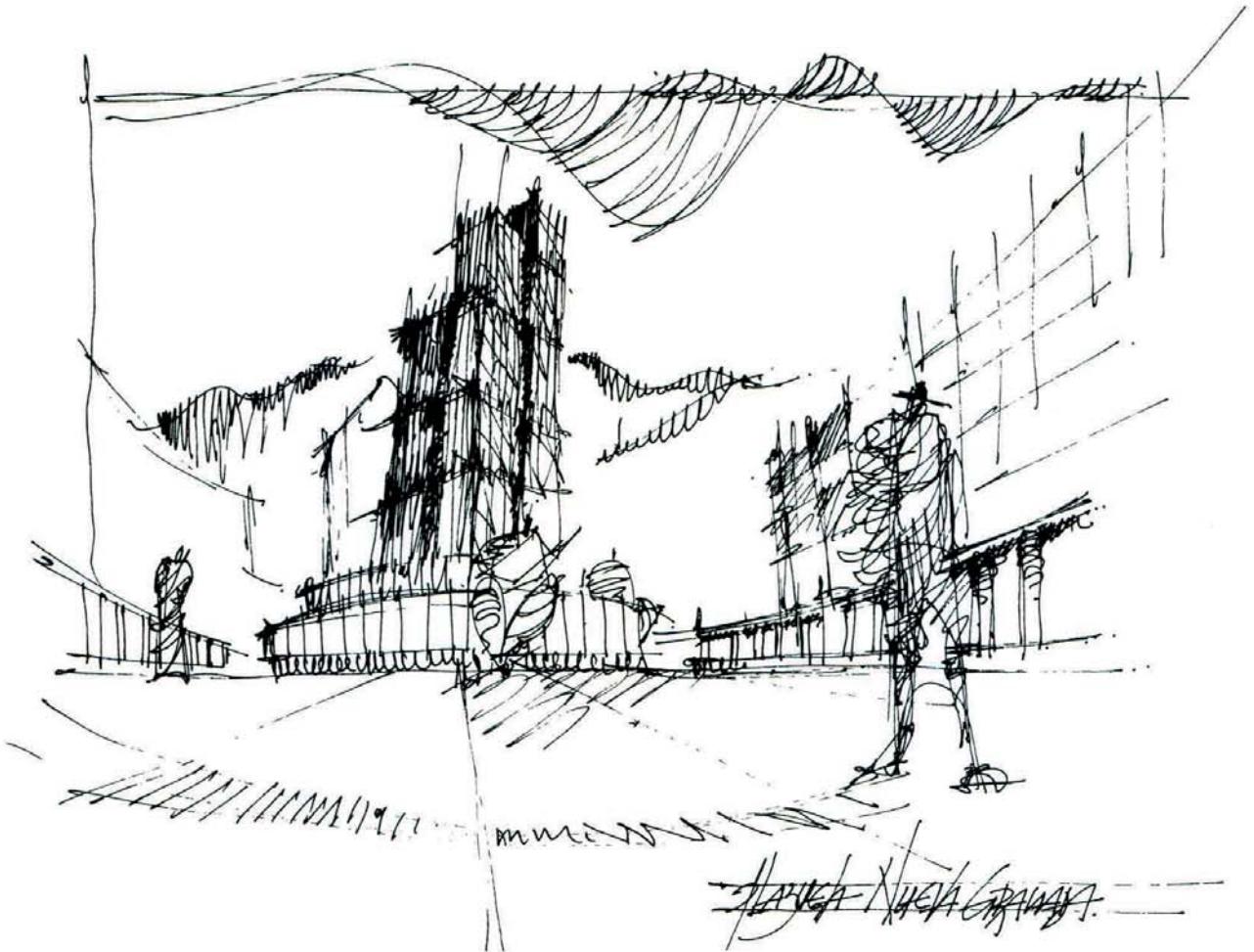


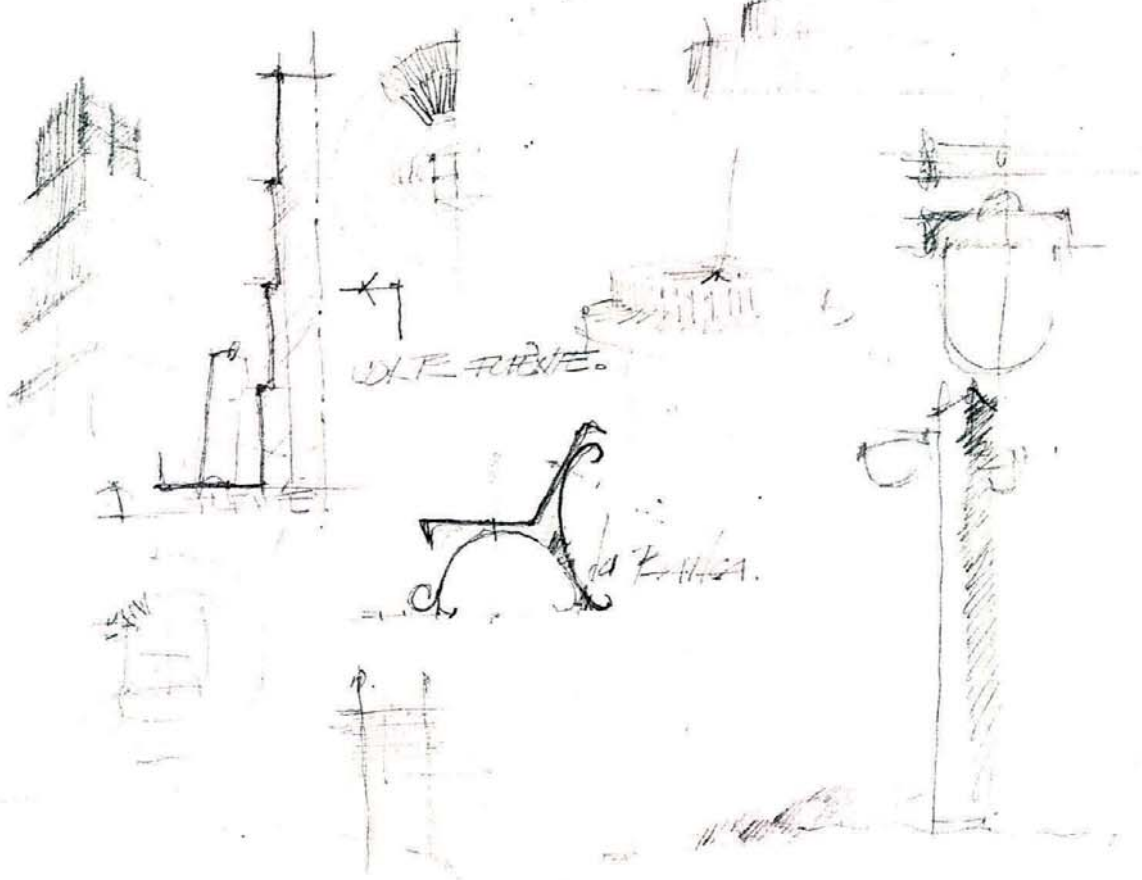
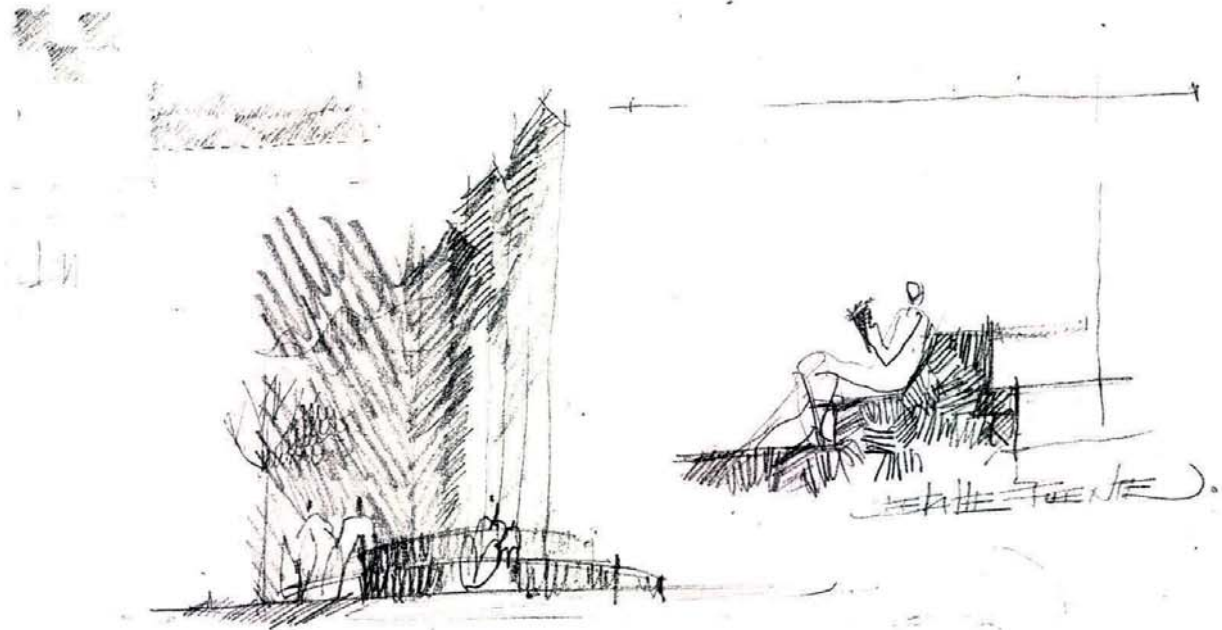
Proyectos y Programas futuros





128





DIE RAUPE.

die Raupe.

WILHELM STRAUSS.

Créditos de obras realizadas

Casa Calle 10 1985

Diseño:
Rafael Gutiérrez
Construcción:
Rafael Gutiérrez
Interventoría:
Emilio Sanmiguel
Camilo Hernández
Area: 2.010 M²

Plaza Rumichaca 1985

Diseño:
Fernando A. Duque
Marcela Santos
Construcción:
Leonor Támara de Gómez
Raúl Rodríguez
Interventoría:
Amparo Cárdenas
Marcela Santos
Area: 1.500 M²

Parque Palomar de Príncipe 1982



Diseño:
Fernando A. Duque
Construcción:
Adolfo Lara
Interventoría:
Fernando A. Duque
Area: 594 M²

Restauración plaza de mercado La Concordia y peatonalización carrera 1a. A 1983

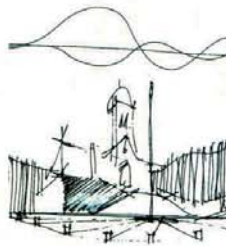
Diseño:
Carlos Martínez
Carlos Felipe Gutiérrez
Construcción:
Carlos J. Alba
Interventoría:
Fernando A. Duque
Area: 2.364 M²

Biblioteca para el Libro Infantil y Juvenil 1986



Diseño:
Marcela Santos
Construcción:
Rubén Darío Herrera
Leonardo Tamayo
Interventoría:
Marcela Santos
Gabriel Pardo
Area: 668 M²

Plaza, barrio Egipto 1986



Diseño:
Fernando A. Duque
Construcción:
Compañía General Constructora
Interventoría:
Amparo Cárdenas
Area: 2.000 M²

Parque La Concordia 1985



Diseño:
Fernando A. Duque
Camilo Hernández
Construcción:
Carlos J. Alba
Arquitectsa Ltda.
Inversiones Duarte
Interventoría:
Camilo Hernández
Area: 5.420 M²

Peatonalización Calle 10, carreras 5ª y 6ª 1985



Diseño:
Fernando A. Duque
Marcela Santos
Construcción:
Jaime Borda
Interventoría:
Amparo Cárdenas
Area: 1.224 M²

Casa sede Corporación 1984

Diseño:
Fernando A. Duque
Construcción:
Alicia Naranjo
Miguel Ortíz
Interventoría:
Gonzalo Navarro
Carlos F. Gutiérrez
Camilo Hernández
Area: 849.52 M²



Casa de los Comuneros 1986



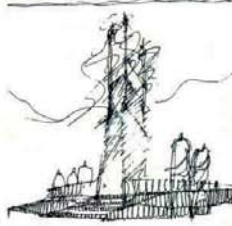
Diseño:
Rafael Gutiérrez
Construcción:
Rafael Gutiérrez
Interventoría:
Marcela Santos
Area: 1.300 M²



**Casa "Silva"
1986**

Diseño:
Banco de la República
Gustavo Murillo
Construcción:
Ernesto Jiménez
Interventoría:
Fernando A. Duque
Area: 547 M²

**Parque calle 7a.
1987**



Diseño:
Fernando A. Duque
Construcción:
Max Ojeda
Gilberto Mora
Interventoría:
Amparo Cárdenas
Area: 981 M²



**CAI, barrio Egipto
1987**

Diseño:
Taller de la Ciudad
Construcción:
Hernando Aguirre
Interventoría:
Camilo Hernández
Area: 91.29 M²



**Puesto de Socorro, barrio Egipto
1987**

Diseño:
Taller de la Ciudad
Construcción:
Carlos Hernando Rodríguez
Interventoría:
Amparo Cárdenas
Area: 186.70 M²



**Cooperativa de Alimentos,
barrio Egipto
1987**

Diseño:
Taller de la Ciudad
Construcción:
Belos S.C.S.
Interventoría:
Camilo Hernández
Area: 81.45 M²

**Peatonalización carrera 4 Este,
calles 10C y 11
1987**

Diseño:
Taller de la Ciudad
Construcción:
Gustavo Murillo
Interventoría:
Camilo Hernández
Area: 240 M²

**Plan andenes
1984-1987**

Diseño:
Corporación La Candelaria
Construcción:
Corporación La Candelaria
Interventoría:
Amparo Cárdenas
Area: 28.000 M²



**Plan mojonés
1984-1987**

Diseño:
Emilio Sanmiguel
Construcción:
Leonor Támara de Gómez
Interventoría:
Emilio Sanmiguel
Fernando A. Duque

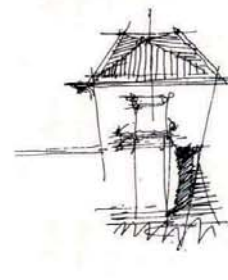
**Edificio Fray Bartolomé de
las Casas
1986**

Diseño:
Camilo Hernández
Construcción:
Eduardo García
Interventoría:
Amparo Cárdenas
Area: 575 M²



**Remodelación plazoleta Chorro de
Quevedo
1986**

Diseño:
Corporación La Candelaria
Construcción:
Alvaro Barrera
Interventoría:
Camilo Hernández
Area: 966 M²



**Supermercado Manuelita Sáenz
1987**

Diseño:
Fernando A. Duque
Construcción:
Reinhold Gómez
Interventoría:
Camilo Hernández
Area: 800 M²



**Camarín del Carmen
1987**

Diseño:
Victor Bejarano
Construcción:
Urbano Ripoll Ltda.
Interventoría:
Amparo Cárdenas
Fernando A. Duque
Area: 1.329 M²

Epílogo

¿Por qué una casa de poesía?

- ¿Le ponemos "Biblioteca José Asunción Silva"?
- ¿Por qué Biblioteca, si va a prestar además otros servicios?
- Y por qué todo el nombre completo, ¿con Silva no basta? ¿Acaso no se dice, por ejemplo, Verlaine y Beaudelaire a secas?
- Bueno, entonces ¿"Casa de Poesía Silva"?

Con estas palabras, entre andamios y talegos de cemento, habladas con la gerente de la Corporación La Candelaria, Genoveva de Samper, y quien cuenta este recuerdo, bautizó el presidente Belisario Betancur ese lugar dedicado a la difusión y al goce de la poesía, durante una de sus sorpresivas visitas para saber cómo iba el trabajo de restauración de la casa.

Construida hacia 1700, sus paredes y techos son de bahareque, aunque abundan los detalles de decoración de estilo republicano, introducidos en una reforma que se le hizo hacia 1870. En ella vivió la familia Silva diez años, los diez últimos de la vida de José Asunción. Y en ella murieron, además del poeta, el padre y Elvira Silva.

La restauración reciente se hizo a finales de 1985. A medida que se rescataban los artesonados del techo, se quitaban los baldosines del suelo y se reparaba la cubierta, se planeaba qué destino iban a tener esas piezas centenarias en las que se había desarrollado el drama familiar y la decadencia económica de los Silva. Y no era fácil, pues no se contaba con un modelo de organización similar: ésta iba a ser la primera casa de poesía en los países de lengua castellana y la segunda en el mundo, pues como luego supimos existía ya una en París.

Del nombre que se le dio, se llegó poco a poco a la decisión de que fuera una entidad dedicada exclusivamente al tema de la poesía: así como hay instalaciones monumentales dedicadas al teatro o a la música o a la pintura, resultaba sumamente atractivo disponer de una organización que sirviera para las numerosas actividades que surgen en torno a la poesía. Con esta idea se fueron

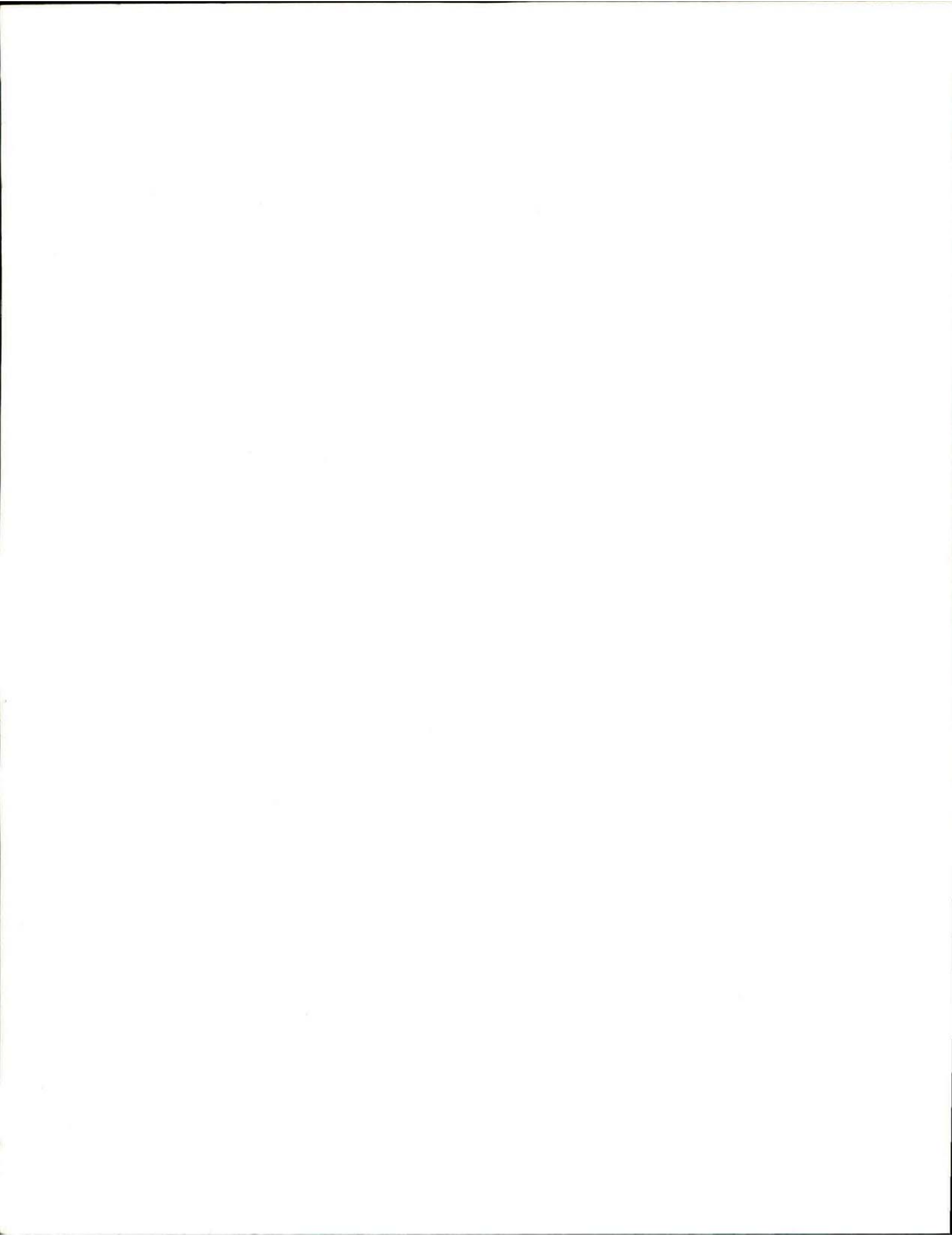
destinando entonces los espacios que existían: una sala sería el auditorio; hoy está pintada de azul cobalto, color que se le dio cuando habitó la casa José Asunción y tiene una capacidad para cien personas; tres de las habitaciones se convirtieron en la sala de lectura y otras tres guardan los libros de los fondos de la biblioteca, que hoy llegan a 4 mil volúmenes, la mitad de los cuales pertenecieron al poeta Eduardo Carranza y fueron donados por su familia. Otra habitación fue destinada para prestar el uso de fonoteca: allí se está organizando un formidable archivo de la voz, con las voces de los propios poetas de todo el mundo, con grabaciones de intérpretes profesionales y con conferencias sobre el tema. Hoy este archivo con el que han colaborado la emisora HJCK, algunas embajadas y personas como el presidente Belisario Betancur, cuenta con casi 500 horas de grabación. Día a día llegan allí los anónimos usuarios, se colocan los audífonos y oyen durante horas a sus poetas; algunos piden el servicio de grabación de esas voces; los colegios reciben atención especial, y, a solicitud del profesor, pueden escuchar a los poetas que están estudiando. La curiosidad de los visitantes es atraída por las numerosas fotos colgadas en las paredes de poetas colombianos ya fallecidos.

En breve en un salón al fondo de la Casa, se abrirá un nuevo servicio: la "tienda de poesía", donde los poetas podrán llevar sus libros para la venta y donde se podrán adquirir postales y carteles con retratos de los escritores de poesía de todos los tiempos. A toda hora en la Casa de Poesía entra y sale gente: bien sea a leer en la biblioteca, oír poesía, mirar la Casa, asistir a una lectura o una conferencia de las que se realizan semanalmente o participar en uno de los 4 talleres de poesía que la Casa ofrece en

forma gratuita a quienes deseen tomarlos, durante 6 meses y con una intensidad de 60 horas.

Vale la pena anotar que a los visitantes extranjeros les atrae tanto la Casa y sus actividades, que ya en algunos países se está agitando la idea de organizar algo similar: el poeta mexicano José Emilio Pacheco se fue convencido de que en México se necesita la "Casa de Poesía López Velarde", varios poetas cubanos han pensado en la "Casa de Poesía Lezama Lima" y escritores venezolanos están empeñados en la "Casa de Poesía Pérez Bonalde".

Hace 2 años, abrió sus puertas la Casa de Poesía y esta experiencia ha servido para que el numerosísimo público que ha pasado por ella se convenza de que la poesía es accesible a todas las sensibilidades y que no está reservada a unos cuantos "iniciados", misteriosos y privilegiados. Y así lo comprueba la asombrosa acogida de cualquier iniciativa a la que convoca la Casa de Poesía: llegan el poeta consagrado, el estudiante de mochila con su novia cogidos de la mano, el artesano, el dueño del BMW en la puerta, el ejecutivo joven o viejo, el empleado de banco, la empleada doméstica, la secretaria del gerente. Porque esta Casa que causa asombro y despierta mucha simpatía a los propios colombianos y a los extranjeros que la visitan ha servido para demostrar ante todo que la poesía es de todos y para todos.





Dentro del artículo del Dr. Carlos Sanz de Santamaría en la página 34 se cambió, por fallas de transcripción el texto del poema de Alberto Ángel Montoya que debe leerse como sigue:

*ERA MORENO Y ENJUTO Y SE LLAMABA GINÉS
EL CATADOR DE LOS VINOS, DE LOS VINOS DEL MARQUÉS.
JAMÁS VINOS COMO AQUELLOS HUBO EN BORGONA Y JEREZ.*

*PORQUE VIO LLANTO EN SUS OJOS UNA TARDE DOÑA INÉS,
LA DULCE Y BELLA INFANZONA BESÓ EN LA BOCA A GINÉS
Y ELLA MISMA AQUELLA NOCHE LE PREGUNTABA DESPUÉS
CUAL DE LOS VINOS PREFIERES DE LOS VINOS DEL MARQUÉS?*

*Y AL RECORDAR AQUEL BESO LE RESPONDIÓ ASÍ GINÉS:
EL MEJOR ENTRE LOS VINOS TU ME PREGUNTAS CUÁL ES?
NO LO PREGUNTES SEÑORA, ES TU BOCA DOÑA INÉS
EL MÁS DELICIOSO VINO DE LOS VINOS DEL MARQUÉS.*

